

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha. Parte Primera.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1581**



*I. Vanderbank Invenit et delin.*

*Geo. Vertue Sculpit 1723.*

*Vol. I. p. I.*

2





VIDA Y HECHOS  
Del Ingeniofo Hidalgo  
DON QUIXOTE  
DE LA MANCHA.  
PARTE PRIMERA.

---

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

*Que trata de la Condición, y Exercicio del famoso Hidalgo  
Don Quixote de la Mancha.*



EN un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un Hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, Rozin flaco, y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicón las mas noches, duèlos y quebrantos los Sábados, lantéjas los Viernes, y algun palomino de añadidura los Domingos, consumían las tres partes de su hazienda. El resto della concluyan fayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pan-

T o m. I.

B

tuflos

tuflos de lo mismo; y los dias de entre semana se honraba con su veltorì de lo mas fino. Tenia en su casa una Ama, que pasaba de los quarenta, y una Sobrina que no llegaba à los veinte, y un moço de campo y plaza, que asì enfillava el Rozin como tomava la podadera. Frisava la edad de nuestro Hidalgo con los cinquenta años. Era de complexiòn rizia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caça. Quieren dezir, que tenia el sobrenombre de Quixada, ò Quesada (que en esto ay alguna diferencia en los Autores, que deste caso escriven) aunque por conjeturas verosimiles se dexa entender, que se llamava Quixana: Pero esto importa poco à nuestro cuento, basta que en la narraciòn del, no se falga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho Hidalgo los ratos que estava ocioso (que eran los mas del año) se dava à leer libros de Cavallerias con tanta aficion, y gusto, que olvidò casi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la administracion de su hazienda; y llegó à tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de Cavallerias en que leer; y assi llevó à su casa todos quantos pudo aver dellos: Y de todos, ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa, y aquellas intrincadas razones fuyas le parecian de perlas; y mas quando llegava à leer aquellos requiebros y cartas de desafío, donde en muchas partes hallava escrito: *La razón de la sin razón, que à mi razón se haze, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quexo de la vuestra fermosura.* Y tambien quando leya: *Los altos Cielos, que de vuestra divi-*  
*nidad*

*nidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento, que merece la vuestra grandexa.* Con estas razones perdía el pobre Cavallero el juýzio, y desvelàvase por entenderlas y desentrañarles el sentido; que no se lo sacàra ni las entendièra el mismo Aristòteles, si refucitàra para solo ello. No estàva muy bien con las heridas, que Don Belianis dàva y recibìa; porque se imaginàva, que por grandes maestros que le huvieffen curàdo, no dexarìa de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señaes. Pero con todo alabàva en su Autòr aquel acabàr su libro con la promèssa de aquella inacabable aventura; y muchas vezes le vino desèo de tomar la pluma y dalle fin al piè de la letra, como alli se promète; y sin duda alguna lo hiziera, y aun falièra con ello, si otros mayòres y continuos pensamientos no se lo estorvàran. Tùvo muchas vezes competència con el Cura de su lugàr (que era hombre docto, graduado en Siguença) sobre qual avìa sido mejor Cavallero, Palmerin de Ingalaterra, ò Amadis de Gaula? Mas Maèse Nicolàs, Barbero del mismo pueblo dezìa, que ninguno llegàva al Cavallero del Febo, y que si alguno se le podìa comparàr, era Don Galaor hermano de Amadis de Gaula; porque tenìa muy acomodada condicion para todo; que no era Cavallero melindròso, ni tan lloron como su hermano; y que en lo de la valentia no le iva en çaga. En resolucion èl se enfascò tanto en su letùra, que se le pasàvan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio; y assi del poco dormir y del mucho leèr, se le secò el celèbro de manera, que vino à perder el juýzio. Llenòsele la fantasia de todo aquello que leya en los libros, assi de



encantamientos, como de pependencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles: Y asentòsele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella màquina de aquellas soñadas invenciones que leya, que para èl no avia otra Història mas cierta en el mundo. Dezia èl, que el Cid Ruydiàz avia sido muy buen Cavallero, pero que no tenia que ver con el Cavallero de la Ardiente espada, que de solo un revès avia partido por medio dos fieros y descomunales Gigantes. Mejor estàva con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles avia muerto à Roldan el encantado, valiendose de la indùstria de Hercules, quando ahogò à Anteòn el hijo de la Tierra entre sus braços. Dezia mucho bien del Gigante Morgante, porque con ser de aquella generaciòn Gigantea, que todos son sobervios y descomedidos, èl solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estàva bien con Reynaldos de Montalvàn; y mas quando le veya salir de su Castillo y robar quantos topàva, y quando en allènde robò aquel Idolo de Mahòma, que era todo de oro, segun dize su historia. Dièra èl, por dar una mano de cozes al traydor de Galalon; al Ama que tenia, y aun à su Sobrina de ariadura. En efèto, rematado yà su juýzio, vino à dar en el mas estraño pensamiento, que jamàs diò Loco en el mundo; y fuè, que le pareciò conveniente y necesario, assi para el aumento de su honra, como para el servicio de su Republica, hazerse Cavallero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y cavallo à buscar las aventuras, y à exercitarse en todo aquello que èl avia leydo que los Cavalleros andantes se exercitavan, deshaziendo todo genero de agravios, y poniendose  
en

en ocasiones y peligros, donde acabàndolos, cobrasse eterno nombre y fama. Imaginàvase el pobre yà coronado por el valor de su braço, por lo menos, del Imperio de Trapifonda; y asì con estos tan agradables pensamientos, llevàdo del esotraño gusto que en ellos sentìa, se diò priessia à poner en efeto lo que desseava. Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas, que avian sido de sus Bisaguelos, que tomadas de orin y llenas de mòho, luengos figlos avìa, que estavan puestas y olvidadas en un rincon. Limpiòlas, y adereçòlas lo mejor que pudo; pero viò que tenian una gran falta, y era, que no tenian zelada de encàxe, fino morriòn simple; mas à esto supliò su indùstria, porque de cartones hizo un modo de media zelada, que encaxada con el morriòn, hazìa una apariencia de zelada entera. Es verdad que para provar si era fuerte, y podìa estar al riesgo de una cuchillada, sacò su espada y le diò dos golpes, y con el primero y en un punto, deshizo lo que avìa hecho en una semana; y no dexò de parecerle mal la facilidad con que la avìa hecho pedaços; y por asseguararse deste peligro, la tornò à hazer de nuevo, ponièndole unas barras de hierro por dentro de tal manera, que èl quedò satisfecho de su fortaleza; y sin querer hazer nueva experiencia della, la diputò, y tuvo por zelada finissima de encàxe.

FUE luego à ver à su Rozin; y aunque tenìa mas quartos que un real, y mas tachas que el cavallo de Gonela, que *tantum pellis & ossa fuit*; le pareciò, que ni el Buzèfalo de Alexandro, ni Babièca el del Cid con èl se igualàvan. Quatro dias se le passaron en imaginar, que nombre le pondria; porque (segun se dezìa èl à si mismo) no era razon, que

cavallo

cavallo de Cavallero tan famòso, y tan bueno èl por sì estuviessè sin nombre conocido; y así procuràva acomodàrsele de manera, que declarassè quien avìa sido antes que fuessè de Cavallero andante, y lo que era entonces; pues estàva muy puesto en razon, que mudando su Señor estado, mudassè èl tambien el nombre, y le cobrassè famòso y de estruendo, como convenìa à la nueva orden, y al nuevo exercicio que yà professaàva. Y así despues de muchos nombres que formò, borrò y quitò, añadiò, deshizo y tornò à hazer en su memoria è imaginacion, al fin le vino à llamar Rozinante: nombre à su parecer, alto, sonòro y significativo de lo que avìa sido quando fue Rozin, antes de lo que àora era, que era antes, y primèro de todos los Rozines del mundo.

PUESTO nombre, y tan à su gusto à su cavallo, quiso ponersele à sì mismo; y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino à llamar Don Quixote. De donde (como queda dicho) tomaron ocasion los Autores de esta tan verdadera Història, que sin duda se devìa De llamar Quixàda y no Quesàda, como otros quisieron dezir. Pero acordàndose, que el valeroso Amadis no solo se avìa contentado con llamarse Amadis à sècas, fino que añadiò el nombre de su Reyno y patria, por hazerla famòsa, y se llamò Amadis de Gaula; así quiso como buen Cavallero añadir al suyo el nombre de la fuya, y llamarse Don Quixote de la Mancha; con que, à su parecer, declaràva muy al vivo su linage y patria, y la honràva con tomar el sobrenombre della.

LIMPIAS pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre à su Rozin, y confirmàndose à si mismo, se diò à entender,

entender, que no le faltava otra cosa fino buscar una Dama de quien enamorarse; porque el Cavallero andante sin amores era arbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: Si yo, por malo de mis pecados, o por mi buena fuerte, me encuentro por ay con algun Gigante (como de ordinario les acontece a los Cavalleros andantes) y le derribo de un encuentro, o le parto por mitad del cuerpo, o finalmente le venço y le rindo, no será bien tener a quien embiarle presentado? y que entre, y se hincue de rodillas ante mi dulce Señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, Señora, soy el Gigante Caraculiambro, Señor de la Infula Malindrania, a quien venció en singular batalla el jamas, como se deve, alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandò, que me presentasse ante la vuestra Merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante: O! como se holgò nuestro buen Cavallero quando huvò hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nombre de su Dama: Y fuè, a lo que se creè, que en un lugar cerca del suyo avia una moça labradora de muy buen parecer, de quien èl un tiempo anduvo enamorado; aunque, (segun se entiende) ella jamàs lo supò, ni se diò cata dello. Llamavase Aldonça Lorenço, y a esta le pareció ser bien darle título de Señora de sus pensamientos: Y buscándole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y que tirasse, y se encaminasse al de Princesa y gran Señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso (porque era natural del Toboso:) nombre, a su parecer, musico y peregrino y significativo, como todos los demàs que a èl y a sus cosas avia puesto.

C A P I-



*Que trata de la primera Salida que de su tierra hizo el Ingenioso Don Quixote.*

**H**ECHAS pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo à poner en efeto su pensamiento, apretandole à ello la falta, que el pensava, que hazia en el mundo su tardança, segun eran los agravios que pensava deshazer, tuertos que endereçar, finrazones que enmendar, abusos que mejorar, y deudas que fatisfazer: Y afsi fin dar parte à persona alguna de su intencion, y fin que nadie le viesse, una mañana antes del dia ( que era uno de los calorosos del mes de Julio) se armò de todas sus armas, subió sobre Rozinante, y puesta su mal compuesta zelada abraçò su adarga, tomó su lança, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandissimo contento y alborozo, de ver con quanta facilidad avia dado principio à su buen desseo: Mas à pènas se viò en el campo, quando le affaltò un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiziera dexar la comenzada empresa; y fuè, que le vino à la memoria, que no era armado Cavallero, y que conforme à la ley de Cavalleria ni podia ni devia tomar armas, con ningun Cavallero, y puesto que lo fuera avia de llevar armas blancas como novel Cavallero fin empresa en el Escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pensamientos le hizieron titubear en su proposito: mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propùso de hazerse armar Cavallero del primero que topasse, à imitacion de otros muchos que assi lo hizieron, segun el avia leydo en los libros que tal le tenian. En lo de las armas

mas blancas, pensàva limpiarlas de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un Armiño; y con esto se quietò y profiguiò su camìno, sin llevar otro que aquel que su cavallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las aventuras.

YENDO pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diziendo; quien duda, fino que en los venideros tiempos quando salga à luz la verdadera Historia de mis famosos hechos, que el Sabio que los escriviere, no ponga, quando llegue à contar esta mi primera salida tan demañana desta manera? A penas avia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus Hermosos cabellos; y à penas los pequeños y pintados pajarillos con sus harpadas lenguas avian saludado con dulce y meliflua harmonia la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso Marido, por las puertas y balcones del Manchego Horizonte a los mortales se mostrava, quando el famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso cavallo Rozinante, y començo à caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminava) y añadiò diziendo; dichosa edad, y figlo dichoso aquel à donde saldràn à luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en Bronzes, esculpirse en Marmoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro! O tu sabio Encantador! quien quiera que seas, à quien hà de tocar el ser Coronista desta peregrina Historia, ruègote que no te olvides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego bolvia dizen-



do (como si verdaderamente fuèra enamorado) O Princesa Dulcinea! Señora deste cautivo Coraçon, mucho agravio me avedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegàos Señora, de membraros deste vuestro sugeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor padece.

CON estos iba enfartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le avian enseñado, imitando en quanto podìa su lenguaje; y con esto caminava tan de espacio, y el Sol entrava tan aprieñã y con tanto ardor, que fuera bastante à derretirle los Sefos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminò sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperava, porque quisièra topar luego luego con quien hazer experiencia del valor de su fuerte braço.

AUTORES ày que dizen, que la primera aventura que le avino, fue la del puerto Lapice. Otros dizen, que la de los Molinos de viento; pero lo que yo hè podido averiguar en este caso, y lo que hè hallado escrito en los Anales de la Mancha es, que èl anduvo todo aquel dia, y al anochezer fu Rozin y èl se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando à todas partes por ver si descubrirìa algun Castillo, ò alguna Majada de Pastores donde recogerse, y à donde pudieffe remediar su mucha necesidad, viò no lexos del camìno por donde iba, una venta, que fue como si viera una Estrella, que à los portales, fino à los Alcàçares de su redenciòn le encaminava. Diòse prieffa à caminar, y llegò à ella à tiempo que anochezìa. Estàvan à caso à la puerta dos Mugerres moças destas que llaman *del partido*, las  
quales





Vol. I. p. II.



quales ivan à Sevilla con unos Harrieros, que en la venta aquella noche acertaron à hazer jornada; y como à nuestro Aventurero todo quanto pensava, veya ò imaginava, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que avia leydo; luego que viò la venta, se le representò, que era un Castillo con sus quatro torres y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes, que semejantes Castillos se pintan. Fuese llegando à la venta (que à el le pareció castillo) y à poco trecho della, detuvo las riendas à Rozinante, esperando que algun Enano se pudiesse entre las Almènas à dar señal con alguna Trompeta, de que llegava Cavallero al Castillo; pero como viò que se tardavan y que Rozinante se dava priessa por llegar à la cavalleriza, se llegó à la puerta de la venta, y viò à las dos desfraydas moças que alli estavan, que à el le parecieron dos hermosas Donzellas, ò dos graciosas Damas, que delante de la puerta del Castillo, se estavan solazando. En esto sucediò à caso, que un Porquero, que andava recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon assi se llaman) tocò un cuerno, à cuya señal ellos se recogen; y al instante se le representò à Don Quixote lo que deseava, que era, que algun Enano hazia señal de su venida; y assi con extraño contento llegó à la venta y à las Damas, las quales, como vieron venir un hombre de aquella fuerte armado y con lança y adarga, llenas de miedo se ivan à entrar en la venta; pero Don Quixote coligiendo por su huýda su miedo, alçandose la visera de papelon, y descubriendo su seco, y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dixo; non fuyan las vues-



tras merçèdes, nin teman defaguisado alguno, cà à la orden de cavalleria que professò, non toca, ni atàne fazerle à ninguno, quanto mas à tan altas Donzellas como vuestras presencias demuestran. Miràvanle las moças, y andàvan con los ojos buscandole el rostro, que la mala visèra le encubrià; mas como se oyèron llamar donzellas (cosa tan fuèra de su profession) no pudieron tener la rifa, y fue de manera, que Don Quixote vino a correrse y a dezirles; bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha fandez à demàs la rifa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuytèdes, ni mostrèdes mal talante, que el mio no es de al, que de ferviros. El lenguaje no entendido de las Señoras, y el mal talle de nuestro Cavallero acrecentàva en ellas la rifa y en èl el enojo; y pasàra muy adelante, si en aquel punto no salièra el ventero (hombre que por ser muy gordo, era muy pacifico) el qual, viendo aquella figura contrahecha armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lança, adarga y cofelète, no estuvo en nada en acompañar à las Donzellas en las muestras de su contento. Mas en efèto, temiendo la màquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y assi le dixo: Si vuestra merced, Señor Cavallero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demàs se hallarà en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcàide de la Fortaleza (que tal le pareció à èl, el ventero, y la venta) respondió: para mi, Señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arrèos son las armas, mi descanso el pelear, &c. Pensò el huesped que el averle llamado Castellano, avia fi-

do

do por averle parecido de los Sanos de Castilla aunque, èl èra Andaluz y de los de la playa de San Lùcar, no menos ladròn que Caco, ni menos Meleante que Estudiante ò Page; y assi le respondiò; segun esso las camas de vuestra merced seràn duras peñas, y su dormir siempre velàr; y siendo assi, bien se puede apeàr con seguridad de hallar en esta choça ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche; y diziendo esto, fuè à tener del estrivo à Don Quixote, el qual se apeò con mucha dificultad y trabajo, (como aquel que en todo aquel dia no se avia desayunàdo.) Dixo luego al huesped, que le tuviesse mucho cuydado de su cavallo, porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo. Miròle el ventero, y no le pareciò tan bueno como Don Quixote dezia, ni aun la mitad; y acomodandole en la cavalleriza, bolviò à ver lo que su huesped mandàva, al qual estàvan desarmando las Donzellas (que yà se avian reconciliado con èl) las quales, aunque le avian quitado el peto y el espaldàr, jamàs supieron, ni pudieron defencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que trayà atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas por no poderse quitar los ñudos; mas èl no lo quiso consentir en ninguna manera, y assi se quedò toda aquella noche con la zelada puesta, que era la mas graciosa y estraña figùra, que se pudiera pensàr; y al desarmarle (como èl se imaginàva que aquellas traydas y llevadas que le desarmavan, eran algunas principales Señoras y Damas de aquel Castillo) les dixo con mucho donayre; nunca fuèra Cavallero de Damas tan bien servido, como fuera Don Quixote quando de su aldèa vino; Donzellas curavan del,  
Princesas

Princesas de su rozino. O Rozinante! que este es el nombre, Señoras mias, de mi cavallo, y Don Quixote de la Mancha el mio; que puesto que no quisiera descubrirme, fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerça de acomodar al proposito presente este romance viejo de Lançarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda fazon; pero tiempo vendrà en que las vuestras Señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço descubra el deseò que tengo de servir. Las moças que no estavan hechas à oir femejantes retoricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si querìa comer alguna cosa? Qualquiera yantaria yo, respondiò Don Quixote, porque, à lo que entiendo, me harìa mucho al caso. A dicha acertò à ser Viernes aquel dia, y no avìa en toda la venta fino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadèjo, y en Andaluzia bacallào, y en otras partes curadillo, y en otras truchuèla. Preguntaronle si pòr ventura comeria su merced truchuèla? que no avìa otro pescado que darle à comer. Como aya muchas truchuèlas, respondiò Don Quixote, podran servir de una trucha, porque effo se me dà, que me den ocho reales en senzillos, que en una pieça de à ocho; quanto mas que podria ser, que fueffen estas truchuelas como la ternèra, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar fin el gobierno de las tripas. Pusieronle la mesa à la puerta de la venta por el fresco, y truxole el huesped una porcion del mal remojado, y peòr cozido bacallào, y un pan tan negro y mugriento  
como

como sus armas ; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la zelada y alçada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo dava y ponía ; y assi una de aquellas señoras servía de este menester : mas al darle de beber no fue posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino ; y todo esto lo recibia en paciencia, à trueco de no romper las cintas de la zelada.

ESTANDO en esto, llegó à caso à la venta un castrador de puercos, y assi como llegó, fonò su silvato de cañas quatro ò cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar Don Quixote, que estava en algun famoso Castillo, y que le servían con Música, y que el abadejo eran truchas, el pan candel, las ramerías Damas, y el ventero Castellano del castillo ; y con esto dava por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigava era, el no verse armado Cavallero, por parecerle que no se podria poner legitimamente en aventura alguna, sin recibir la orden de Cavalleria.

## CAPITULO III.

*Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse Cavallero.*

Y ASSI fatigado de este pensamiento, abreviò su ventril y limitada cena, la qual acabada llamó al ventero, y encerrandose con el en la cavalleriza, se hincò de rodillas ante el, diciendole ; no me levantarè jamàs de donde estòy, valeroso Cavallero, fasta que la vuestra corte-  
sia.

sia me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del genero humano. El ventero que vió à su huésped à sus pies, y oyó semejantes razones, estava confuso mirandole, sin saber que hazerle ni dezirle, y porfiava con él que se levantasse, y jamás quiso, hasta que le hubo de dezir, que él le otorgava el don que le pedía. No esperava yo menos de la gran magnificencia vuestra, Señor mio, respondió Don Quixote; y así os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es, que mañana en aquel dia me aveys de armar cavallero; y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseó, para poder, como se deve, ir por todas las quatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está à cargo de la cavallería y de los cavalleros andantes, como yo soy, cuyo deseo à semejantes fazañas es inclinado. El Ventero que (como está dicho) era un poco focarron, y ya tenía algunos barruntos de la falta de juýzio de su huésped, acabó de creerlo, quando acabó de oýr semejantes razones, y por tener que reyr aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dixo, que andava muy acertado en lo que deseava y pedía, y que tal presupuesto era propio y natural de los cavalleros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostrava; y que él así mesmo en los años de su mocedad se avia dado à aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que huviesse dexado los Perchêles de Málaga, Islas de Riarán, Compàs de Sevilla, Azoguêjo de Segovia, la Olivêra

olivèra de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lucar, potro de Còrdova y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde avia exercitado la ligereza de sus pies y futeza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requies- tando muchas Viudas, deshaziendo algunas Donzellas, y en- gañando algunos pupilos; y finalmente dandose à conocer por quantas Audiencias y Tribunales ày casi en toda España; y que à lo ultimo se avia venido à recoger à aquel su castil- lo, donde vivia con su hazienda y con las agenas, reco- giendo en èl à todos los cavalleros andantes, de qualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con èl sus avères en pago de su buen desèo. Dixole tambien que en aquel su castil- lo no avia capilla alguna donde poder velar las armas, por- que estàva derribada para hazerla de nuevo; pero que en caso de necesidad èl sabia, que se podian velar donde quie- ra, y que aquella noche las podia velar en un patio del castillo; que à la mañana, siendo Dios servido, se harian las devidas ceremonias de manera, que èl quedasse armado cavallero, y tan cavallero que no pudieffe fer mas en el mundo. Preguntòle si traÿa dineros? Respondiò Don Qui- xote que no traÿa blanca, porque èl nunca avia leydo en las Historias de los cavalleros andantes, que ninguno los huvieffe traÿdo. A esto dixo el Ventero que se engañava; que puesto caso que en las historias no se escrivia, por averles parecido à los autores dellas, que no era menester escrivir una cosa tan clara y tan necessaria de traèrse, como eran dineros y camisas limpias, no por esto se avia de creèr, que no los truxeron; y assi tuvieffe por cierto y averiguado,

T o m. I.

D

que



que todos los Cavalleros andantes (de que tantos libros estàn llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudieffe sucederles ; y que assi mesmo llevaban camisas, y una Arqueta pequeña llena de unquentos para curar las heridas que recibian ; porque no todas vezes en los campos y desiertos, donde se combatian y salian heridos, avia quien los curasse ; si yà no era que tenian algun sàbio encantador por amigo, que luego los focorra, trayendo por el ayre en alguna nube alguna donzella, ò Enano con alguna redòma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedavan sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno no huvieffen tenido. Mas que en tanto que esto no huvieffe, tuvieron los passados Cavalleros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proveydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas y unguentos para curarse. Y quando sucedia, que los tales Cavalleros no tenian escuderos (que eran pocas y raras vezes) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy futes, que casi no se parecian à las ancas del cavallo, como que era otra cosa de mas importancia ; porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fuè muy admitido entre los Cavalleros andantes ; y por esto le dava por consejo (pues aun se lo podia mandar como à su Ahijado, que tan presto lo avia de ser) que no caminasse de alli adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria quan bien se hallava con ellas quando menos se pensasse. Prometiòle Don Quixote de hazer lo que se le aconsejava con toda puntualidad ; y assi se diò luego orden como velasse las armas en un corral grande, que à un lado  
de

de la venta estàva ; y recogìendolas Don Quixote todas, las pùso sobre una pila, que junto à un poço estàva ; y abraçando su adarga, asiò de su lança, y con gentil continente se començò à passeàr delante de la pila, y quando començo el passè, començava à cerrar la noche.

CONTÒ el Ventero à todos quantos estavan en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la amazon de Cavalleria que esperaba. Admiràronse de tan esotraño genero de locura, y fuèronfelo à mirar desde lexos, y vieron que con fofsegado ademàn unas vezes se passeàva, otras, arrimado à su lança, ponìa los ojos en las armas sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabò de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la Luna, que podìa competir con el que se la prestàva, de manera que quanto el novel Cavallero hazìa, era bien visto de todos.

ANTOJÒSELE en esto à uno de los harrieros, que estavan en la venta, ir à dar agua à su rèqua, y fuè menester quitar las armas de Don Quixote que estavan sobre la pila ; el qual viendole llegar, en voz alta le dixo : O tu quienquiera que seas, atrevido Cavallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante, que jamas se ciñiò espada, mira lo que hazes, y no las toques, fino quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curò el harriero de estas razones (y fuèra mejor que se curàra, porque fuèra curarse en salud) antes travando de las corrèas, las arrojò gran trecho de si ; lo qual visto por Don Quixote, alçò los ojos al Cielo, y puesto el pensamiento (à lo que pareciò) en su Señora Dulcinea, dixo : Acorredme Señora mia en esta primera afrenta, que à este vuestro

D 2

avassallado



avassallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo esto y otras semejantes razones, foltando la adarga, alzò la lança à dos manos, y diò con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan mal-trecho que si segundàra otro, no tuviera necesidad de maestro que le curàra. Hecho esto, recogì sus armas, y tornò à passearse con el mismo reposo que primero. Desde alli à poco, sin saberse lo que avìa passado (porque aun estàva aturdido el harriero) llegò otro con la misma intencion de dar agua à sus mulos, y llegando à quitar las armas para desembarçar la pila, sin hablar Don Quixote palabra y sin pedir favor à nadie, foltò otra vez la adarga, y alzò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porque se la abrió por quatro. Al ruydo acudiò toda la gente de la venta, y entre ellos el Ventero. Viendo esto Don Quixote, embraçò su adarga, y puesta mano à su espada, dixo: O Señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, aora es tiempo que buelvas los ojos de tu grandeza à este tu cautivo Cavallero, que tamaña aventura està atendiendo. Con esto cobrò, à su parecer, tanto animo, que, si le acometieran todos los harrieros del mundo, no bolviera èl piè atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lexos à llover piedras sobre Don Quixote, el qual, lo mejor que podìa, se reparàva con su adarga, y no se osàva apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero dava voces que le dexassen, porque yà les avìa dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque

los

los mataffe à todos. Tambien Don Quixote las dava mayòres, llamandolos de alevosos y traydòres, y que el Señor del castillo era un follòn y mal nacido Cavallero, pues de tal manera consentìa, que se trataffen los andantes Cavalleros; y que si èl huviera recibido la orden de cavalleria, que èl le daria à entender su alevofia; pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en quanto pudièredes, que vosotros vereis el pago, que llevais de vuestra sandez y demasia. Dezia esto con tanto brio y denuedo, que infundiò un terrible temor en los que le acometian; y assi por esto, como por las persuasiones del Ventero, le dexaron de tirar, y èl dexò retirar à los heridos, y tornò à la vela de sus armas con la misma quietud y foffiego que primero. No le parecieron bien al Ventero las burlas de su huesped, y determinò abreviar y darle la negra orden de cavalleria luego, antes que otra desgracia sucedieffe; y assi llegandose à èl, se disculpò de la insolencia que aquella gente baxa con èl avia usado fin que èl supieffe cosa alguna; pero que bien castigados quedavan de su atrevimiento. Dixole como yà le avia dicho, que en aquel castillo no avia capilla, y para lo que restava de hazer, tampoco era necessaria; que todo el toque de quedar armado Cavallero consistìa en la pescoçada y en el espaldarazo, segun èl tenia noticia del Ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hazer; y que yà avia cumplido con lo que tocava al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplìa; quanto mas que èl avia estado mas de quatro. Todo se lo creyò Don Quixote, y dixo que èl estava alli pronto para obedecerle, y que

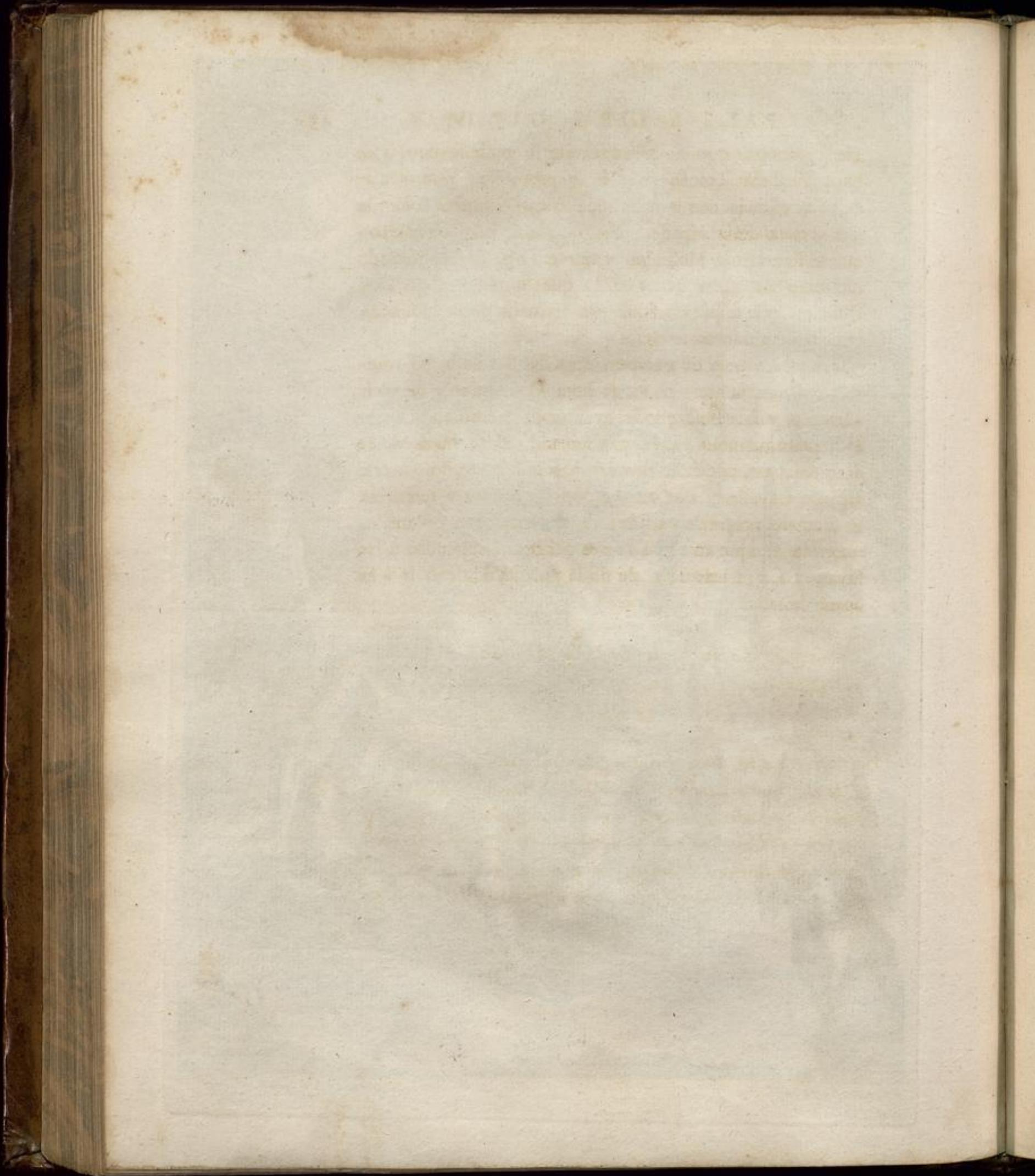
que concluyèsse con la mayor brevedad que pudieffe; porque si fuèssè otra vez acometido, y se vieffe armado Cavallero, no pensava dexar persona viva en el castillo, excepto aquellas que èl le mandasse, à quien por su respeto dexaria. Advertido y medroso desto el castellano, truxo luego un libro donde assentava la paja y cevada que dava à los harrieros, y con un cabo de vela, que le traÿa un muchacho, y con las dos yà dichas donzellas, se vino à donde Don Quixote estàva, al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su Manual (como que dezia alguna devota oracion) en mitad de la leyenda alçò la mano, y diòle sobre el cuello un buen golpe, y tras èl con su misma espada un gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes como que rezàva.) Hecho esto, mandò à una de aquellas damas que le ciñesse la espada, la qual lo hizo con mucha desemboltura y discrecion, porque no fuè menester poca, para no reventar de risa à cada punto de las ceremonias; pero las proezas que yà avian visto del novel Cavallero, les tenia la risa à raya. Al ceñirle la espada dixo la buena Señora: Dios haga à vuestra merced muy venturoso cavallero, y le dè ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamava, porque el supieffe de alli adelante à quien quedàva obligado por la merced recibida, porque pensava darle alguna parte de la honra que alcançasse por el valor de su braço. Ella respondiò con mucha humildad, que se llamava la Tolòsa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia à las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuvieffe, le serviria, y le tendria por Señor. Don Quixote le replicò, que por su amor le hizieffe



J. Vanderbank inv.  
Vol: I p. 22.

Ger. Vander Gucht Sculp. 4





ziessè merced, que de alli adelante se pudiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometió; y la otra le calçò la espuela, con la qual le passò casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntòla su nombre, y dixo, que se llamava la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; a la qual tambien rogò Don Quixote, que se pudiesse don y se llamasse doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes.

HECHAS pues de galope y apriesa, las hasta alli nunca vistas ceremonias, no viò la hora Don Quixote de verse à cavallo, y salir buscando las aventuras; y enfillando luego à rozinante, subió en èl, y abraçando à su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de averle armado Cavallero, que no es possible acertar à referirlas. El Ventero por verle yà fuera de la venta, con no menos retoricas, aunque con mas breves palabras, respondió à las fuyas, y fin pedirle la costa de la posada, le dexò ir à la buena hora.

## CAPITULO IV.

*De lo que le sucedió à nuestro Cavallero quando salió de la Venta.*

LA del Alva sería quando Don Quixote salió de la venta, tan contento, tan gallardo tan alborozado por verse ya armado cavallero, que el gozo rebentava por las cinchas del Cavallo; mas viniéndole à la memoria los consejos de su huesped cerca de las prevenciones tan necesarias, que avia de llevar con figo, especial la de los dine-

ROS



ros y camisas, determinò bolver à fu casa, y acomodarse de todo y de un escudero, haziendo cuenta de recibir à un labrador vezino fuyo, que era pobre y con hijos, pero muy à proposito para el oficio escuderil de la Cavalleria. Con este pensamiento guiò à Rozinante hàzia fu Aldèa, el qual, casi conociendo la querencia, con tanta gana començò à caminar, que parecia que no ponìa los piès en el suelo. No avìa andado mucho quando le pareciò, que à fu diestra mano de la espesura de un Bosque que alli estàva, salian unas voces delicadas como de persona que se quexàva; y à penas las hùvo oydo quando dixo: Gracias doy al Cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que devo à mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas voces, sin duda, son de algun menesteroso, ò menesterosa que hà menester mi favor y ayùda; y bolviendo las riendas, encaminò à Rozinante hàzia donde le pareciò que las voces salian; y à pocos passos que entrò por el bosque, viò atàda una yègua à una enzina, y atàdo en otra à un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, que era el que las voces dàva, y no sin causa, porque le estava dando con una pretina muchos açotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañava con una reprehension y consejo, porque dezìa: la lengua queda, y los ojos listos: Y el muchacho respondia: no lo harè otra vez, Señor mio; por la passion de Dios, que no lo harè otra vez; y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuydado con el hàto. Y viendo Don Quixote lo que passàva, con voz ayrada dixo: descortès Caval-

Cavallero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro cavallo, y tomad vuestra lança (que tambien tenia una lança arrimada à la enzina, donde estava arrendada la yegua) que yo os harè conocer ser de cobardes lo que estays haziendo. El labrador que viò sobre si aquella figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, tuvo se por muerto, y con buenas palabras respondiò: Señor Cavallero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado, que me sirve de guardar una manada de ovejas, que tengo en estos contornos, el qual es tan descuydado, que cada dia me falta una, y porque castigo fu descuydo, ò vellaqueria, dize, que lo hago de miserable, por no pagarle la soldada que le devo; y en Dios, y en mi alma que miente. Miente delante de mi, ruyn villano, dixo Don Quixote. Por el Sol que nos alumbrá, que estoy por passaros de parte à parte con esta lança, pagadle luego sin mas replica, fino por el Dios que nos rige, que os concluya, y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder palabra desató à su criado. Al qual preguntò Don Quixote, que quanto le devia fu amo: el dixo, que nueve meses, à siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quixote, y hallò, que montavan sesenta y tres reales; y dixole al labrador, que al momento los desembolfasse, fino queria morir por ello. Respondiò el medroso villano, que por el passo en que estava, y juramento que avia hecho (y aun no avia jurado nada) que no eran tantos: porque se le avian de descontar y rezebir en cuenta tres pares de çapatos, que le avia dado, y un real de dos sangrias que le avian hecho estando enfermo. Bien està to-

T O M. I.

E

do



do effo, replicò Don Quixote; pero quèdenfe los çapatos, y las fangrias por los azotes que fin culpa le aveis dado; que fi èl rompiò el cuero de los çapatos que vos pagasteys, vos le avèys rompidò el de fu cuerpo; y fi le facò el barbero fangre eftando enfermo, vos en fanidad fe la avèys facado: afi que por efta parte no os deve nada. El daño eftà, Señor Cavallero, en que no tengo aquí dineros, vengase Andres conmigo à mi casa, que yo fe los pagarè un real fobre otro. Irme yo con èl, dixo el muchacho, mas mal año, no Señor, ni por pienfo, porque en viendofe fòlo, me defollarà como à un San Bartolomè. No harà tal, respondiò Don Quixote, basta que yo fe lo mande, para que me tenga refpeto: y con que èl me lo jure, por la ley de Cavalleria, que ha recibido, le dexarè ir libre, y affegurarè la paga. Mire vuestra merced, Señor, lo que dize, dixo el muchacho, que este mi amo no es Cavallero, ni ha recibido orden de Cavalleria alguna, que es un Juan Haldudo el rico, vezino de Quintanar. Importa poco effo, respondiò Don Quixote, que Haldudos puede aver Cavalleros: quanto mas que cada uno es hijo de fus obras. Affi es verdad, dixo Andres, pero este mi amo de que obras es hijo, pues que niega mi soldada, y mi fudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondiò el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de Cavallerias ày en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real fobre otro; y aun fahumados. Del fahumerio os hago gracia, dixo Don Quixote, dadfelos en reales, que con effo me contento: y mirad que lo cumplàys como lo avèys jurado, fino por el mismo juramento os juro de bolver à

buf-

buscàros, y à castigàros, y que os tengo de hallàr, aunque os escondàys mas que una lagartija. Y si querèis saber quien os manda esto, para quedàr con mas veras obligado à cumplirlo: Sabed, que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agravios, y finrazones, y à Dios quedad: y no se os parta de las mientes lo prometido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò à su Rozinante, y en breve espacio se apartò dellos. Siguiòle el labrador con los ojos, y quando viò que avia traspuesto el bosque, y que yà no parecia, bolviòse à su criado Andres, y dixole: venid acà, hijo mio, que os quiero pagàr lo que os devo, como aquel desfazedor de agravios me dexò mandado. Esto juro yo, dixo Andres, y como que andarà vuestra Merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen Cavallero, (que mil años viva;) que segun es de valeroso, y de buen juez, vive Roque que fino me paga, que buelva y execùte lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador, pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentàr la deuda, por acrecentàr la paga. Y asiendole del brazo, le tornò à atàr à la enzina, donde le diò tantos açotes, que le dexò por muerto. Llamad, Señor Andres adra, dezìa el labrador, al desfazedor de agravios, verèys como no desfaze aqueste, aunque creo que no està acabado de hazer, porque me vienè gana de desfollaros vivo, como vos temìades; pero al fin le desatò, y le diò licencia que fuèsse à buscàr à su juez, para que executàsse la pronunciada sentencia. Andres se partiò algo mohino, jurando de ir à buscàr al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contàrle punto por punto lo que avia pasado, y que se lo

onigraui

E 2

avia



avía de pagar con las setenas, pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: Y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quixote, el qual contentissimo de lo sucedido, pareciendole, que avía dado felicissimo, y alto principio à sus Cavallerías, con gran satisfacion de sí mismo iba caminando házia su aldèa, diziendo à media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas òy viven en la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en fuerte, tenèr fugèto, y rendido à toda tu voluntad è talante, à un tan valiente y tan nombrado Cavallero, como lo es, y ferà Don Quixote de la Mancha; el qual (como todo el mundo sabe) ayèr recibìo la orden de Cavallería, y òy ha desfecho el mayor tuerto y agravio, que formò la finrazon, y cometìo la crueldad! Oy quitò el látigo de la mano à aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulàva à aquel delicado infante.

EN esto llegò à un camino que en quatro se dividìa, y luego se le vino à la imaginacion las encrucijadas, donde los Cavalleros andantes se ponían à pensàr qual camino de aquellos tomarían: Y por imitárlas estuvo un rato quedo, y al cabo de avèrlo muy bien pensado, soltó la rienda à Rozinante, dexando à la voluntad del rozin la fuya, el qual siguiò su primer intento, que fuè el irse camino de su Cavalleriza. Y aviendo andado como dos millas, descubriò Don Quixote un grande tropèl de gente, que como despues se supo, eran unos Mercaderes Toledanos, que ivan à compràr seda à Mùrcia. Eran sèys, y venían con sus quitasòles, con otros quatro criados à cavallo, y tres moços de mulas à piè. Apenas los divisò Don Quixote, quando se  
imaginò

imaginò fer cosa de nueva avèntura: y por imitar en todo quanto à èl le parecià possible, los passos que avia leydo en sus libros, le pareciò venir allí de molde uno que pensava hazer: Y assi, con gentil continente y denuedo, se afirmò bien en los estrivos, apretò la lança, llegò la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuvo esperando que aquellos Cavalleros andantes llegassèn, (que yà èl por tales los tenia y juzgava) y quando llegaron à trecho que se pudieron ver y oyr, levantò Don Quixote la voz, y con ademàn arrogante dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesse, que no ày en el mundo todo, donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la fin par Dulcinea del Toboso. Paràronse los Mercaderes al fon destas razones, y à ver la esotraña figura del que las dezia; y por la figura, y por ellas luego hecharon de ver la locura de su dueño, mas quisieron ver de espacio en que parava aquella confesion que se les pedia; y uno dellos (que era un poco burlon, y muy mucho discreto) le dixo: Señor Cavallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena Señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significàys, de buena gana, y sin apremio alguno, confessaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostràra, replicò Don Quixote, que hizierades vosotros en confessar una verdad tan notoria? La importancia està, en que sin verla lo avèys de creer, confessar, afirmar, jurar, y defender; donde no con migo soys en batalla, gente descomunal y sobervia: que aora vengàys uno à uno (como pide la orden de Cavalleria) ora todos juntos, como es costumbre, y mala usança de los de  
vuestra

AVS



vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor Cavallero, replicò el mercader, suplico à vuestra Merced, en nombre de todos estos Principes que aqui estamos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuyzio de las Emperatrices, y Reynas del Alcàrria, y Estremadura, que vuestra Merced sea servido de mostrarnos algun retrato de essa Señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se facarà el ovillo, y quedarèmos con esto satisfechos y seguros, y vuestra Merced quedarà contento y pagado: Y aun creo que estamos yà tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre, que es tuerta de un ojo, y que del otro le màna bermellon, y piedra açufre, con todo esso, por complazar à vuestra Merced, diremos en su favor todo lo que quisiere. No le màna, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en colera, no le màna digo, esso que dezis, fino ambar, y algàlia entre algodones; y no es tuerta, ni corcobada, fino mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagarèys la grande blasfemia, que avèys dicho contra tamaña beldad, como es la de mi Señora. Y en diziendo esto, arremetiò con la lança baxa, contra el que lo avia dicho, con tanta fùria y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropezara, y cayèra Rozinante, lo passara mal el atrevido mercader. Cayò Rozinante, y fue rodando su amo una buena pieça por el campo, y queriendose levantar, jamas pudo (tal embaraço le causavan la lança, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las antiguas armas.) Y entre tanto que  
pugnava

pugnava por levantarse, y no podia, estava diciendo: non fuyays, gente cobarde, gente cautiva, atended, que no por culpa mia, fino de mi cavallo, estoy aqui tendido. Un moço de mulas de los que alli venian, que no devia de fer muy bien intencionado, oyendo dezir al pobre caydo tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle respuesta en las costillas; y llegandose à el, tomò la lança, y despues de averla hecho pedaços, con uno dellos començo à dar à nuestro Don Quixote tantos palos, que à despecho y pesar de sus armas le moliò como cibèra. Davanle voces sus amos, que no le dieffe tanto, y que le dexasse; pero estava yà el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embidar todo el resto de su còlera, y acudiendo por los demàs troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo; que con toda aquella tempestad de palos, que sobre el llovìa, no cerrava la boca, amenazando al cielo, y à la tierra, y à los Malandrines, que tal le parecian. Cansòse el moço, y los mercaderes figuieron su camino, llevando que contar en todo el, del pobre apaleado: el qual, despues que se viò solo, tornò à provar, si podia levantarse; pero si no lo pudò hazer quando sano y bueno, como lo harìa molido, y casi deshecho? Y aun se tenìa por dichoso, pareciendole que aquella era propria desgracia de Cavalleros andantes, y toda la atribuyà à la falta de su cavallo, y no era possible levantarse, segun tenìa brumado todo el cuerpo.

C A P I.



## CAPITULO V.

*Donde se profigue la narracion de la desgracia de nuestro Cavallero.*

**V**IENDO pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse à su ordinario remedio, que era pensar en algun passò de sus libros, y trùxole su locura à la memoria aquel de Valdovinos, y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexò herido en la montaña, (Historia fabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos, y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahòma.) Esta pues le pareció à èl que le venìa de molde para el passò en que se hallava: y assi con muestras de grande sentimiento, se començò à bolcar por la tierra, y à dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizen dezìa el herido Cavallero del bosque: Donde estàs, Señora mia, que no te duele mi mal? O no lo sabes Señora, ò eres falsa, ò desleal. Y desta manera fue profiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi Tio y Señor carnàl! Y quiso la suerte, que quando llegó à este verso, acertò à passar por alli un labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, que venìa de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegó à èl, y le preguntò, que quien era, y que mal sentìa, que tan tristemente se que-xava? Don Quixote creyò sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su Tio; y assi no le respondiò otra cosa, sino fuè profeguir en su romance, donde le dava cuenta de  
su

fu desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su Esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estava admirado, oyendo aquellos disparates; y quitandole la visera, (que ya estava hecha pedaços de los palos) le limpiò el rostro, que lo tenia lleno de polvo. Y à penas le huvò limpiado, quando le conociò, y le dixo: Señor Quixada (que assi se devia de llamar quando èl tenia juyzio, y no avia pasado de Hidalgo fofegado, à Cavallero andante) quien hà puesto à vuestra Merced desta fuerte; pero èl seguia con su romance à quanto le preguntava. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida, pero no viò sangre, ni señal alguna. Procurò levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subìò sobre su jumento, por parecerle cavalleria mas fofegada. Recogìò las armas, hasta las hastillas de la lança, y liòlas sobre Rozinante, al qual tomò de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò hàzia su pueblo, bien pensativo de oyr los disparates, que Don Quixote dezìa: Y no menos iba Don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando dava unos suspiros que los ponìa en el Cielo, de modo, que de nuevo obligò à que el labrador le preguntasse, le dixesse, que mal sentia: Y no parece fino que el diablo le trayà à la memoria los cuentos acomodados à sus suceffos; porque en aquel punto, olvidandose de Valdovinos, se acordò del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Narvaez, le prendìò, y llevò cautivo à su Alcaydia. De fuerte, que quando el labrador le bolviò à preguntar que como estava, y que

T o m. I. F sentia;

fentia; le respondiò las mesmas palabras, y razones que el cautivo Abindarraez respondia à Rodrigo de Narvæz, del mesmo modo que èl avia leydo la Historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe aprovechandose della tan de proposito, que el labrador se iba dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades: Por donde conociò, que su vezino estava loco, y dàvase priessa à llegar al pueblo, por escusar el enfado que Don Quixote le causava con su larga arenga: Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra Merced, Señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa, que hè dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo hè hecho, hago, y harè los mas famosos hechos de Cavallerias, que se han visto, vèan, ni veràn en el mundo. A esto respondiò el labrador: Mire vuestra Merced, Señor, pecador de mi, que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino; ni vuestra Merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado Hidalgo del Señor Quixada. Yo sè quien soy, respondiò Don Quixote, y sè que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas, que ellos todos juntos, y cada uno por si hizieron, se aventajaràn las mias.

EN estas pláticas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, à la hora que anohecìa, pero el labrador aguardò à que fuese algo mas noche, porque no viesse al molido Hidalgo tan mal cavallero. Llegada pues la hora que le pareciò, entrò en el pueblo, y en la casa de Don Quixote, la qual hallò toda alborotada, y estaban en ella el cura, y el barbero del

del lugar, que eran grandes amigos de Don Quixote, que estava diziendoles su ama à voces: Que le parece à vuestra Merced, Señor Licenciado Pedro Perez (que assi se llamava el cura) de la desgracia de mi Señor, Sèys dias hà, que no parecen èl ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desventurada de mi, que me doy à entender (y assi es ello la verdad,) como naci para morir, que estos malditos libros de Cavallerias, que èl tiene, y fuele leer tan de ordinario, le han buuelto el juýzio; que aora me acuerdo averle oýdo dezir muchas vezes, hablando entre si, que queria hazerse Cavallero andante, y irse à buscar las aventuras por estos mundos. Encomendados sean à Satanàs, y à Barrabas tales libros, que assi han hechado à perder el mas delicado entendimiento que avia en toda la Mancha. La Sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa, Señor Maese Nicolàs (que este era el nombre del barbero) que muchas vezes le aconteciò à mi Señor Tio, estar se leyendo en estos desalmados libros de desventuras, dos dias con sus noches, al cabo de los quales arrojava el libro de las manos, y ponìa mano à la espada, y andava à cuchilladas con las paredes, y quando estava muy cansado, dezia, que avia muerto à quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudava del cansancio, dezia, que era sangre de las feridas que avia recibido en la batalla, y bevia se luego un gran jarro de agua fria, y quedava sano, y fofegado, diciendo, que aquella agua era una preciosissima bebida, que le avia traydo el Sabio Esquife, un grande Encantador, y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisè à vuestras Mercedes de los disparates de mi Señor Tio, para que lo remediàran antes de



llegar à lo que hà llegado, y quemàran todos estos descomulgados libros, (que tiene muchos,) que bien merecen ser abrafados, como si fuesen de herèges. Esto digo yo tambien, dixo el cura, y à fè que no se passe el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion à quien los leyere, de hazer lo que mi buen amigo deve de aver hecho. Todo esto estavan oyendo el labrador, y Don Quixote, con que acabò de entender el labrador la enfermedad de su vezino, y assi començò à dezir à voces: Abran vuestras Mercedes al Señor Valdovinos, y al Señor Marques de Mantua, que viene mal ferido, y al Señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez Alcayde de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos à su amigo, las otras à su Amo y Tio, que aun no se avia apeado del jumento, porque no podia, corrieron, à abraçarle. El dixo: Tenganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi cavallo: llevenme à mi lecho, y llàmese, si fuere possible, à la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas. Mira en hora maça, dixo à este punto el Ama, si me dezìa à mi bien mi corazon, del piè que cojeava mi Señor: Suba vuestra Merced en buen hora, que sin que venga essa urgada, le fabrèmos aqui curar. Malditos sean, digo otra vez, y otras ciento, estos libros de Cavallerias, que tal han parado à vuestra Merced. Llevaronle luego à la cama, y catandole las feridas, no le hallaron ninguna; y el dixo, que todo era molimiento, por aver dado una gran cayda con Rozinante su cavallo, combatiendose con dièz Jayànes los mas defavorados, y atrevidos, que se pudieran  
fallar





J. Vanderbank inv. et delin.  
Vol. 1. p. 37.

Ger. Vanderfucht sculp.  
5

fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura, Jayànes ày en la dança? Para mi fantiguada que yo los que-me mañana antes que llegue la noche. Hizieronle à Don Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa, sino que le dieffen de comèr, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importava. Hizose assi, y el Cura se informò muy à la larga del labrador, del modo que avia hallado à Don Quixote: el se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle avia dicho, que fuè poner mas desseo en el Licenciado de hazer lo que otro dia hizo, que fuè llamar à su amigo el barbero Maese Nicolas, con el qual se vino à casa de Don Quixote.

## CAPITULO VI.

*Del donòso y grande Escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la Libreria de nuestro ingenioso Hidalgo.*

**E**L qual aun toda via dormìa, Pidiò las llaves à la Sobrina del aposento, donde estavan los libros, autores del daño, y ella se las diò de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el ama los viò, bolviòse à salir del aposento con grande priessa, y tornò luego con una escudilla de agua bendita, y un hyfopo, y dixo: Tome vuestra Merced, Señor Licenciado, rozle este aposento, no estè aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las que les queremos dar, echàndolos del mundo. Cauzó risa al Licenciado, la simplicidad del

del ama, y mandò al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros uno à uno, para ver de que tratavan, pues podìa fer, hallar algunos, que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la Sobrina, no ay para que perdonar à ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor ferà arrojarlos por las ventanas al pàtio, y hazer un rimero dellos, y pegarles fuego, y fino llevarlos al corral, y alli se harà la hoguera, y no ofenderà el humo. Lo mismo dixo el ama; (tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes) mas el Cura no vino en ello, fin primero leer, fiquiera, los títulos: Y el primero que Maese Nicolas le diò en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun hè oýdo dezir, este libro fue el primero de Cavallerias, que se imprimiò en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: Y assi me parece, que como à dogmatizador de una secta tan mala, le devèmos fin escusa alguna condenar al fuego. No Señor, dixo el Barbero, que tambien hè oýdo dezir, que es el mejor de todos los libros, que deste genero se han compuesto, y assi como à unico en su arte se deve perdonar. Assi es verdad, dixo el Cura, y por essa razòn se le otorga la vida por aora. Veámos effotro que està junto à el. Es dixo el Barbero, las Sergas de Esplandiàn, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad (dixo el Cura,) que no le hà de valer al hijo la bondad del padre: Tomad Señora Ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y dè principio al monton de la hoguera, que se hà de hazer. Hizolo assi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandiàn fuè bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego

go

go que le amenazava. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es Amadis de Grecia: y aun todos los de este lado, à lo que creo, son del mismo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que à truco de quemar à la Reyna Pintiquinieftra, y al Pastor Darinel, y à sus Eglogas, y à las endiabladas, y rebueltas razones de su Autor, quemàra con ellos al padre que me engendrò, si anduvièra en figura de Cavallero andante. De esse parecer soy yo, dixo el Barbero: y aun yo, añadiò la Sobrina. Pues assi es, dixo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronfelos (que eran muchos) y ella ahorrò la escalera, y diò con ellos por la ventana àbàxo. Quien es esse tonel dixo el Cura? Este es, respondiò el Barbero, Don Olivante de Laura. El Autor desse libro, dixo el Cura, fuè el mesmo que compùso à Jardin de Flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ò por dezir mejor, menos mentiroso; solo sè dezir, que este irà al corral por disparatado y arrogante. Este que se figue, es Florismarte de Hircània, dixo el Barbero. Ay esta el Señor Florismarte, Replicò el Cura, pues à fè que hà de parar presto en el corral, a pesar de su extraño nacimiento, y soñadas aventuras, que no dà lugar à otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral con èl, y con effotro, Señora ama. Que me place, Señor mio, respondiò ella, y con mucha alegria executàva lo que le era mandado. Este es el Cavallero Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es esse, dixo el Cura, y no hallo en èl cosa que merezca vènia: acompaÑe à los demas sin rèplica, y assi fue hecho. Abriòse otro libro, y vièron que tenia por título

lo el Cavallero de la Cruz. Por nombre tan fante como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se fuele dezir; tras la Cruz està el diablo, vaya al fuègo. Tomando el Barbero otro libro, dixo: Este es espejo de Cavallerias. Yà conozco à su Merced, dixo el Cura, ay anda el Señor Reynaldos de Montalvàn, con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares, con el verdadero Historiador Turpìn; y en verdad que estoy por condenarlos no mas que à destierro perpetuo, fiquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texiò su tela el Christiano Poëta Ludovico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la fuya, no le guardarè respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondrè sobre mi cabèça. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendièrades, respondiò el Cura, y aqui le perdonàramos al Señor Capitan, que no le huviera traydo à España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor; y lo mesmo haràn todos aquellos, que los libros de verso quifieren bolver en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaràn al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren, que tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en un poço seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se hà de hazer dellos, ecetuando à un Bernardo del Carpio, que anda por ay, y à otro llamado Roncesvalles, que estos en llegando à mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fue-  
go

go sin remission alguna. Todo lo confirmò el Barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, viò que era Palmerin de Oliva, y junto à èl estava otro que se llamava Palmerin de Ingalaterra: Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Essa Oliva se haga luego rajas, y se queme, que aun no queden della las cenizas; y essa Palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como cosa unica, y se haga para ella otra caja, como la que hallò Alexandro en los despojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poëta Homero. Este libro, Señor Compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una porque èl por si es muy bueno; y la otra porque es fama, que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del Castillo de Miraguarda son bonissimas, y de grande artificio; las razones cortesanas, y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo, pues (salvo vuestro buen parecer, Maese Nicolas) que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hazer mas cala, y cata, perezcan. No, Señor Compadre, replicò el Barbero, que este que aqui tengo, es el afamado Don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, con la segunda, tercera, y quarta parte tienen necesidad de un poco de ruybarbo, para purgàr la demasiada còlera fuya, y es menester quitarles todo aquello del Castillo de la Fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da termino ultramarino, y como se enmendàren, assi se usará con ellos de misericordia,

TOM. I.

G

ricordia,



ricordia, ò de justicia ; y en tanto tenedlos vos, Compadre, en vuestra casa, mas no los dexèys leer à ninguno. Que me plaze, respondiò el Barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de cavallerias, mandò al Ama, que tomasse todos los grandes, y dieffe con ellos en el corral. No se dixo à tonta ni à sorda, sino a quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela por grande y delgada que fuèra ; y asiendo casi ocho de una vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò uno à los pies del Barbero, que le tomò gana de ver de quien era, y viò que dezia : Historia del famoso Cavallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando una gran voz, que aqui este Tirante el Blanco ! Dadmele acà, Compadre, que hago cuenta que he hallado en èl un tesoro de contentos, y una mina de passatiempos. Aqui està Don Kyrie-eleison de Montalvan, valeroso Cavallero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el Cavallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la Donzella Plazerdemivida, con los amores, y embustes de la Viuda Reposada, y la Señora Emperatriz enamorada de Hipòlito su Escudero. Digoòs verdad, Señor Compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo. Aqui comen los Cavalleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo effo os digo, que merecìa el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echàran à galeras por todos los dias de su vida. Llevadle à casa, y leedle, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Así ferà, respondiò

diò el Barbero, pero que harèmos de los pequeños libros que quedan ? Estos, dixo el Cura, no deven de fer de cavallerias fino de Poèsia ; y abriendo uno, viò que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del mesmo genero : ) Estos no merezen fer quemados como los demàs, porque no hazen, ni haràn el daño, que los de cavallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuzio de tercero. Ay, Señor, dixo la Sobrina, bien los puede vuestra Merced mandar quemar como à los demàs, porque no serià mucho, que aviendo fanado mi Señor Tio de la enfermedad cavalleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazerse Pastor, y andarse por los bosques, y prados cantando, y tañendo : Y lo que serià peor, hazerse Poëta, que, segun dizen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta Donzella, dixo el Cura, y ferà bien quitarle à nuestro amigo este tropieço, y ocasion de delante : Y pues començamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, fino que se le quite todo aquello, que trata de la Sàbia Felicia, y de la Agua encantada, y casi todos los versos mayores ; y quèdesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se figue, dixo el Barbero, es la Diana llamada, Segunda del Salmantino, y este otro, que tiene el mesmo nombre, cuyo Autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondiò el Cura, acompaÑe, y acreciete el numero de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo ; y passè adelante, Señor Compadre, y demonos priessa, que se và haziendo tarde. Este libro es, dixo el Barbero, abriendo otro, Los diez



libros de fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofrafo, Poëta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo el Cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las Musas Musas, y los Poëtas Poëtas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como esse, no se ha compuesto; y que por su camino es el mejor y el mas unico de quantos deste genero han salido à la Luz del mundo; y el que no le ha leydo, puede hazer cuenta, que no hà leydo jamas cosa de gusto: Dadmele acà, Compadre, que precio mas de averle hallado, que si me dieran una Sotana de raja de Florencia. Pùsole à parte con grandissimo gusto, y el Barbero profiguyò diziendo: Estos que se figuen son el Pastor de Ibèria, Ninfas de Enàres, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el Cura, fino entregarlos al braço seglar del Ama, y no se me pregunte el porque, que serìa nunca acabar. Este que viene es el Pastor de Filida. No es esse Pastor, dixo el Cura, fino muy discreto Cortesano: Guardesse como joya preciosa. Este grande que aqui viene se intitula, dixo el Barbero, Tesoro de varias Poëfias. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: Menester es, que este libro se escarde, y limpie de algunas baxezas, que entre sus grandezas tiene: Guàrdese, por que su Autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas, y levantadas obras que hà escrito. Este es, figuiò el Barbero, el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el Autor desse libro, replicò el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran à quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nunca lo bueno fue mucho: Guardesse con los escogidos.

Pero

Pero que libro es esse que està junto à èl? La Galatea de Miguel de Cervantes, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio esse Cervantes, y sè que es mas versado en desdichas, que en versos. Su Libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada: Es menester esperar la segunda Parte que promete, quizá con la enmienda alcançará del todo la misericordia, que aora se le niega, y entre tanto que esto se vè, tenedle recluso en vuestra posada, Señor Compadre. Que me plaze, respondió el Barbero; y aqui vienen tres todos juntos: La Araucana de Don Alonso de Ercilla, la Austriada de Juan Rufo, Jurado de Cordova, y el Monserrato de Christoval Viruès Poëta Valenciano. Todos estos tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco en lengua Castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia: Guardense como las mas ricas prendas de Poëfia que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros, y assi à carga cerrada quiso, que todos los demás se quemassen; Pero ya tenia uno abierto el Barbero, que se llamava, Las Lagrimas de Angelica. Lloràralas yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro huviera mandado quemar, porque su Autor fuè uno de los famosos Poëtas del mundo, no solo de España, y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ovidio.



## CAPITULO VII.

*De la segunda salida de nuestro buen Cavallero, Don Quixote de la Mancha.*

**E**STANDO en esto, començò à dar voces Don Quixote, diziendo: Aqui, Aqui valerosos Cavalleros, aqui es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços, que los cortefanos llevan lo mejor del tornèo. Por acudir à este ruido y estruendo, no se passò adelante con el escrutinio de los demas libros, que quedavan; y assi se creè que fueron al fuego sin ser vistos, ni oydos, la Carolea, y Leon de España, con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luys de Avila, que sin duda devian de estar entre los que quedavan; y quiça si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron à Don Quixote, yà el estava levantado de la cama, y profeguia en sus voces, y en sus desatinos, dando cuchilladas y revèses à todas partes, estando tan dispierto como si nunca huviera dormido. Abraçaronse con èl, y por fuerça le bolvièron al lecho, y despues que hubo soffegado un poco, bolviendose à hablar con el Cura, le dixo: Por cierto, Señor Arçobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar, tan sin mas ni mas, llevar la vitoria deste tornèo à los Cavalleros cortefanos, aviendo nosotros los Aventureros ganado el Prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra Merced, Señor Compadre, dixo el Cura, que Dios serà servido que la fuerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana: Y atienda vuestra Merced à su salud

lud por aora, que me parece, que deve de estar demafiadamente cansado, si yà no es, que està mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote, pero molido, y quebrantado no ày duda en ello, porque aquel Bastardo de Don Roldan me ha molido à palos con el tronco de una enzina, y todo de envidia, porque vè, que yo solo soy el opuesto de sus valentias: Mas no me llamarìa yo Reynaldos de Montalvan, si en levantandome deste lecho, no me lo pagare à pesar de todos sus encantamientos; y por aora trayganme de yantar, que sè, que es lo que mas me harà al caso, y quedèsse lo del vengarme à mi cargo. Hizieronlo assi, dieronle de comer, y quedòse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò y abrasò el Ama quantos libros avìa en el corral, y en toda la casa; y tales devieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitiò su fuerte, y la pereza del escrutiñador; y assi se cumpliò el refran en ellos, de que pagan à las vezes justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fuè, que le mudassen y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se levantasse, no los hallasse; quicà quitando la causa, cessaria el efecto: Y que dixessen, que un Encantador se los avìa llevado, y el aposento y todo, y assi fuè hecho con mucha presteza. De alli à dos dias se levantò Don Quixote, y lo primero que hizo fue, ir à ver sus libros, y como no hallava el aposento donde le avìa dexado, andava de una en otra parte buscandole: Llegava à donde solìa tener la puerta, y tentàvala con las manos, y bolvia, y rebolvìa los ojos por todo, sin dezir palabra; pero al cabo de una  
buena

buena pieza preguntò à su Ama, que hàzia que parte estava el aposento de sus libros? El Ama, que ya estava bien advertida de lo que avia de responder, le dixo: Que aposento, ò que nada busca vuestra Merced? Yà no ày aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevò el mesmo diablo. No era diablo, replicò la Sobrina, fino un Encantador, que vino sobre una nube una noche, despues del dia que de aqui vuestra Merced se partiò, y apeandose de una sierpe en que venìa Cavallero, entrò en el aposento, y no se lo que se hizo dentro, que à cabo de poca pieza saliò volando por el texado, y dexò la casa llena de humo, y quando acordamos à mirar lo que dexava hecho, no vimos libro, ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien à mi y al Ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta que tenìa al dueño de aquellos libros, y aposento, dexava hecho el daño en aquella casa, que despues se verìa: Dixo tambien, que se llamava el sabio Muñaton. Freston dirìa, dixo Don Quixote. No se, respondiò el Ama si se llamava Freston ò Friton, solo se, que acabò en ton su nombre. Assi es, dixo Don Quixote, que esse es un Sabio Encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, à pelear en singular batalla con un Cavallero à quien èl favorece, y le tengo de vencer, fin que èl lo pueda estorvar, y por esto procura hazerme todos los sinsabores que puede; y màndole yo, que mal podrá èl contradzir, ni evitar lo que por el Cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la Sobrina; pero quien le mete à vuestra Merced, Señor Tio, en  
estas





*J. Linderbach Inv.  
Vol: I. p: 49.*

*J. F. Gucht Scul.  
6*

estas pendencias? No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo à buscar pan de trastrigo, sin considerar, que muchos van por lana, y buelven traquilados. O Sobrina mia, respondió Don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta! Primero que à mi me traquilen, tendré peladas, y quitadas las barbas, à quantos imaginàren tocarme en la punta de un solo cavello. No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quinze dias en casa muy sossegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos Compadres, el Cura, y el Barbero, sobre que él decía, que la cosa de que mas necesidad tenía el mundo, era de Cavalleros andantes, y de que en él se refucitasse la Cavalleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradecía, y otras concedía, porque fino guardava este artificio, no avia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitò Don Quixote à un labrador vezino suyo, hombre de bien (si es que este titulo se puede dar al que es pobre) pero de muy poca fal en la mollera. En resolucion tanto le dixo, tanto le persuadiò, y prometìò, que el pobre villano se determinò de salirse con él, y servirle de Escudero. Dezíale entre otras cosas Don Quixote, que se dispusiesse à ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganasse, en quitame allà estas pajas, una Insula, y le dexasse à el por Governador della. Con estas promessas, y otras tales, Sanchò Pança (que assi se llamàva el labrador) dexò su muger, y hijos, y assentò por Escudero de su vezino. Diò luego Don Quixote orden en buscar dineros, y vendiendo



una cosa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodòse assi mesmo de una rodela, que pidió prestada à un su amigo, y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, avisò à su Escudero Sancho del día, y la hora, que pensàva ponerse en camino, para que èl se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò, que llevasse alforjas. El dixo, que si llevarìa, y que assi mesmo pensàva llevar un asno, que tenia muy bueno, por que èl no estàva echo à andàr mucho à piè. En lo del asno reparò un poco Don Quixote, imaginando si se le acordàva, si algun Cavallero andante avìa traydo Escudero cavallero asnalmente, pero nunca le vino alguno à la memoria; mas con todo esto determinò, que le llevasse, con presupuèsto de acomodarle de mas honrada cavallerìa en aviendo ocasion para ello, quitandòle el Cavallo al primer descortès Cavallero que topasse. Proveyòse de camisas, y de las demas cosas que èl pùdo, conforme al consejo que el Ventero le avia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni Don Quixote de su Ama, y Sobrina, una noche se falièron del lugar sin que persona los viesse; en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por segùros de que no los hallarian, aunque los buscassen. Iva Sancho Pança sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas, y su bota, y con mucho desseo de verse yà Governador de la Infula, que su Amo le avia prometido. Acertò Don Quixote à tomar la misma derròta, y camino, que èl avia tomado en su primer viage, que fuè por el campo de Montiel, por el qual caminava con menos pesadumbre que la vez.

vez passada, porque por fer la hora de la mañana, y herirles à foslàyo los rayos del Sol, no les fatigavan. Dixo en esto Sancho Pança à su Amo: Mire vuestra Merced, Señor Cavallero andante, que no se le olvide lo que de la Infula me tiene prometido, que yo la sabrè governar por grande que sea. A lo qual le respondiò Don Quixote: Has de saber, amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy usada de los Cavalleros andantes antiguos, hazer Governadores à sus Escuderos de las Infulas, ò Reynos que ganavan; y yo tengo determinado de que por mi no falte tan agradecida usança, antes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas vezes (y quiça las mas) esperàvan à que sus Escuderos fuesen viejos, y despues de hartos de servir, y de llevar malos dias, y peores noches, les davan algun titulo de Conde, ò por lo menos de Marques de algun Valle, ò Provincia de poco mas à menos; pero si tu vives, y yo vivo, bien podria fer, que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, que tuvièsse otros à èl adherentes, que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno dellos: Y no lo tengas à mucho, que cosas, y casos acontècen a los tales Cavalleros por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar, àun mas de lo que te promèto. Dessa manera, respondiò Sancho Pança, Si Yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra Merced dize, por lo menos Mari Gutierrez (mi, oyslo) vendria à fer Reyna, y mis hijos Infantes? Pues quien lo duda? Respondiò Don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque lloviesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la Cabeça de Mari Gutierrez. Sepa, Señor,

H 2

que



que no vale dos maravedis para Reyna: Condesa le caerà mejor, y aun Dios y ayùda. Encomiendolo tu à Dios, Sancho, respondiò Don Quixote, que èl le darà lo que mas le convenga; pero no apoques tu animo tanto, que te vengas à contentar con menos que con ser Adelantado. No harè, Señor mio, respondiò Sancho, y mas teniendo tan principal Amo en vuestra Merced, que me farà dar todo aquello que me estè bien, y yo pueda llevar.

## C A P I T U L O VIII.

*Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los Molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.*

**E**N esto descubrieron treynta, ò quarenta molinos de viento, que ày en aquel campo, y assi como Don Quixote los viò, dixo à su Escudero: La ventura và guiando nuestras cosas mejor, de lo que acertàramos à desfeàr; porque vès alli, amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, ò pocos mas defavorados Gigantes, con quien pienso hazer batalla, y quitarles à todos las vidas, con cuyos despojos començarèmos à enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pança. Aquellos que alli vès, respondiò su Amo, de los braços largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra Merced, respondiò Sancho, que aquellos, que alli se parecen, no son Gigantes, sino Molinos de viento, y lo que  
en

en ellos parècen braços, fon las aspás, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras: Ellos son Gigantes, y si tienes miedo, quítate de ay, y ponte en oracion en el espacio que yo voy à entrar con ellos en fiera, y desigual batalla: Y diziendo esto, diò de espuelas à su cavallo Rozinante, sin atender à las voces, que su Escudero Sancho le dava, advirtiendole, que sin duda alguna, eran molinos de viento, y no Gigantes aquellos, que iba à acometer: Pero èl iba tan puesto en que eran Gigantes, que ni oyà las voces de su Escudero Sancho, ni echava de ver, aunque estava ya bien cerca, lo que eran; antes iba diziendo en voces altas: No fuyades, covardes, y viles criaturas, que un solo Cavallero es el que os acomete. Levantòse en esto un poco de viento, y las grandes aspás començaron à moverse, lo qual visto por Don Quixote, dixo: Pues aunque movays mas braços que los del Gigante Briareo, me lo aveys de pagar. Y en diziendo esto, y encomendandose de todo coraçon à su Señora Dulcinea, pidiendole, que en tal trance le socorriessè, bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre arremetiò à todo el galope de Rozinante, y embistiò con el primero molino, que estava delante, y dandole una lançada en el aspa, la bolviò el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, llevandose tras si al cavallo, y al Cavallero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudiò Sancho Pança à socorrerle à todo el correr de su asno, y quando llegò, hallò, que no se podia menear (Tal fue el golpe que diò con èl Rozinante.) Válame Dios, dixo Sancho, no le dixè yo à vuestra

tra



tra Merced, que mirasse bien lo que hazia, que no eran fino Molinos de viento, y no lo podia ignorar, fino quien llevasse otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondiò Don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras, estan sujetas à continua mudança: Quanto mas que yo pienso, y es assi verdad, que aquel sabio Freston, que me robò el aposento, y los libros, ha buelto estos Gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento (Tal es la enemistad que me tiene:) Mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes, contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondiò Sancho Pança, y ayudandole à levantar, tornò à subir sobre Rozinante, que medio despaldado estava, y hablando en la passada aventura, figuieron el camino del puerto Lapice; porque alli, dezia Don Quixote, que no era possible dexar de hallarse muchas, y diversas aventuras por ser lugar muy passagèro; fino que iba muy pesaroso por averle faltado la lança, y diziendosele à su Escudero, le dixo: Yo me acuerdo aver leydo, que un Cavallero Español llamado Diego Perez de Vargas, aviendo en una batalla roto la espada, desgajò de una enzina un pesado ramo, ò tronco, y con èl hizo tales cosas aquel dia, y machacò tantos Moros, que le quedò por sobre nombre Machuca, y assi èl, como sus decendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas, y Machucas. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, ò roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal, y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienso hazer con èl tantas hazañas, que tu te tengas por bien afortunado de aver merecido venir à verlas, y à ser testigo de cosas, que à penas podrán  
fer

fer creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo, assi como vuestra Merced lo dize, pero enderecese un poco, que parece que và de medio lado, y deve ser del momimiento de la cayda. Assi es la verdad, dixo Don Quixote, y si no me quexo del dolor, es, porque no es dado à los Cavalleros andantes quexarse de herida alguna, aunque se le falgan las tripas por ella. Si esto es assi, no tengo yo que replicar, respondiò Sancho, pero sabe Dios, si yo me holgàra que vuestra Merced se quexàra, quando alguna cosa le dolièra: De mi sè dezir, que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, si yà no se entiende tambien con los Escuderos de los Cavalleros andantes esto del no quexarse. No se dexò de reyr Don Quixote de la simplicidad de su Escudero, y assi le declarò, que podìa muy bien quexarse, como, y quando quisièsse sin gana, ò con ella; que hasta entonces no avìa leydo cosa en contrario, en la orden de Cavalleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer. Respondiòle su Amo, que por entonces no le hazia menester, que comièsse èl quando se le antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo, sobre su jumento, y facendo de las alforjas lo que en ellas avìa puesto, iba caminando, y comiendo detras de su Amo muy de espacio, y de quando en quando, empinava la bota con tanto gusto, que le pudièra envidiar el mas regalado bodegonero de Màlaga; y en tanto que èl iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordava de ninguna promesa, que su Amo le huviesse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andàr buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion aquella noche la pasaron

saron entre unos arboles, y del uno dellos desgajò Don Quixote un ramo seco, que casi le podia servir de lança, y pùso en èl el hierro que quitò de la que se le avia quebrado. Toda aquella noche no dormiò Don Quixote, pensando en su Señora Dulcinea, por acomadarse à lo que avia leydo en sus libros, quando los Cavalleros pasavan sin dormir muchas noches en las Florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus Señoras. No la pasò assì Sancho Pança, que como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevò toda, y no fuèran parte para despertarle, (si su Amo no le llamara,) los rayos del Sol, que le davan en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nuevo dia saludavan. Al levantarse diò un tiento à la bota, y hallòla algo mas flaca que la noche antes, y affigiòsele el coraçon, por parecerle, que no llevaban camino de remediàr tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque, como està dicho, diò en sustentarse de sabrosas memorias.

TORNARON à su començado camino del puerto Lapice, y à obra de las tres del dia le descubrièron. Aqui, (dixo en viendole Don Quixote,) podèmos, hermano Sancho Pança, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras: Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano à tu espada para defendèrme, si ya no vières, que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso, bien puedes ayudarme; pero si fuèren Cavalleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de cavalleria, que me ayudes hasta que seàs armado Cavallero. Por cierto, Señor,

re-

respondió Sancho, que vuestra Merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruídos, ni pendencias: Bien es verdad, que en lo que toca à defender mi persona, no tendré mucha cuenta con essas leyes, pues las divinas y humanas permiten, que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió Don Quixote, pero en esto de ayudarme contra Cavalleros, has de tener à raya tus naturales impetus. Digo que assi lo haré, respondió Sancho, y que guardaré esse precepto tan bien como el dia del Domingo.

ESTANDO en estas razones, affomaròn por el camino dos Frayles de la orden de san Benito, Cavalleros sobre dos Dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Trayan sus antojos de camino, y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con quatro ò cinco de à cavallo que le acompañavan, y dos moços de mulas à pié. Venia en el coche, como despues se supo, una Señora Vizcaÿna, que iba à Sevilla donde estava su Marido, que pasava à las Indias con un muy honroso cargo. No venian los Frayles con ella, aunque ivan el mesmo camino: Mas à penas los divisò Don Quixote, quando dixo à su Escudero: O yo me engaño, ò esta ha de ser la mas famosa aventura, que se aya visto, porque aquellos bultos negros, que alli parecen, deven de ser, y son sin duda alguna, algunos Encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester desfazer este tuerto à todo mi poderio. Peor ferà esto, que los Molinos de viento, dixo Sancho. Mire, Señor, que aquellos son Frayles de San Benito, y el coche



deve de fer de alguna gente passagèra. Mire, digo, que mire bien lo que haze, no fea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondiò Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras; lo que yo digo es verdad, y aora lo veràs: Y diziendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los Frayles venian, y en llegando tan cerca, que à èl le pareciò que le podrian oyr lo que dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada y descomunal, dexad luego al punto las altas Princefas, que en esse coche llevàys forçadas, fino aparejaos à recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvièron los Frayles las riendas, y quedaron admirados, assi de la figura de Don Quixote, como de sus razones, à las quales respondièron: Señor Cavallero, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, fino dos Religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabèmos, si en este coche vienen, ò no ningunas forçadas Princefas. Para con migo no ày palabras blandas, que yà yo os conozco, fementida canalla, dixo Don Quixote; y sin esperar mas respuesta, picò à Rozinante, y la lança baxa arremetiò contra el primero Frayle con tanta fùria, y denuedo, que si el Frayle no se dexara caèr de la mula, èl le hiziera venir al suelo, mal de su grado, y aun mal ferido, fino cayèra muerto. El segundo Religioso, que viò del modo que tratavan à su compañero, puso piernas al Castillo de su buena mula, y començò à correr por aquella campaña, mas ligèro que el mismo viento. Sancho Pança, que viò en el suelo al Frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetiò à èl, y le començò à quitar los hàbitos. Llegaron en esto los moços de los Frayles,

y

y preguntaronle, porque le desnudava? Respondiòles Sancho, que aquello le tocava à èl legitimamente como despojos de la batalla, que fu Señor Don Quixote avia ganado. Los moços, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que yà Don Quixote estava desviado de alli, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con èl en el suelo, y fin dexarle pelo en las barbas, le molieron à cozes, y le dexaron tendido en el suelo fin aliento, ni fentido; y fin detenerse un punto, tornò à subir el Frayle, todo temeroso, y acobardado, y fin color en el rostro; y quando se viò à cavallo, picò tras su Compañero, que un buen espacio de alli le estava aguardando, y esperando en que parava aquel sobrefalto; y fin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceſſo, figuieron su camino, haziendose mas cruces, que si llevàran al diablo à las espaldas. Don Quixote estava, como se hà dicho, hablando con la Señora del coche, diziendole: La vuestra fermosura, Señora mia, puede fazer de su Persona lo que mas le viniere en talante, porque yà la sobèrvia de vuestros robadores yaze por el suelo derribada por este mi fuerte braço; y por que no penèys por saber el nombre de vuestro libertador, sabed, que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, Cavallero andante y aventurero, y cautivo de la fin par, y hermosa Doña Dulcinea del Toboso; y en pago del beneficio que de mi avèys recibido, no quiero otra cosa, fino que bolvays al Toboso, y de mi parte os presentèys ante esta Señora, y le digays lo que por vuestra libertad he hecho.



Todo esto que Don Quixote dezia, escuchàva un Escudero de los que el coche acompañavan, que era Vizcaÿno, el qual, viendo que no querìa dexar passar el coche adelante, fino que dezìa, que luego avìa de dar la buelta al Toboso, se fuè para Don Quixote, y assiendole de la lança, le dixo en mala lengua castellana, y peòr vizcaÿna desta manera: Anda Cavallero, que mal andes, por el Dios que criòme, que fino dexas coche, assi te màtas, como estas ay vizcaÿno. Entendiòle muy bien Don Quixote, y con mucho sossiego le respondiò: Si fueras Cavallero, como no lo eres, yà yo huviera castigado tu fandez, y atrevimiento, cautiva Criatura. A lo qual replicò el Vizcaÿno: Yo no Cavallero? Juro à Dios, tan mientes como Christiano. Si lança arrojas, y espada facas, el agua quan presto veràs que àl gato llèvas: Vizcaÿno por tierra, Hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo veredes, dixo Agrages, respondiò Don Quixote, y arrojando la lança en el suelo, sacò la espada, y embraçò su rodela, y arremetiò al Vizcaÿno con determinacion de quitarle la vida. El Vizcaÿno que assi le viò venir (aunque quifiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no avia que fiar en ella) no pudo hazer otra cosa, fino sacar su espada; pero avinole bien, que se hallò junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirviò de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fuèran dos mortales enemigos. La demas gente quifiera ponerlos en paz, mas no pùdo, porque dezia el Vizcaÿno en sus mal travadas razones, que si no le dexavan acabar su batalla, que èl mismo avìa de matar à su Ama, y à toda la gente que se lo

estor-

estorvassè. La Señora del coche, admirada, y temerosa de lo que veya, hizo al cochero que se desviaffè de alli algun poco, y desde lexos se puso à mirar la rigurosa contienda; en el discurso de la qual diò el Vizcayno una gran cuchillada à Don Quixote encima de un ombro, por encima de la rodela, que à darsela sin defenfa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintiò la pesadumbre de aquel desafortado golpe, diò una gran voz, diciendo: O Señora de mi alma, Dulcinea, Flor de la fermosura! Socorred à este vuestro Cavallero, que por satisfazer à la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fuè en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo, à la de un solo golpe. El Vizcayno que assi le viò venir contra èl, bien entendiò por su denuedo su corage, y determinò de hazer lo mesmo que Don Quixote, y assi le aguardò bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula à una ni à otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha à semejantes niñerías, no podia dar un passo. Venìa pues, como se ha dicho, Don Quixote contra el cauto Vizcayno con la espada en alto con determinacion de abrirle por medio; y el Vizcayno le aguardava assi mesmo levantada la espada, y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estàvan temerosos, y colgados de lo que avìa de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenaçavan: Y la Señora del coche y las demas criadas fuyas, estàvan haziendo mil votos, y ofrecimientos à todas las imagenes, y cascas de Devocion de España, porque Dios librasse à su Escudero, y à ellas de aquel tan grande peligro  
en

en que se hallavàn. Pero està el daño de todo esto, que en este punto, y termino dexa pendiente el Autor desta Historia esta batalla, disculpandose, que no hallò mas escrito de estas hazañas de Don Quixote, de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo Autor desta obra, no quiso creèr, que tan curiosa Historia estuvièssè entregada à las leyes del olvido, ni que huvièssen sido tan poco curiosos los Ingenios de la Mancha, que no tuvièssen en sus archivos, ò en sus escritorios algunos papeles que deste famoso Cavallero trataassen; y assi con esta imaginacion no se desesperò de hallar el fin desta apacible Historia, el qual, siendole el Cielo favorable, la hallò del modo que se contará en el segundo libro.



LIBRO



## LIBRO SEGUNDO

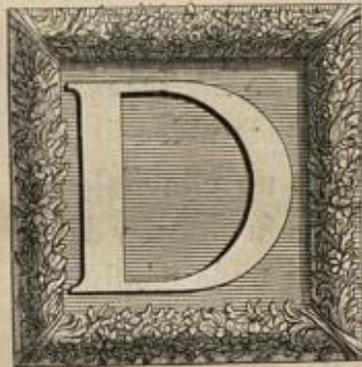
Del Ingenio Hidalgo

# DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

---

### CAPITULO IX.

*Donde se concluye, y dà fin à la estupenda batalla, que el gallardo Vizcaÿno, y valiente Manchego tuvieron.*



EX'AMOS en el primero libro desta Historia al valeroso Vizcaÿno, y al famoso Don Quixote con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales, que si en lleno se acertàran, por lo menos se dividirian, y fenderian de arriba à baxo, y abririan como una granada: Y que en aquel punto tan dudoso parò, y quedò destroncada tan fabrosa Historia, sin que nos dièsse noticia su Autor, donde se podria hallar lo que della faltava. Causòme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de aver leydo tan poco, se bolvia en disgusto de pensar el mal camino, que se ofrecia, para hallar lo mucho,

cho, que, à mi parecer, faltava de tan sabroso cuento. Pareciòme cosa imposible, y fuèra de toda buena costumbre, que à tan buen Cavallero le huvièsse faltado algun Sàbio, que tomàra à cargo el escrivir sus nunca vistas hazañas: Cosa que no faltò à ninguno de los Cavalleros andantes de los que dizen las gentes, que van à sus aventuras; porque cada uno dellos tenìa uno, ò dos Sabios como de molde, que no solamènte escrivian sus hechos, sino que pintavan sus mas minimos pensamientos, y niñerías por mas escondidas que fuèssen: Y no avia de ser tan desdichado, tan buen Cavallero que le faltasse à èl, lo que sobró à Platir, y à otros semejantes: Y assi no podìa inclinarme à creer, que tan gallarda Historia huvièsse quedado manca, y estropeada; y echàva la culpa à la malignidad del tiempo, devorador, y consumidor de todas las cosas, el qual ò la tenìa oculta, ò consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se avian hallado tan modernos, como *Desengaño de Zelos*, y *Ninfas*, y *Pastores de Henàres*; que tambien su Historia devìa de ser moderna, y que ya que no estuvièsse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldèa, y de las à ella circunvezinas. Esta imaginacion me traìa confuso, y desseòso de saber real, y verdaderamente toda la vida, y milagros de nuestro famoso Español Don Quixote de la Mancha, Luz, y Espejo de la Cavallerìa manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se pùso al trabàxo, y al exercicio de las andantes armas, y al de desfazer agravios, focorrer Viudas, amparar Donzellas, de aquellas que andàvan con sus açotes, y palafrènes, y con toda su virginidad à cuestras de monte en monte, y de valle  
en

en valle; que fino era, que algun follòn, ò algun Villano de acha, y capellina, ò algun descomunal Gigante las forçava, Donzella hùvo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no dormiò un dia debaxo de texado, se fuè tan entèra à la sepultura, como la madre que la avia parido. Digo, pues, que por estos, y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quixote de continuas, y memorables alabanças; y aun à mi no se me deven negàr por el trabajo, y diligencia, que pùse en buscar el fin desta agradable Història: Aunque bien sè, que si el Cielo, el Caso, y la Fortuna no me ayudàran, el mundo quedàra falto, y sin el passatiempo, y gusto, que, bien casi dos horas, podrà tener el que con atencion la leyère. Passò, pues, el hallàrla en esta manera.

ESTANDO yo un dia en el Alcana de Toledo, llegò un muchacho à vendèr unos cartapacios, y papeles viejos à un Sedèro; y como foy aficionàdo à leèr, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevàdo desta mi natural inclinacion, tomè un cartapacio de los que el muchacho vendìa, y vile con caractères, que parecian Aràvigos: Y puesto que, aunque los conocìa, no los sabia leèr, andùve mirando, si parecìa por allì algun Morisco Aljamiado, que los leyèsse; y no fuè muy dificultoso hallàr Interprete semejante, pues aunque le buscàra de otra mejor y mas antigua lengua, le hallàra. En fin la suerte me deparò uno, que dizièndole mi desèo, y ponièndole el libro en las manos, le abriò por medio, y leyèndo un poco en èl, se començò à reyr. Preguntèle, que de que se reya? Y respondiòme, que de una cosa que tenìa aquel libro escrita en el margen por anotacion.

TOM. I.

K

Dixele



Dixele que me la dixèsse; y èl fin dexàr la rifa, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margen escrito esto. *Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta Historia referida, dizen, que tièvo la mejor mano para salàr puercos, que otra muger de toda la Mancha.* Quando yo oyè dezir, Dulcinea del Toboso, quedè atònito, y suspenso, porque luego se me representò, que aquellos cartapàcios contenian la Historia de Don Quixote.

CON esta imaginacion le di prièssa, que leyèsse el principio; y hazièndolo assi, bolviendo de improvisò el Aravigo en Castellano, dixo, que dezìa: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, Historiador Aravigo.* Mucha discrècion fuè menestèr para disimulàr el contento que recibì, quando llegò à mis oydos el titulo del libro; y salteàndosele al Sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapàcios por medio real (que si èl tuvièra discrècion, y supièra lo que yo los desseàva, bien se pudièra promèter y llevàr mas de seys reales de la compra.) Apartème luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguèle, me bolvièsse aquellos cartapàcios, todos los que tratàvan de Don Quixote, en lengua castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que èl quisièsse. Contentòse con dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometì de traduzirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad: Pero yo, por facilitar mas el negocio, y por no dexàr de la mano tan buen hallazgo, le truxè à mi casa, donde, en poco mas de mes y medio, la traduxò toda del mesmo modo, que aqui se refiere.

ESTÀVA en el primero cartapàcio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el Vizcayno, pueffos  
en

en la mesma postura, que la Historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada; y la mula del Vizcayno tan al vivo, que estava mostrando ser de alquiler à tiro de ballesta. Tenia à los piès escrito el Vizcayno un titulo que dezia: *Don Sancho de Azpetia* (que sin duda devia de ser su nombre:) Y à los piès de Rozinante estava otro que dezia: *Don Quixote*. Estava Rozinante maravillosamente pintado, tan largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tan etico confirmado, que mostrava bien al descubierto con quanta advertencia, y propiedad se le avia puesto el nombre de Rozinante. Junto à el estava Sancho Pança, que tenia del cabestro à su asno, à los piès del qual estava otro rotulo que dezia: *Sancho çancas*: Y devia de ser, que tenia, a lo que mostrava la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas; y por esto se le devio de poner nombre de Pança y de çancas (que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la Historia.) Otras algunas menudencias avia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso à la verdadera relacion de la Historia; que ninguna es mala como sea verdadera. Si à esta se le puede poner alguna objecion cerca de su verdad, no podra ser otra, sino aver fido su Autor *Aravigo*, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender aver quedado falto en ella, que demasiado. Y assi me parece à mi; pues quando pudiera y deviera estender la pluma en alabanzas de tan buen Cavallero, parece, que de industria las passa en silencio: Cosa mal hecha, y peor pensada, aviendo y deviendo ser los



Historiadòres, puntuales, verdaderos, y no nada apassionados, y que ni el interès, ni el miedo, el rancor ni la aficion no les haga torcèr del camino de la verdad, cuya madre es la Història, Emula del tiempo, Deposito de las acciones, Testigo de lo passado, Exemplo, y aviso de lo presente, y Advertencia de lo por venir. En esta sè, que se hallarà todo lo que se acertare à desfeàr en la mas apazible; y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fuè por culpa del galgo de su Autòr, antes que por falta del fujeto. En fin su segundo libro, figuiendo la traduccion, començava desta manera.

PUESTAS, y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos, y enojados Combatientes, no parecia fino que estavan amenazando al Cielo, à la Tierra, y al Abismo (Tal era el denuedo y continente que tenian:) Y el primero, que fuè à descargàr el golpe, fuè el colèrico Vizcaÿno, el qual fuè dado con tanta fuerça, y tanta fùria, que à no bolversele la espada en el camino, aquel solo golpe fuèra bastante para dar fin à su rigurosa contienda, y a todas las aventuras de nuestro Cavallero: Mas la buena fuerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torciò la espada de su contrario de modo, que, aunque le acertò en el ombro izquierdo, no le hizo otro daño, que desfarmarle todo aquel lado, llevàndole de camino gran parte de la zelada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexàndole muy mal trecho.

VÀLAME Dios, y quien serà aquel que buenamente pueda contar aora la rabia, que entrò en el corazon de nuestro Manchego, viéndose paràr de aquella manera! No se diga mas, fino que fuè de manera, que se alçò de nuevo en los  
estri-

estrivos, y apretàndo mas la espada en las dos manos, con tal fùria descargò sobre el Vizcaÿno, acertandole de lleno sobre la almohàda, y sobre la cabeça, que sin ser parte tan buena defenfa, como si cayèra sobre el una montaña, començò à echàr sangre por las narizes, y por la boca, y por los oÿdos, y à dàr muestras de caèr de la mula à baxo, de donde cayèra sin duda, fino se abraçàra con el cuello; pero con todo effo facò los pies de los estrivos, y luego soltò los braços, y la mula espantàda del terrible golpe, diò à correr por el campo, y à pocos corcòbos diò con su Dueño en tierra. Estàvaselo con mucho fofsiègo miràndo Don Quixote, y como lo viò caèr, faltò de su cavallo, y con mucha ligèreza se llegò à èl, y ponièndole la punta de su espada en los ojos, le dixo que se rindièffe, fino, que le cortaria la cabeça. Estàva el Vizcaÿno tan turbado que no podìa responder palabra, y èl lo pasàra mal (segun estàva ciego Don Quixote) si las Señoras del coche, que hasta entonces con gran desmàyo avian miràdo la pendencia, no fuèran adonde estàva, y le pidièran con mucho encarecimiento, les hizèffe tan gran merced, y favor, de perdonàr la vida à aquel su Escudero: A lo qual Don Quixote respondiò con mucho entòno y gravedad: Por cierto, fermosas Señoras, yo soy muy contento de hazèr lo que me pedis, mas ha de sèr con una condiciòn, y concièrto; y es, que este Cavallèro me ha de prometer, de ir al lugar del Toboso, y presentàrse de mi parte, ante la fin par Doña Dulcinea, para que ella haga dèl, lo que mas fuère de su Voluntad. La temerosa, y desconsolada Señora, sin entràr en cuenta de lo que Don Quixote pedìa, y sin preguntàr, quien Dulcinea fuèffe, le pro-

prometiò, que el Escudero haria todo aquello que de su parte le fuèsse mandado. Pues en fè de essa palabra yo no le harè mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

## C A P I T U L O X.

*Del discurso que tuvo Don Quixote con su buen Escudero Sancho Pança.*

**Y**A en este tiempo se avia levantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los Frayles, y avia estado atento à la batalla de su Señor Don Quixote, y rogava à Dios en su coraçon, fuèsse servido de darle victòria, y que en ella ganasse alguna Infula de donde le hizièsse Governador, como se lo avia prometido. Viendo, pues, acabada la pendencia, y que su Amo bolvia à subir sobre Rozinante, llegò à tenerle el estribo; y antes que subièsse, se hincò de rodillas delante del, y asiendole de la mano, se la besò y le dixo: Sèa vuestra Merced servido, Señor Don Quixote mio, de darme el Gobierno de la Infula, que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sèa, yo me siento con fuerças de saberla governar tal y tan bien, como otro que aya governado Infulas en el mundo. A lo qual respondiò Don Quixote: Advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las à esta semejantes, no son aventuras de Infulas, sino de encruzijadas, en las cuales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeça, ò una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofreceràn, donde no solamente os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciòselo mucho Sancho, y besandole otra vez  
la



*In: Vanderbank invt et Delin*  
*Vol: 3 - P: 70*

*Ger: VanderGucht sculp.*





la mano, y la falda de la loriga, le ayudò à subir sobre Rozinante, y començò à seguir à su Señor, que à passo tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entrò por un bosque, que alli junto estava. Seguiale Sancho à todo el trote de su jumento, pero caminava tanto Rozinante, que, viendose quedar atras, le fue forçoso dar voces à su Amo, que le aguardasse. Hizolo assi Don Quixote, teniendo las riendas à Rozinante hasta que llegasse su Canfado Escudero, el qual en llegando le dixo: Pareçeme, Señor, que seria acertado irnos à retraer à alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no ferà mucho, que den noticia del caso à la Santa Hermandad, y nos prendan; y à fe que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos hà de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote, y donde has visto tu, ò leydo jamas, que Cavallero andante aya sido puestto ante la Justicia por mas homicidios que huviesse cometido? Yo no sè nada de Omecillos, respondiò Sancho, ni en mi vida le catè à ninguno: Solo sè, que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelèan en el campo, y en essotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo Sancho, respondiò Don Quixote, que yo te facarè de las manos de los Caldèos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso Cavallero que yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has leydo en Historias otro que tenga ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondiò Sancho, que yo no he leydo ninguna historia jamas, porque ni sè leer, ni escribir; mas lo que osarè apostar

tar



târ es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo nõ le he servido en todos los dias de mi vida; y quièra Dios que estos atrevimiètos no se pàguen donde tengo dicho. Lo que le ruego à vuestra merced es, que se cure, que le vâ mucha sangre de essa oreja, que aqui traygo hilas, y un poco de unguento blanco en las alforjas. Todo esso fuèra bien escusado, respondiò Don Quixote, si à mi se me acordàra de hazèr una redòma del bàlsamo de Fierabràs, que con sola una gota se ahorrarian tiempo, y medicinas. Que redòma, y que bàlsamo es esse? Dixo Sancho Pança. Es un bàlsamo, respondiò Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tenèr tèmor à la muerte, ni ày pensàr morir de ferida alguna: Y assi quando yo le haga, y te le dè, no tienes mas que hazèr, fino, que quando vières, que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes fuele acontecèr) tomàr bonitamènte la parte del cuerpo que huvière caydo en el suelo, y con mucha futiliza, antes que la sangre se yele, la pondràs sobre la otra mitad que quedàre en la filla, advirtièndo de encaxàrla igualmente, y al justo. Luego me daràs à bebèr sòlos dos tragos del bàlsamo que he dicho, y veràsme quedar mas sano que una mançana. Si esso ay, dixo Pança, yo renuncio desde aqui el Gobierno de la prometida Infula, y no quièro otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, fino que vuestra merced me dè la receta de esse estremado licòr, que para mi tengo, que valdrà la onça adonde quièra, mas de à dos reales, y no he menestèr yo mas para passàr esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de

tres

tres reales se pueden hazer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues à que aguarda vuestra Merced à hazelle, y à enseñarmele? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hazerte; y por aora curèmonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y unguento: Mas quando Don Quixote llegò à ver rota su zelada, pensò perder el juicio; y puesta la mano en la espada, y alçando los ojos al Cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los quatro Santos Evangelios, donde mas largamente estàn escritos, de hazer la vida que hizo el Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su Sobrino Valdovinos, que fue, de no comer pan à mantèles, ni con su Muger folgàr; y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vengança del que tal defaguisado me hizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Advierta vuestra merced, Señor Don Quixote, que si el Cavallero cumplió lo que se le dexò ordenado, de irse à presentar ante mi Señora Dulcinea del Toboso, ya avrà cumplido con lo que devìa, y no merece otra pena, sino comete nuevo delito. Has hablado, y apuntado muy bien, respondió Don Quixote, y assi anulo el juramento en quanto à lo que toca tomar del nueva vengança; pero hàgole, y confirmole de nuevo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra zelada, tal, y tan buena como esta, à algun Cavallero. Y no pienses Sancho, que, assi à humo de pajas, hago esto, que bien tengo à quien imitar en ello, que esto mesmo passò àl piè

T O M. I.

L

de



de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò à Sacripante. Que dè al Diablo vuestra Merced tales juramentos, Señor mio, replicò Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuizio de la conciencia. Si no digame aora, si à caso en muchos dias no topàmos hombre armado con zelada, que hemos de hazer? Hase de cumplir el juramento à despecho de tantos inconvenientes, è incomodidades, como ferà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra Merced quiere revalidar aora? Mire vuestra Merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traen zeladas, pero quiçà no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo Don Quixote, porque no avrèmos estado dos horas por estas encruzijadas, quando veàmos mas armados, que los que vinièron sobre Albraca à la conquista de Angelica la bella. Alto, pues; sea assi, dixo Sancho; y à Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Infula que tan cara me cuesta, y muèrame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, replicò Don Quixote, que no te dè esso Cuydado alguno, que quando faltàre Infula, ay està el Reyno de Dinamarca, ò el de Sobradisa, que te vendrà, como anillo al dedo; y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexèmos esto para su tiempo, y mira si traes algo en estas alforjas, que comàmos, porque vamos luego en busca de algun Castillo donde aloxèmos esta noche, y hagàmos el bálamo, que te he dicho, porque yo te voto à Dios, que me  
va

va doliendo mucho la oreja. Aqui traygo una cebolla, y un poco de queso, y no sè quantos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen à tan valiente Cavallero como vuestra Merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: Hàgote saber, Sancho, que es honra de los Cavalleros andantes no comer en un mes, y yà que coman, sea de aquello que hallàren mas à mano; y esto se te hiziera cierto, si huvièras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion, de que los Cavalleros andantes comiesen fino era à caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passavan en flores: Y aunque se dexa entender, que no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, haze de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que, Sancho amigo, no te congoje lo que à mi me dà gusto, ni quieras tu hazer mundo nuevo, ni sacar la cavalleria andante de sus quicios. Perdoneme vuestra Merced, dixo Sancho, que como yo no sè leer, ni escribir, como otra vez he dicho, no sè, ni he caydo en las reglas de la profesion cavalleresca; y de aqui adelante yo proveerè las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra Merced, que es Cavallero, y para mi las proveerè, pues no lo soy, de otras cosas volatiles, y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò Don Quixote, que sea forçoso à los Cavalleros andantes no comer otra cosa sino essas frutas, que dizes, sino que su mas ordinario susten-



to devìa de fer dellas, y de algunas yervas, que hallavan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondiò Sancho, conocer effas yervas, que, segun yo me voy imaginando, algun dia ferà menester usar de effe conocimiento. Y facando en esto lo que dixo que trayà, comieron los dos en buena paz y compañia. Pero desseosos de buscar, donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre, y seca comida. Subieron luego à cavallo, y dieronse priessa por llegar à poblado antes que anocheçiese, pero faltòles el Sol, y la esperança de alcançar lo que desseavan junto à unas choças de unos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: Que quanto fuè de pesadumbre para Sancho no llegar à poblado, fuè de contento para su Amo dormirla al Cielo descubierta, por parecerle, que cada vez que esto le sucedia, era hazer un acto possessivo, que facilitava la prueba de su Cavalleria.

## CAPITULO XI.

*De lo que le sucediò à Don Quixote con unos Cabreros.*

**F**UE recogido de los cabreros con buen animo, y aviendo Sancho acomodado, lo mejor que pudo, à Rozinante, y à su jumento, se fuè tras el olòr, que despedian de si ciertos tassajos de cabra, que, hirviendo al fuego, en un caldero estavan; y aunque el quisiera en aquel mesmo punto ver, si estavan en fazon de trasladarlos del caldero al estòmagò, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el fuelo unas pieles de ovejas, adereçaron con mucha priessa su rustica mesa, y comidaron

bidaron à los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenían. Sentàronse à la redonda de las pieles feys dellos, que eran los que en la majada avia, aviendo primero con grosseras ceremonias rogado à Don Quixote, que se sentasse sobre un dornàjo, que buelto del revès le pusièron. Sentòse Don Quixote, y quedàvasse Sancho en piè para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Vièndole en piè fu Amo, le dixo: Porque veas, Sancho, el bien que en si encierra la andante Cavalleria, y quan à pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente à ser honrados y estimados del mundo, quiero que aqui à mi lado, y en compaña desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa con migo, que soy tu Amo, y natural Señor, que comas en mi plato, y bevas por donde yo bevière; porque de la Cavalleria andante se puede dezir lo mismo, que del Amor se dize, que todas las cosas iguala. Gran merced dixo Sancho, pero sè dezir à vuestra Merced, que como yo tuviesse bien que comer, tan bien, y mejor me lo comeria en piè, y à mis solas, como sentado à par de un Emperador: Y aun si vè à dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forçoso mascar de espacio, beber poco, limpiarme amenudo, no estornudar, ni toser, si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo: Assi que, Señor mio, estas honras que vuestra Merced quiere darme por ser ministro, y aderente de la Cavalleria andante, como lo foy, siendo Escudero de vuestra Merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo.

do, y provecho; que estas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esto te has de sentar, porque à quien se humilla, Dios le enfalça; y asiendole por el brazo, le forçò à que junto à el se sentasse. No entendian los Cabreros aquella gerigonça de Escuderos, y de Cavalleros andantes, y no hazian otra cosa que comer, y callar, y mirar à sus huespedes, que con mucho donayre, y gana embaulavan tassajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre la zaleàs gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro, que si fuera hecho de argamassa. No estava en esto ocioso el cuerno, porque andava à la redonda tan amenudo (ya lleno, ya vazio como arcaduz de nõria) que con facilidad vazio un zaque de dos, que estavan de manifesto. Despues que Don Quixote huvò bien satisfecho su estòmago, tomò un puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, soltò la voz à semejantes razones.

DICHOSA Edad, y Siglos dichosos aquellos à quien los Antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa fin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoravan estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella fanta Edad todas las cosas comunes; à nadie le era necessario, para alcançar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estavan combidando con su dulce, y fazonado fruto: Las claras fuentes, y corrientes rios en magnifica abundancia fabrosas,



*Jn. Vanderbank invt. et Delin.  
Vol. 1. p. 78.*

*Ger Vandergucht Sculp. 8*





brofas, y transparentes aguas les ofrecian : En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los arboles formavan fu Republica las folicitas, y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano fin interes alguno la fertil cosecha de fu dulcissimo trabajo: Los valientes alcornòques despedian de si, fin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas, y livianas cortezas con que començaron à cubrir las casas, sobre rusticas estacas sustentadas, no mas que para defenfa de las inclemencias del Cielo. Todo era Paz entonces, todo Amistad, todo Concordia. Aun no se avia atrevido la pesada reja del corbo arado à abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, fin ser forçada, ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso feno lo que pudieffe hartar, sustentat, y deleytar à los hijos, que entonces la posseyan. Entonces si, que andavan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otèro en otèro en trença, y en cabello fin mas vestidos de aquellos, que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que aora se usan, à quien la pùrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, fino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra entretexidas, con lo que, quiça, ivan tan pomposas, y compuestas, como van aora nuestras cortesanas con las raras, y peregrinas invenciones, que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoravan los conceptos amorosos del alma simple, y sencillamente del mesmo modo, y manera, que ella los concebìa, fin buscar artificiofo rodèo de palabras para encarecerlos. No avia la fraude, el engaño, ni la malicia mezclàdose con la verdad y llaneza.



za. La Justicia se estava en sus propios terminos, sin que la ofassien turbar, ni ofender los del favor, y los del interese, que tanto aora la menoscaban, turban, y persiguen. La ley del encaje aun no se avia sentado en el entendimiento del Juez, porque entonces no avia que juzgar, ni quien fuesse juzgado. Las donzellas, y la honestidad andavan, como tengo dicho, por donde quiera solas y Señoras, sin temor que la agena desemboltura, y lascivo intento las menoscabassen; y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad: Y aora en estos nuestros detestables siglos no esta segura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque alli por los resquicios ò por el ayre con el zelo de la maldita sollicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogimiento al trafte: Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la orden de los Cavalleros andantes, para defender las Donzellas, amparar las Viudas, y socorrer à los Huerfanos, y à los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, à quien agradezco el agasajo, y buen acogimiento, que hazeys à mi, y à mi Escudero: Que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados à favorecer à los Cavalleros andantes, toda via por saber, que, sin saber vosotros esta obligacion, me acogistes, y regalastes, es razon que con la voluntad à mi possible os agradezca la vuestra.

TODA esta larga arenga (que se pudièra muy bien escufar) dixo nuestro Cavallero, porque las bellotas, que le dieron, le truxeron à la memoria la edad dorada; y antojòsele hazer aquel inutil razonamiento à los cabreros, que sin respon-

respondelle palabra embobados, y suspenfos le estuvièron escuchando. Sancho assi mesmo callava, y comia bellotas, y visitava muy amenudo el segundo zaque, que, porque se enfriasse el vino, le tenian colgado de un alcornoque.

MAS tardò en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena, al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra Merced dezir, Señor Cavallero andante, que le agassajamos con pronta y buena voluntad, querèmos darle solàz, y contento con hazer que cante un compañero nuestro, que no tardarà mucho en estar aqui, el qual es un zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leèr, y escrivir, y es musico de un rabèl, que no ày mas que desfeear. Apenas avia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegò à sus oydos el son del rabèl, y de alli à poco llegò el que le tañia, que era un moço de hasta veynte y dos años de muy buena gràcia. Preguntaronle sus compañeros, si avia cenado? y respondiendò que si; el que avia hecho los ofrecimientos le dixo: De essa manera, Antonio, bien podràs hazèrnos plazer de cantar un poco, porque vea este Señor huesped, que tambien en los montes y selvas ày, quien sepa de musica. Hèmosle dicho tus buenas habilidades, y desfeamos que las muestres, y nos saques verdaderos; y assi te ruego por tu vida, que te fientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu Tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondiò el moço; y sin hazerse mas de rogar, se sentò en el tronco de una desmochada enzina, y templando su rabèl, de alli à poco con muy buena gràcia començò à cantar, diziendo desta manera.

T O M. I.

M

A N-



## A N T O N I O.

Yo sè, Olalla, que me adoras,  
Puesto que no me lo has dicho,  
Ni aun con los ojos, si quiera,  
Mudas lenguas de amorios.

Porque sè que eres sabida,  
En que me quieres me afirmo,  
Que nunca fuè desdichado  
Amor que fuè conocido.

Bien es verdad, que tal vez,  
Olalla, me has dado indicio,  
Que tienes de bronce el alma,  
Y el blanco pecho de risco.

Mas alla entre tus reproches,  
Y honestissimos desvios,  
Tal vez la esperança muestra,  
La orilla de su vestido.

Abalànçase al señoelo  
Mi fè, que nunca ha podido  
Ni menguar por no llamado,  
Ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesia,  
De la que tienes colijo,  
Que el fin de mis esperanças  
Ha de ser qual imagino.

Y si servicios son parte  
De hazer un pecho benigno,  
Algunos de los que he hecho

Forta-

Fortalecen mi partido :

Porque si has mirado en ello,  
Mas de una vez avràs visto,  
Que me he vestido en los Lunes  
Lo que me honrava el Domingo.

Como el amor, y la gala  
Andan un mesmo camino,  
En todo tiempo à tus ojos  
Quise mostrarme polido.

Dèxo el baylar por tu causa,  
Ni las muficas te pinto,  
Que has escuchado à deshoras,  
Y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanças  
Que de tu belleza he dicho,  
Que, aunque verdaderas, hazen  
Ser yo de algunas mal quisto.

Terèsa del Berrocal,  
Yo alabandote, me dixo,  
Tal piensa que adora un Angel,  
Y viene à adorar un Ximio.

Merced à los muchos dïxes,  
Y à los cabellos postizos,  
Y à hipòcritas hermosuras  
Que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojòse ;  
Bolviò por ella su Primo ;  
Desafiòme, y yà sabes  
Lo que yo hize, y el hizo.

M 2

No



No te quiero yo à monton,  
 Ni te pretendo, y te firvo  
 Por lo de barraganìa,  
 Que mas bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia,  
 Que son lazadas de firgo,  
 Pon tu cuello en la gamella,  
 Veràs como pongo el mio.

Donde no desde aqui juro,  
 Por el Santo mas bendito,  
 De no salir destas fierras  
 Sino para Capuchino.

Con esto diò el cabrero fin à su canto; y aunque Don Quixote le rogò, que algo mas cantasse, no lo consintió Sancho Pança, porque estàva mas para dormir que para oyr canciones; y assi dixo à su Amo: Bien puede vuestra Merced acomodarse desde luego à donde hà de posar esta noche, que el trabajo, que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Yà te entiendo, Sancho, le respondiò Don Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de fueño que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondiò Sancho. No lo niego, replicò Don Quixote; pero acomòdate tu donde quisières, que los de mi profession mejor parecen velando, que durmiendo. Pero con todo esto feria bien, Sancho, que me buevas à curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandava; y viendo uno de los cabre-

cabreros la herida, le dixo, que no tuvièffe pena, que el pondria remedio con que facilmente se sanasse: Y tomando algunas ojas de romero, del mucho que por alli avia, las mascò, y las mezclò con un poco de sal, y aplicandofelas à la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, que no avia menester otra medicina, y assi fuè la verdad.

## CAPITULO XII.

*De lo que contò un cabrero à los que estavan con Don Quixote.*

**E**STANDO en esto, llegò otro moço de los que les trayan del aldea el bastimento, y dixo: Sabey's lo que passa en el lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondiò uno dellos. Pues sabed, prosiguiò el moço, que muriò esta mañana aquel famoso Pastor estudiante llamado Grisòtomo, y se murmura, que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en habito de pastora por effos andurriales. Por Marcela diràs, dixo uno. Por effa digo, respondiò el cabrero; y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al piè de la peña donde està la fuente del alcornoque; porque, segun es fama, y èl, dicen, que lo dixo, aquel lugar es à donde èl, la viò la vez primera: Y tambien mandò otras cosas tales, que los Abàdes del pueblo dicen, que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan porque parecen de Gentiles. A todo lo qual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vis-  
tiò

tío de pastor con él, que se hà de cumplir todo sin saltar nada, como lo dexò mandado Grisòstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado: Mas à lo que se dize, en fin se harà lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le viènen à enterrar con gran pompa donde tengo dicho: Y tengo para mi que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarè de ir à verla, si supiesse no bolver mañana al lugar. Todos harèmos lo mesmo, respondieron los cabreros, y echarèmos fuertes à quien hà de quedar à guardar las cabras de todos. Bien dizes, Pedro, dixo el otro, aunque no ferà menester usàr de essa diligencia, que yo me quedarè por todos, y no lo atribuyas à virtud, y à poca curiosidad mia, fino à que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me passò este piè. Con todo esso te lo agradecèmos, respondiò Pedro: Y Don Quixote rogò à Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y que pastora aquella? A lo qual Pedro respondiò, que lo que sabìa era, que el muerto era un Hidalgo rico, vezino de un lugar que estàva en aquellas fierras, el qual avìa sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales avìa buuelto à su lugar con opinion de muy sàbio y muy leydo. Principalmente dezian, que sabìa la Ciencia de las estrellas, y de lo que passan allà en el Cielo el Sol, y la Luna; porque puntualmente nos dezìa el Cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse effos dos Luminares mayores, dixo Don Quixote: Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguiò su cuento diziendo: Assi mesmo adevinàva, quando avìa de ser el año abundante, ò estil. Estèril quereys dezir, amigo, dixo Don Quixote. Estèril, ò estil,

estil, respondiò Pedro, todo se fale allà : Y digo, que con esto que dezìa, se hizieron sus Padres y sus amigos (que le davan credito) muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaba, diziendoles : Sembrad este año cevada, no trigo : En este podeys sembrar garvanços, y no cevada : El que viene ferà de guilla de azeyte : Los tres siguientes no se cogerà gota. Esta Ciencia se llama, *Astrologia*, dixo Don Quixote. No sè yo como se llama, replicò Pedro, mas sè, que todo esto sabìa, y aun mas. Finalmente no passaron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un dia remaneciò vestido de Pastor con su cayado, y pellico, aviendo se quitado los habitos largos, que como Escolar traya ; y juntamente se vistiò con el de Pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que avia sido su compañero en los estudios. Olvidàvafeme de dezir, como Grisòtomo el difunto fuè grande hombre de componer coplas tanto, que el hazia los Villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los Autos para el dia de Dios, que los representavan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improvifo vestidos de pastores a los dos Escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa, que les avia movido à hazer aquella tan estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el Padre de Grisòtomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, anfi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de dineros, de todo lo qual quedò el moço Señor desoluto ; y en verdad que todo lo merecìa, que era muy buen compañero, y caritativo, y amigo de los buenos, y tenìa una cara como una benedicion. Despues se vi-

no



no à entender, que el averse mudado de trage no avia fido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados empòs de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò de nantes, de la qual se avia enamorado el pobre difunto de Grisòstomo. Y quiero dezir aora (porque es bien que lo sepays) quien es esta rapaza; quiça, y aun fin quiça, no avreys oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivays mas años que Sarra. Dezid Sarra, replicò Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la farna, respondiò Pedro, y si es, Señor, que me aveys de andar çaheriendo à cada passio los vocablos, no acabarèmos en un año. Perdonadme, amigo, dixo Don Quixote, que por aver tanta diferencia de farna à Sarra, os lo dixè; pero vos respondisteys muy bien, porque vive mas farna, que Sarra; y profeguid vuestra historia, que no os replicarè mas en nada. Digo, pues, Señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aun mas rico que el Padre de Grisòstomo, el qual se llamava Guillermo, y al qual diò Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su Madre, que fuè la mas honrada muger, que hubo en todos estos contornos. No parece fino que aora la veo con aquella cara, que del un lado tenia el Sol, y del otro la Luna, y sobre todo hazendosa, y amiga de los pobres; por lo que creo, que deve de estar su anima à la hora de aora gozando de Dios en el otro mundo. De pefar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando à su hija Marcela muchacha, y rica en poder de un Tio fuyò Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Creciò la niña con  
tanta

tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su Madre, que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgava, que le avia de passar la de la hija: Y assi fue; que quando llegò à edad de catorze à quinze años, nadie la mirava, que no bendezia à Dios, que tan hermosa la avia criado, y los mas quedavan enamorados, y perdidos por ella. Guardàvala su Tio con mucho recato, y con mucho encerramiento, pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se estendiò de manera, que assi por ella, como por sus muchas riquezas, no solo de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores dellos era rogado, sollicitado, è importunado su Tio, se la dieffe por muger: Mas el (que à las derechas es buen Christiano) aunque quifiera casarla luego assi como la viò de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo à la ganancia, y grangeria que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y à fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabança del buen Sacerdote; que quiero que sepa, Señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: Y tened para vos, como yo tengo para mi, que devia de ser demasiadamente bueno el Clerigo, que obliga à sus feligreses à que digan bien del, especialmente en las aldeas. Assi es la verdad, dixo Don Quixote; y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contays con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caso: Y en lo demas fabrèys, que aunque el Tio proponia à la Sobrina, y le dezia las calidades de cada uno en particular de los muchos, que por muger la pedian, rogandole que se ca-

T o m. I.

N

fasse,



fasse, y escogièsse à su guſto, jamas ella respondiò otra cosa, fino que por entonces no querìa casarse, y que por ser muy muchacha no se sentìa muy hàbil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que dava, al parecer, justas escusas, dexàva el Tio de importunarla, y esperàva à que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger compaõia à su guſto: Porque dezìa èl, y dezìa muy bien, que no avian de dar los Padres à sus hijos estado contra su Voluntad. Pero, hètelo aqui, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha Pastora, y sin ser parte su Tio, ni todos los del pueblo que se lo defaconsejavan, diò en irse al campo con las demas çagalas del lugar, y diò en guardar su mesmo ganado: Y assi como ella saliò en publico, y su hermosura se viò al descubierto, no os fabrè buenamente dezir quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores han tomado el traje de Grisòtomo, y la andan requebràndo por estos campos; Uno de los quales, como yà està dicho, fuè nuestro difunto, del qual dezian, que la dexàva de querer, y la adoràva: Y no se piense, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, ò ningun recogimiento, que por esso ha dado indicio, ni por semejias, que venga en menoscabo de su honestidad, y recato: Antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la firven y folicitan, ninguno se hà alabado, ni con verdad se podrà alabar, que le aya dado alguna pequeña esperança de alcançar su desseo: Que puesto que no huye, ni se esquivà de la compaõia y conversacion de los pastores, y los trata cortès y amigablemente, en llegando à descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea

sea tan justa y fanta como la del Matrimonio, los arroja de si como con un trabuco: Y con esta manera de condicion haze mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad, y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, à servirla, y à amarla; pero su desden y desengaño los conduze à terminos de desesperarse: Y assi no saben que dezirle, fino llamarla à voces, cruel, y desagradecida, con otros titulos à este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan; y si aqui estuviéssedes, Señor, algun dia, verades resonar estas sierras, y estos valles con los lamentos de los desengañados que la figuen. No està muy lexos de aqui un sitio donde ày casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza no tenga gravado, y escrito el nombre de Marcela; y en cima de alguna una corona gravada en el mesmo arbol, como si mas claramente dixera su Amante, que Marcela la lleva, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui suspira un pastor, alli se quexa otro, acullà se oyen amorosas cançiones, acà desesperadas endechas: Qual ày que passa todas las horas de la noche sentado al piè de alguna enzina, ò peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos, embevecido, y transportado en sus pensamientos, le hallò el Sol à la mañana: Y qual ay que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa fiesta del verano, tendido sobre la ardiente arena embia sus quexas al piadoso Cielo: Y deste, y de aquel, y de aquellos, y destes, libre, y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando, en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha



de venir à domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy à entender, que tambien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezìa, de la causa de la muerte de Grisòstomo: Y assi os aconsejo, Señor, que no dexeys de hallàros mañana à su entierro, que serà muy de ver, porque Grisòstomo tenìa muchos amigos, y no està deste lugar a aquel donde manda enterrarse, media legua. En cuydado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradèzcoos el gusto, que me avèys dado con la narracion de tan fabroso cuento. O! replicò el cabrero, aun no sè yo la mitad de los casos sucedidos à los Amantes de Marcela, mas podria ser, que mañana topàssèmos en el camino algun pastor, que nos los dixèsse: Y por aora bien serà, que os vays à dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no ày que temer de contrario accidente. Sancho Pança, que ya dava al diablo el tanto hablar del cabrero, sollicitò por su parte, que su Amo se entràsse à dormir en la choça de Pedro. Hizòlo assi, y todo lo mas de la noche se le pasò en memorias de su Señora Dulcinea à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodò entre Rozinante, y su jumento, y durmiò no como enamorado desfavorècido, sino como hombre molido à cozes.

## CAPITULO XIII.

*Donde se dà fin al cuento de la Pastora Marcela con otros  
Sucessos.*

**M**AS à penas començò à descubrirse el dia por los balcones del Oriente, quando los cinco de los seys Cabreros se levantaron, y fueron à despertar à Don Quixote, y à dezille, si estàva toda via con proposito de ir à ver el famoso entierro de Grisostomo, y que ellos le harian compaña. Don Quixote, que otra cosa no desseàva, se levantò, y mandò à Sancho, que enfillasse, y enalbardasse al momento, lo qual èl hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusièron todos en camino: Y no huvièron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, vieron venir hàzia ellos, seys pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de Cyprès, y de amarga adelfa. Traya cada uno un grueso baston de azèbo en la mano. Venian con ellos assi mesmo dos Gentiles hombres de à cavallo, muy bien adereçados de camino, con otros tres moços de à piè que los acompañavan. En llegandose à juntar, se saludaron cortesmente, y preguntandose los unos à los otros, donde ivan? Supièron que todos se encaminavan al lugar del entierro, y assi començaron à caminar todos juntos.

UNO de los de à cavallo, hablando con su compañero, le dixo: Parèceme, Señor Vivaldo, que avèmos de dar por bien empleada la tardança que hizièremos en ver este famoso entierro, que no podrà dexar de ser famoso, segun estos pastores

tores nos han contado estrañezas, assi del muerto Pastor, como de la Pastora homicida. Assi me lo parece à mi, respondió Vivaldo; y no digo yo hazer tardança de un dia, pero de quatro la hiziera à trueco de verle. Preguntòles Don Quixote, que era lo que avian oydo de Marcela y de Grisòstomo. El Caminante dixo, que aquella madrugada avian encontrado con aquellos pastores, y que por averles visto en aquel tan triste traje, les avian preguntado la ocasion porque ivan de aquella manera; que uno dellos se lo contò, contando la estrañeza, y hermosura de una Pastora, llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestavan, con la muerte de aquel Grisòstomo, à cuyo entierro ivan. Finalmente èl contò todo lo que Pedro à Don Quixote avia contado.

Cessò esta plàtica, y començòse otra, preguntando el que se llamàva Vivaldo, a Don Quixote, que era la ocasion, que le movia à andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica? A lo qual respondió Don Quixote: La Profesion de mi exercicio no consiente, ni permite, que yo ande de otra manera. El buen passò, el regalo, y el reposo allà se inventò para los blandos Cortefanos; mas el trabajo, la inquietud, y las armas solo se inventaron, è hizieron para aquellos, que el mundo llama Cavalleros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. A penas le oyèron esto, quando todos le tuvièron por loco; y por averiguarlo mas, y ver que genero de locura era el suyo, le tornò à preguntar Vivaldo: Que queria dezir Cavalleros andantes? No han vuestras Mercedes leydo, respondió Don Quixote, los Anàles, è Historias de Ingalaterra, donde se tra-

tan

tan las famosas hazañas del Rey Arturo, que continuamènte en nuestro Romance castellano llamàmos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua, y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de bolver à reynar, y à cobràr su Reyno y Cetro; à cuya causa no se provarà, que desde aquel tiempo à este aya ningun Inglès muerto cuervo alguno. Pues en tiempo de este buen Rey fuè instituýda aquella famosa Orden de cavallería de los Cavalleros de la Tabla redonda, y pasàron, sin faltàr un punto, los amòres que alli se cuentan de Don Lançarote de Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora aquella tan honrada Dueña Quintañoa, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de: *Nunca fuèra Cavallero de Damas tan bien servido, como fuèra Lançarote quando de Bretaña vino*: Con aquel progreso tan dulce, y tan suave de sus amorosos, y fuertes fechos. Pues desde entonces de mano en mano fuè aquella Orden de cavallería estendiéndose, y dilatándose por muchas, y diversas partes del mundo; y en ella fuèron famosos y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos, y nietos hasta la quinta generacion; y el valeroso Felixmarte de Hircania; y el nunca como se deve alabado Tirante el Blanco: Y casi que en nuestros dias vimos, y comunicàmos, y oýmos al invencible, y valeroso Cavallero Don Belianis de Grecia. Esto, pues, Señores, es sèr Cavallero andante, y la que he dicho, es la Orden de su Cavalleria, en la qual (como otra vez he dicho) yo, aunque pecador, he hecho profession, y lo mismo

mo que profesàron los Cavalleros referidos, professò yo; y assi me vòy por estas soledades, y despoblados buscàndo las aventuras con animo deliberado de ofrecèr mi braço, y mi persona à la mas peligrosa que la fuerte me deparàre en ayuda de los flacos, y menesterosos.

POR estas razones que dixo, acabàron de enteràrse los Caminantes, que era Don Quixote salto de juyzio, y del genero de locura que lo señoreàva, de lo qual recibieron la misma admiracion, que recibian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo (que era persona muy discreta, y de alegre condicion) por passar sin pesadumbre el poco camino, que dezian, que les faltava para llegar à la Sierra del entierro, quiso darle ocasion à que passàse mas adelante con sus disparates; y assi le dixo: Parèceme, Señor Cavallero andante, que vuestra Merced à professado una de las mas estrechas profesiones, que ày en la tierra; y tengo para mi, que aun la de los frayles Cartùxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podìa sèr, respondiò nuestro Don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estòy en dos dedos de ponello en duda; porque si và à dezir verdad, no haze menos el Soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordèna. Quièro dezir, que los Religiosos con toda paz, y sosiego piden al Cielo el bien de la tierra; pero los Soldados, y Cavalleros ponèmos en execucion lo que ellos piden, defendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas, no debaxo de cubierta, sino al Cielo abierto, puestos por blanco de los infufribles rayos del Sol en Verano, y de los erizados yelos del Invierno: Assi que

que fomos Ministros de Dios en la tierra, y Braços por quien se executa en ella su Justicia. Y como las cosas de la guerra, y las à ella tocantes, y concernientes no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando, y trabajando; siquiesse, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en fosegàda paz, y reposo estàn rogando à Dios, favorezca à los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me passa por el pensamiento, que es tan buen estado el de Cavallero andante, como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento, miseràble, roto, y piojoso; porque no ày duda sino que los Cavalleros andantes passados, passaron mucha malaventura en el discurso de su vida: Y si algunos subieron à ser Emperadores por el valor de su braço, à fe que les costò buen porque de su sangre y de su sudor: Y que si à los que à tal grado subieron, les faltàran encantadores, y sabios que los ayudàran, que ellos quedàran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante, pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los Cavalleros andantes, y es: Que quando se veèn en ocasion de acometer una grande, y peligrosa aventura, en que se veè manifesto peligro de perder la vida, nunca, en aquel instante de acometella, se acuerdan de encomendarse à Dios, como cada Christiano està obligado à hazer en peligros semejantes; antes se encomiendan à sus Damas con tanta gana, y devocion, como si ellas fueran su Dios: Cosa que me parece, que huele algo à Gentilidad. Señor respondiò Don

T O M. I.

O

Qui-



Quixote, effo no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el Cavallero andante, que otra cosa hiziesse; que ya està en uso, y costumbre en la Cavalleria andantesca, que el Cavallero andante, que al acometer algun gran fecho de armas, tuviesse su Señora delante, buelva à ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca, y ampare en el dudoso trance, que acomete: Y aun si nadie le oye, està obligado à dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende; y desto tenèmos innumerables exemplos en las historias. Y no se hà de entender por esto, que han de dexar de encomendarse à Dios; que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo effo, repliçò el caminante, me queda un escrupulo, y es, que muchas vezes hè leydo, que se travan palabras entre dos andantes Cavalleros, y de una en otra se les viene à encender la còlera, y à bolver los cavallos, y à tomar una buena pieça del campo, y luego fin mas ni mas, à todo el correr dellos, se buelven à encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan à sus Damas; y lo que fuele suceder del encuentro es, que el uno càe por las ancas del cavallo, passado con la lança del contrario de parte à parte; y al otro le aviene tambien, que à no tenerse à las crines del fuyo, no pudiese dexar de venir al suelo: Y no sè yo como el muerto tuvo lugar para encomendarse à Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuèra, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose à su Dama, las gastara en lo que devia, y estava obligado como Christiano: Quanto mas que yo tengo para mi, que no todos los Cavalleros andantes

tes

tes tienen Damas à quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eſſo no puede ser, respondiò Don Quixote: Digo, que no puede ser, que aya Cavallero andante sin Dama; porque tan proprio, y tan natural les es à los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas: Y à buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle Cavallero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuvièſſe sin ellos, no serìa tenido por legitimo Cavallero, fino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la Cavalleria dicha, no por la puerta, fino por las bardas, como salteador, y ladrón. Con todo eſſo, dixo el caminante, me parece, si mal no me acuèrdo, aver leydo, que Don Galaor, Hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo Dama señalada à quien pudieſſe encomendarse; y con todo eſſo no fuè tenido en menos, y fuè un muy valiente, y famoso Cavallero. A lo qual respondiò nuestro Don Quixote: Señor una golondrina sola no haze Veràno: Quanto mas que yo sè, que de secreto estàva eſſe Cavallero muy bien enamorado: Fuèra que aquello de querer à todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural à quien no podia ir à la mano. Pero en resolucion averiguado està muy bien, que èl tenia una sola, à quien èl avia hecho Señora de su voluntad, à la qual se encomendava muy à menudo, y muy secretamente, porque se preciò de secreto Cavallero. Luego si es de effencia, que todo Cavallero andante aya de ser enamorado, dixo el caminante, bien se puede creèr, que vuestra Merced lo es, pues es de la profession. Y si es que vuestra Merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compaña, y



en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su Dama ; que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa, que es querida, y servida de un tal Cavallero como vuestra Merced parece. Aquì diò un gran suspiro Don Quixote y dixo: Yo no podrè afirmar, si la dulce mi Enemiga gusta ò no, de que el mundo sepa que yo la sirvo ; solo sè dezir (respondièndo à lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea ; su patria el Toboso un lugar de la Mancha ; su calidad, por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna y Señora mia ; su hermosura sobre humana, pues en ella se vienen à hazer verdaderos todos los impossibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan à sus Damas: Que sus cabellos son de oro, su frente campos Eliseos, sus cejas Arcos del cielo, sus ojos Soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, Alabastro su Cuello, Marmol su Pecho, Marfil sus Manos, su Blancura Nieve ; y las partes, que à la vista humana encubriò la honestidad, son tales (segun yo pienso, y entiendo) que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El Linage, Prosapia, y Alcurnia querriamos saber, replicò Vivaldo. Alo qual, respondiò Don Quixote : No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos ; ni de los modernos Colonas, y Ursinos ; ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña ; ni menos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia ; Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Correllas, Lunas, Alagones, Urrèas, Fozes, y Gurreas de Aragon ; Cerdas, Manriquez, Mendoças, y Guzmanes de Castilla ; Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal ; pero es de los del Toboso de la Mancha : Linage, aunque moderno,  
tal,

tal, que puede dar generoso Principio à las mas illustres familias de los venideros figlos: Y no se me replique en esto, sino fuere con las condiciones, que puso Cerbino al piè del trofeo de las armas de Rolando, que dezia: *Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldan à prueva.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondiò el caminante, no le osarè yo poner con el del Toboso de la Mancha: Puesto que para dezir verdad, semejante Apellido hasta aora no hà llegado à mis oydos. Como esso no avrà llegado, replicò Don Quixote.

CON grande atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos; y aun hasta los mesmos cabreros, y pastores conocièron la demasiada falta de juyzio de nuestro Don Quixote: Solo Sancho Pança pensava, que quanto su Amo dezia era verdad, sabiendo èl quien era, y aviendole conocido desde su nacimiento. Y en lo que dudava algo era, en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre, ni tal Princesa, avia jamàs llegado à su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso.

EN estas pláticas iban, quando vièron que por la quiebra, que dos altas montañas hazian, baxavan hasta veynte Pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que à lo que despues pareciò, eran qual de Texo, y qual de Cypres. Entre seys dellos trayan unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli vienen son los que traen el Cuerpo de Grisostomo, y el piè de aquella montaña es el lugar donde èl mandò que le enterrasien. Por esto se dieròn prieffa à llegar,

y



y fuè à tiempo, que yà los que venian, avian puesto las andas en el fuelo; y quatro dellos con agudos picos estàvan cabando la sepultura à un lado de una dura peña. Recibièronse los unos y los otros cortesmente; y luego Don Quixote, y los que con el venian se pusièron à mirar las andas, y en ellas vièron cubièrto de flores un cuerpo muerto, y vestido como Pastor, de edad, al parecer, de treynta años; y aunque muerto mostràva, que, vivo, avia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor dèl, tenia en las mesmas andas algunos Libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y assi los que esto miràvan como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli avia, guardavan un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto truxèron, dixo à otro: Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar, que Grisòstomo dixo, yà que quereys que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento? Este es, respondiò Ambrosio, que muchas vezes en èl me contò mi desdichado Amigo la historia de su desventura. Alli me dixo èl, que viò la vez primera à aquella enemiga mortal del Linage humano; y alli fuè tambien, donde la primera vez le declarò su pensamiento tan honesto como enamorado; y alli fuè la ultima vez, donde Marcela le acabò de defengañar, y desdeñar de suerte, que puso fin à la Tragèdia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tantas desdichas, quiso èl, que le depositassen en las entrañas del eterno Olvido.

Y bolvièndose à Don Quixote y à los caminantes, profiguiò diziendo: Este cuerpo, Señores, que con piadosos ojos estays mirando, fuè despositario de un alma, en quien el

el Cielo puso infinita parte de sus riquezas. Esse es el cuerpo de Grisóstomo, que fuè unico en el ingenio, solo en la cortesìa, Estremo en la gentileza, Fenix en la amistad, Magnifico sin tassa, Grave sin presuncion, Alegre sin baxeza, y finalmente Primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fuè ser desdichado. Quiso bien, fuè aborrecido, adorò, fue desdenado, rogò à una fiera, importunò à un marmol, corriò tras el viento, diò voces à la foledad, sirviò à la ingratitude de quien alcanço por premio, ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, à la qual diò fin una Pastora, à quien èl procurava eternizar, para que vivièra en la memoria de las gentes, qual lo pudièran mostrar bien estos papeles, que estays mirando, si èl no me huvièra mandado, que los entregara al fuego, en aviendo entregado su cuerpo à la tierra. De mayor rigòr, y crueldad usarèys vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo Dueño, pues no es justo ni acertado, que se cumpla la Voluntad de quien lo que ordena, vè fuera de todo razonable discurso: Y no le tuvièra bueno Augusto Cesar, si confintièra, que se pusièra en execucion lo que el divino Mantuano dexò en su testamento mandado. Assi que, Señor Ambrosio, yà que dèys el cuerpo de vuestro amigo à la tierra, no queràys dar sus escritos al olvido; que si èl ordenò como agraviado, no es bien que vos cumplays como indifcreto: Antes hazed, dando la vida à estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de exemplo en los tiempos que estàn por venir à los vivientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despenaderos; que ya sè yo, y los que aqui venimos, la historia deste

deſte vueſtro enamorado, y deſeſperado amigo ; y fabèmos la amiſtad vueſtra, y la ocaſion de ſu muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida : De la qual lamentable hiſtoria ſe puede facar, quanta aya ſido la crueldad de Marcela, el amor de Griſòſtomo, la fè de la amiſtad vueſtra, con el paradero que tienen los que à rienda ſuelta corren por la ſenda que el deſvariado Amor delante de los ojos les pone. Anoche ſupimos la muerte de Griſòſtomo, y que en eſte lugar avia de ſer enterrado ; y aſſi de curioſidad, y de laſtima dexàmos nueſtro derecho viage, y acordàmos de venir à ver con los ojos, lo que tanto nos avia laſtimado en oyllo : Y en pago deſta laſtima y del deſeò que en noſotros nació de remedialla, ſi pudièramos, te rogamos, ò diſcreto Ambroſio (à lo menos yo te lo ſuplico de mi parte) que dexando de abraſar eſtos papeles, me dexes llevar algunos dellos. Y ſin aguardar que el Paſtor reſpondieſſe, alargò la mano y tomò algunos de los que mas cerca eſtàvan ; viendo lo qual Ambroſio dixo : Por corteſia conſentirè, que os quedeys, Señor, con los que yà avèys tomado, pero penſar que dexarè de quemar los que quedan, es penſamiento vano. Vivaldo que deſſeava ver lo que los papeles dezian, abrió luego el uno dellos, y viò que tenia por titulo : *Cancion deſeſperada*. Oyòlo Ambroſio, y dixo : Eſſe es el ultimo papel que eſcribió el deſdichado ; y porque veays, Señor, en el termino, que le tenían ſus deſventuras, leedle de modo, que ſeays oydo, que bien os darà lugar à ello, el que ſe tardare en abrir la ſepultura. Eſſo harè yo de muy buena gana, dixo Vivaldo ; y como todos los circunſtantes tenían el miſmo deſeò, ſe le puſieron à la redonda, y èl leyendo en voz alta, viò que aſſi dezia.

C A P I-



## CAPITULO XIV.

*Donde se ponen los Versos desesperados del difunto Pastor,  
con otros no esperados Sucessos.*

## CANCIÓN de GRISOSTOMO.

**Y**A que quieres, cruel, que se publique  
De lengua en lengua, y de una en otra gente,  
Del aspero rigor tuyo la fuerça :

Harè que el mismo infierno comunìque  
Al triste pecho mio un Son doliente,  
Con que el uso comun de mi voz tuerça.

Y al par de mi deffèo, que se esfuerça  
A dezir mi dolòr, y tus hazàñas,  
De la espantable voz irà el acento,  
Y en èl mezclados por mayor tormento  
Pedàços de las miseras entràñas.

Escucha, pues, y presta atento oýdo,  
No al concertado Son, fino al ruýdo,  
Que de lo hondo de mi amargo pecho,  
Llevàdo de un forçoso desvario,  
Por gusto mio sale, y tu despecho.

El rugir del Leon, del Lobo fiero  
El temeròso ahullido, el Silvo horrendo  
De escamosa Serpiente, el espantàble.

Balando de algun monstruo, el agorèro  
Graznar de la corneja, y el estruendo  
Del viento contrastado en Mar instable,  
Del ya vencido Toro el implacable

T O M. I

P

Bramido,



Bramido, y de la viuda tortolilla  
 El sensible arrullar, el triste canto  
 Del embiudado Bùho, con el llanto  
 De toda la infernal negra quadrilla,

Salgan con la doliente anima fuera,  
 Mezclados en un fon de tal manera,  
 Que se confundan los Sentidos todos,  
 Pues la pena cruel, que en mi se halla,  
 Para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arènas  
 Del padre Tajo oyràn los tristes ecos,  
 Ni del famoso Betis las olivas :

Que alli se esparziràn mis duras penas  
 En altos riscos, y en profundos huecos,  
 Con muerta lengua y con palabras vivas,  
 O yà en escuros valles, ò en esquivas  
 Playas desnudas de contrato humano,  
 O à donde el Sol jamas mostrò su lumbre,  
 O entre la venenosa muchedumbre  
 De Fieras, que alimenta el libre llano:

Que puesto que en los pàramos desiertos  
 Los ecos roncòs de mi mal inciertos  
 Suenen con tu rigor tan fin segundo,  
 Por privilegio de mis cortos hados,  
 Seràn llevàdos por el ancho mundo.

Mata un desden, atierra la paciencia,  
 O verdadera, ò falsa una Sòspecha :  
 Matan los zelos con rigor mas fuerte ;  
 Desconcierta la vida larga ausencia :

Contra

Contra un temor de olvido no aprovecha  
Firme esperanza de dichosa Suerte.

En todo ay cierta inevitable muerte :  
Mas yo (milagro nunca visto) vivo  
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto,  
De las sospechas que me tienen muerto,  
Y en el olvido en quien mí fuego avivo.

Y entre tantos tormentos nunca alcança  
Mi vista à ver en sombra à la esperança.  
No yo desesperado la procuro ;  
Antes por estremarme en mi querella,  
Estarme fin ella eternamente juro.

Puèdese por ventura en un instante  
Esperar, y temer? ò es bien hazello  
Siendo las causas del temor mas ciertas?

Tengo, si el duro zelo està delante,  
De cerrar estos ojos? si hè de vello  
Por mil heridas en el alma abiertas?

Quien no abrirà de par en par las puertas  
A la desconfiança, quando mira  
Descubierto el Desden? y las Sospechas  
(O amarga Conversion!) verdades hechas,  
Y la limpia verdad buelta en mentira?

O en el Reyno de amor fieros tirànos  
Zelos! ponedme un hierro en estas manos;  
Dame desden una torzida foga :  
Mas ay de mi, que con cruel vitoria  
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin, y porque nunca espere

P 2

Buen



## DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Buen Sucesso en la muerte, ni en la vida,  
Pertinaz estarè en mi Fantasia.

Dirè que va acertado el que bien quiere,  
Y que es mas libre, el alma mas rendida  
A la de amòr, antigua tirania.

Dirè que la enemiga siempre mia,  
Hermosá el alma como el cuerpo tiene,  
Y que fu olvido de mi culpa nace,  
Y que en fè de los males que nos haze  
Amor, fu Imperio en justa paz mantiene.

Y con esta opinion, y un duro lazo,  
Accelerando el miserable plazo,  
A que me han conducido sus desdènes,  
Ofrecerè à los vientos cuerpo, y alma  
Sin lauro, ò palma de futuros bienes.

Tu, que con tantas finrazones muestras  
La razon, que me fuerça à que la haga,  
A la cansada vida, que aborrezco:

Pues ya vès, que te dà notorias muestras  
Esta del Coraçon profunda Llaga  
De como alegre à tu rigor me ofrezco:

Si por dicha conoces, que merezco,  
Que el Cielo claro de tus bellos ojos  
En mi muerte se turbe? No lo hagas,  
Que no quiero que nada fatifagas  
Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta  
Descubre, que el Fin mio fuè tu Fiesta;  
Mas gran simpleza es avisarte desto,

Pues

Pues sè, que està tu gloria conocida,  
En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo yà, del hondo Abifmo  
Tantalo con fu Sed: Sififo venga  
Con el peso terrible de fu canto:

Ticio trayga fu Buytre, y assi mismo  
Con fu rueda Egion no se detenga,  
Ni las hermanas que trabajan tanto;

Y todos juntos fu mortal quebranto  
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa  
(Si ya à un desesperado son devidas)  
Canten obsequias tristes, doloridas,  
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros,  
Con otras mil quimeras y mil monstros  
Lleven el doloroso contrapunto,  
Que otra pompa mejor no me parece  
Que la merece un amator difunto.

Cancion desesperada no te quexes,  
Quando mi triste compañia dexes;  
Antes pues que la causa, do naciste  
Con mi desdicha aumentas fu ventura,  
Aun en la Sepultura no estès triste.

Bien les pareció à los que escuchado avian la Cancion de Grisòstomo, puesto que el que la leyò, dixo, que no le parecia, que conformava con la Relacion, que èl avia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexava Grisòstomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuy-  
zio

zio del buen crédito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondió Ambrosio (como aquel que sabía bien los mas escondidos pensamientos de su Amigo:) Para que, Señor, os satisfagays dessa duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escribió esta cancion, estava ausente de Marcela, de quien se avia ausentado por su voluntad, por ver si usava con él la ausencia de sus ordinarios fueros: Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le de alcance, assi le fatigavan à Grisóstomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas: Y con esto queda en su punto la Verdad, que la fama pregonava de la bondad de Marcela, la qual fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdenosa, la mesma Envidia, ni deve, ni puede ponerle Falta alguna. Assi es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que avia reservado del fuego, lo estorvò una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció à los ojos; y fuè, que por cima de la peña donde se cavava la sepultura, pareció la pastora Marcela tan hermosa, que pasava à su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la avian visto, la miravan con admiracion, y silencio; y los que ya estavan acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos, que los que nunca la avian visto. Mas à penas la huvò visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado le dixo: Vienes à ver por ventura, ò fiero Basilisco destas montañas, si con tu Presencia vierten sangre las heridas deste miserable, à quien tu crueldad quitò la vida? O vienes à ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O à ver desde essa altura, como otro despiada-

do



In d. Vanderbank inv. et delin.  
Vol. I. P. 110.

Ger. Vanderhucht sculp.





do Nero, el Incendio de su abrasada Roma? O à pisar arrogante este desdichado cadaver, como la ingrata hija al de su Padre Tarquino? Dinos presto à lo que vienes? O que es aquello de que mas gustas? Que por saber yo, que los penfamientos de Grisòstomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harè, que, aun èl muerto, te obedezcan los de todos aquellos, que se llamaròn sus amigos. No vengo, ò Ambrosio, à ninguna cosa de las que has dicho, respondiò Marcela, fino à bolver por mi misma, y à dar à entender, quan fuera de razon vàn todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisòstomo me culpan: Y assi ruego à todos los que aqui estàys, me estèys atentos, que no serà menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir una verdad à los discretos.

HIZOME el Cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos à otra cosa, à que me ameys os mueve mi hermosura. Y por el amor que me mostràys, dezis, y aun quereys que estè yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento, que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable, mas no alcanço, que por razon de ser amado, estè obligado lo que es amado por hermoso, à amar à quien le ama. Y mas que podria acontecer, que el amador de lo hermoso fuesse feo; y siendo lo feo digno de ser aborrecido, càe muy mal el dezir: Quièrote por hermosa, hafme de amar, aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por esso han de correr iguales los desseos; que no todas las hermosuras enamòran, que algunas alegran la vista, y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasèn,  
y

han de tomàr en cuenta de desdenes. El que me llama Fiera, y Bafilisco, dèxeme como cosa perjudicial y mala: El que me llama Ingrata, no me sirva: El que desconocida, no me conòzca: Quien cruel, no me figa: Que esta fiera, este Bafilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, servirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si à Grisòtomo matò su impaciencia, y arrojado desèo, porque se ha de culpàr mi honesto proceder y recato? Si yo confervo mi Limpieza con la compaõia de los arboles, porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los Hombres? Yo, como sabèys, tengo riquezas propias, y no codìcio las ajenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sugetarme: Ni quièro, ni aborrezco à nadie: No engaõo à este, ni sòlicito à aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La Conversacion honesta de las Zagàlas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretièn. Tienen mis desèos por Termino estas montañas, y si de aqui salen, es à contemplàr la hermosura del cielo, passos con que camina el alma à su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, bolviò las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de un monte, que alli cerca estàva, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura à todos los que alli estàvan.

ALGUNOS dièron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estàvan heridos) de querèr la seguir sin aprovecharse del manifesto desengaõo que avian oýdo: Lo qual visto por Don Quixote (parecièndole que alli venìa bien ùsar de su Cavalleria, socorrièndo

y rindiesèn, serià un andar las voluntades confusas, y defcaminadas, sin saber en qual avian de parar ; porque siendo infinitos los Sujetos hermosos, infinitos avian de ser los desèos ; y segun yo he oydo dezir, el verdadero Amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque querèys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas de que dezis, que me querèys bien ? Sino dezidme, si como el Cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo, que me quexàra de vosotros, porque no me amàvades ? Quanto más que avèys de considerar, que yo no escogì la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la diò de gracia, sin yo pedilla ni escogella : Y assi como la Vívora no merece ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto que con ella mata, por averfela dado Naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la Muger honesta es como el fuego apartado, ò como la espada aguda, que ni èl quema, ni ella corta à quien à ellos no se acerca. La honra, y las virtudes son adornos del alma, sin las quales el Cuerpo aunque lo sea, no deve de parecer hermoso : Pues si la honestidad es una de las virtudes que al Cuerpo, y al alma mas adornan, y hermosèan, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder à la Intención de aquel, que por solo su gusto, con todas sus fuerças, è industrias procura que la pierda ? Yo naci libre, y para poder vivir libre, escogì la soledad de los campos. Los Arboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos : Con los arboles, y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado,

tado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista, he defengañado con las palabras. Y si los desèos se sustèntan con esperanças, no aviendo yo dado alguna à Grisòtomo, ni à otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir, que antes le matò su porfia que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que èran honestos sus pensamiètos, y que por esto estàva obligada à correspondèr à ellos: Digo, que quando en esse mismo Lugar donde aora se cava su Sepultura, me descubriò la bondad de su intencion, le dixè yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozàsse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura; y si èl con todo este Defengañò quiso porfiar contra la esperança, y navegar contra el viento, que mucho que se anegàsse en la mitad del Golfo de su desatino? Si yo le entretuvièra, fuèra Falsa; si le contentàra, hizìera contra mi mejor intencion, y presupuesto. Porfiò defengañado, desesperò fin ser aborrecido. Mirad aora, si serà razon, que de su pena se me dè à mi la culpa? Quèxese el Engañado: Desespèrese aquel à quien le faltaron las prometidas esperanças: confièsse el que yo llamàre: ufànese el que yo admitière; pero no me llame cruel, y homicida aquel à quien yo no promètò, engañò, llàmò, ni admitò. El Cielo, aun hasta aora, no hà querido que yo ame por destino; y el pensàr que tengo de amàr por eleccion, es escufado. Este general defengañò sirva à cada uno de los que me solìcitan, de su particular provecho; y entièndase de aqui adelante, que si alguno por mi murière, no muere de zeloso, ni desdeñado; porque quien à nadie quiere, à ninguno deve dar Zelos, que los defengaños no se

T O M. I.

Q

han



do à las Donzellas menesterosas) puesta la mano en el puño de su espada, en altas, è inteligibles voces dixo: Ninguna persona, de qualquier estado y condicion que sea, se atreva à seguir à la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones la poca, ò ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisostomo, y quan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus Amantes: A cuya causa es justo, que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra, que en el, ella es sola, la que con tan honesta intencion vive. O ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ò porque Ambrosio les dixo, que concluyesen con lo que à su buen Amigo devian, ninguno de los pastores se movió, ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas Lagrimas de los Circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acabava una losa, que, segun Ambrosio dixo, pensava mandar hazer con un Epitafio, que avia de dezir desta manera.

Yaze aquí de un Amador  
 El mísero cuerpo elado,  
 Que fué pastor de ganado,  
 Perdido por defamor.  
 Murió à manos del rigor  
 De una esquiva, hermosa, ingrata,  
 Con quien su Imperio dilata  
 La tiranía de amor.

Q 2

Luego



Luego esparcièron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos ; y dando todos el pèsame à su amigo Ambrosio, se despidièron dèl. Lo mesmo hizieron Vivaldo y su Compañero ; y Don Quixote se despidiò de sus Huespedes y de los caminantes, los quales le rogaròn se vinièsse con ellos à Sevilla, por ser lugar tan acomodado à hallàr aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina, se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeciò el aviso, y el animo que mostràvan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni devìa ir à Sevilla hasta que huvièsse despojàdo todas aquellas fierras de ladrones malandrines, de quien era fama, que todas estàvan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisièron los caminantes importunarle mas, sino tornàndose à despedir de nuevo, le dexàron, y prosiguièron su camino, en el qual no les faltò de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grisòstomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinò de ir à buscar à la pastora Marcela, y ofrecèrle todo lo que èl podia en su servicio : Mas no le avino como èl pensàva, segun se cuenta en el discùrso desta verdadera historia, dando aqui fin el segundo Libro.

LIBRO





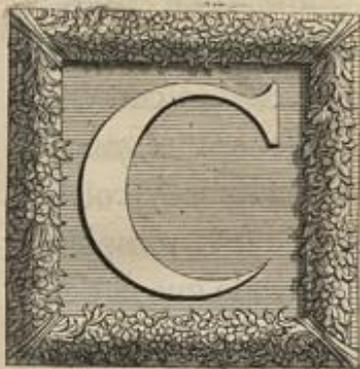
## LIBRO TERCERO

Del Ingenioso Hidalgo

# DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

### CAPITULO XV.

*Donde se cuenta la desgraciada aventura que topò Don Quixote, en topar con unos desalmados Yanguèses.*



**C**UENTA el fabio Cide Hamete Venengeli, que assi como Don Quixote se despidiò de sus huespedes, y de todos los que se hallàron al entierro del pastor Grisòtomo, el, y su escudero se entràron por el mesmo bosque, donde vièron que se avia entrado la pastora Marcela; y avièndo andado mas de dos horas por èl, buscàndola por todas partes, sin poder hallarla, vinièron à parar à un prado lleno de fresca yerva, junto del qual corrìa un arroyo apazible, y fresco, tanto, que combidò, y forço de passar allí las horas de la fiesta, que rigurosamente començava yà à entrar. Apeàronse Don Quixote, y Sancho, y dexando al  
Jumento,

Jumento, y à Rozinante à sus anchùras, pacer de la mucha yerva, que alli avia, dieron saco à las alforjas; y fin Ceremonia alguna en buena paz y compañia amo, y moço comièron lo que en ellas hallaron. No se avia curado Sancho de echar sueltas à Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijofo, que todas las yeguas de la dehesa de Cordova no le hizieran tomar mal finiestro. Ordenò, pues, la fuerte, y el diablo (que no todas vezes duerme) que andava por aquel valle pacièdo una manada de Hacas galicianas de unos harrieros Yangueses, de los quales es costumbre festèar con su Rèqua en lugares, y sitios de yerva, y agua; y aquel donde acertò à hallarse Don Quixote, era muy à proposito de los Yangueses. Sucediò, pues, que à Rozinante le vino en deseò de refocilarse con las Señoras facas, y saliendo, assi como las oliò, de su natural passo, y costumbre, fin pedir licencia à su dueño, tomò un trotillo algo picadillo, y se fuè à comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas que, à lo que pareciò, devian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que à poco espacio se le rompieron las Cinchas, y quedò fin silla en pelota: Pero lo que èl devio mas de sentir fuè, que, viendo los harrieros la fuerça, que à sus Yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron, mal parado, en el suelo.

YA en esto Don Quixote, y Sancho, que la paliza de Rozinante avian visto, llegavan hijadeando; y dixo Don Quixote à Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son Cavalleros, sino gente soèz, y de baxa ralea. Dìgolo, porque bien me puedes ayudar à tomar la devida vengança

gança del agravio, que delante de nueſtros ojos ſe le ha hecho à Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, reſpondiò Sancho, ſi eſtos ſon mas de veynte, y noſotros no mas de dos, y aun quiça noſotros, fino uno, y medio? Yo valgo por ciento, replicò Don Quixote; y ſin hazer mas diſcurſos echò mano à ſu eſpada, y arremetiò à los Yangueſes, y lo miſmo hizo Sancho Pança, incitado, y movido del exemplo de ſu Amo: Y à las Primeras cuchilladas diò Don Quixote una à uno, que le abriò un fayo de cuero, de que venìa veſtido, con gran parte de la eſpalda. Los Yangueſes, que ſe vièron maltratar de aquellos dos Hombres ſolos, ſiendo ellos tantos, acudièron à ſus eſtacas, y cogiendo à los dos en medio, començaron à menudear ſobre ellos con grande ahinco, y vehemencia. Verdad es, que al ſegundo toque dieron con Sancho en el fuelo, y lo meſmo le aviò à Don Quixote, ſin que le valieſſe ſu deſtreza y buen animo: Y quiſo ſu ventura que vinièſſe à caer à los pies de Rozinante, que aun no ſe avià levantado; donde ſe echa de ver la fùria con que machacan eſtacas pueſtas en manos ruſticas y enojadas. Viendo, pues, los Yangueſes el mal recado que avian hecho, con la mayor preſteza que pudieron cargaron ſu rèqua, y figuieron ſu camino, dexando à los dos aventureros de mala traça, y de peòr Talante.

EL Primero que ſe refintiò fuè Sancho Pança, y hallandose junto à ſu Señor con voz enferma y laſtimosa dixo: Señor Don Quixote! à Señor Don Quixote! Que quieres? Sancho hermano, reſpondiò Don Quixote con el meſmo tono afeminado, y doliente que Sancho. Querria, ſi fueſſe poſſible, reſpondiò Sancho Pança, que vueſtra Merced me dieſſe:

dieffe dos tragos de aquella bebida del Fèo Bias, si es que la tiene vuestra Merced ay à mano, quiça serà de provecho para los quebrantamientos de hueffos, como lo es para las feridas. Pues à tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaria? Respondiò Don Quixote: Mas yo te juro, Sancho Pança, à Fè de Cavallero andante, que antes que pasèn dos dias (si la Fortuna no ordèna otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ò mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece à vuestra Merced, que podrèmos mover los pies? replicò Sancho Pança. De mi sè dezir, dixo el molido Cavallero Don Quixote, que no sabrè poner termino à effos Dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avia de poner mano à la espada contra hombres, que no fueffen armados Cavalleros como yo; y assi creo que en pena de aver passado las leyes de la Cavalleria, ha permitido el Dios de las Batallas, que se me dieffe este castigo; por lo qual, hermano Sancho, conviene que estès advertido en esto que aora te dirè, porque importa mucho à la Salud de entràmbos: Y es, que, quando vèas que semejante canalla nos haze algun agràvio, no aguardes à que yo ponga mano à la espada contra ellos, porque no lo harè en ninguna manera, sino pon tu mano à tu espada, y castìgalos muy à tu fabor, que si en su ayuda, y defenfa acudièren Cavalleros, yo te sabrè defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya avràs visto por mil señaes y experiencias hasta à donde se estiende el valor deste mi fuerte braço (tal quedò de arrogante el pobre Señor con el vencimiento del valiente Vizcayno.) Mas no le pareciò tan bien à Sancho Pança el aviso de su amo, que dexàsse de responder,

der, diciendo: Señor yo soy hombre pacifico, manso, sofegado, y sè disimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que sustèntar, y criar: assi que sèale à vuestra Merced tambien de aviso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondrè mano à la espada, ni contra villano, ni contra Cavallero; y que desde aqui para delante de Dios perdòno quantos agravios me han hecho, y han de hazer, aora me los aya hecho, ò haga, ò àya de hazer persona alta, ò baxa, rica, ò pobre, Hidalga, ò pechera, sin exceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oydo por su Amo le respondiò: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacàra tanto quanto, para darte à entender, Pança, el error en que estàs. Ven acà pecador, si el viento de la fortuna, hasta aora tan contrario, en nuestro favor se buelve, llevàndonos las velas del desèo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomèmos puerto en alguna de las Infulas que te tengo prometida, que serìa de ti, si, ganàndola yo, te hiziesse Señor della? Pues lo vendràs à impossibilitar por no ser Cavallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu Señorio. Porque has de saber, que en los Reynos, y Provincias nuevamente conquistados, nunca estàn tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo Señor, que no se tenga temor de que han de hazer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y bolver, como dicen, à provar ventura: Y assi es menester, que el nuevo possessor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento.

T O M. I.

R

En



En este que aora nos ha acontecido, respondiò Sancho, qui-  
fièra yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra  
Merced dize: Mas yo le juro à Fè de pobre hombre, que  
mas estoy para bizmas, que para pláticas. Mire vuestra  
Merced si se puede levantar, y ayudarèmos à Rozinante,  
aunque no lo merece, porque èl fuè la causa principal de  
todo este molimiento. Jamàs tal creyè de Rozinante, que le  
tenìa por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin  
bien dizen, que es menester mucho tiempo para venir à co-  
nocer las personas, y que no ay cosa segura en esta vida.  
Quien dixèra, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas  
como vuestra Merced diò à aquel desdichado Andante, avìa  
de venir por la posta, y en seguimiento fuyo esta tan gran-  
de tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras  
espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicò Don Quixote;  
deven de estàr hechas à semejantes nublados, pero las mias,  
criadas entre sinabàfas, y olandas, claro està que sentiràn  
mas el dolor desta desgracia. Y fino fuèsse porque imagino  
(que digo, imagino) sè muy cierto, que todas estas inco-  
modidades son muy anexas al exercicio de las armas, aqui  
me dexarìa morir de puro enojo. A esto replicò el escude-  
ro: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la  
Cavallerìa, dìgame vuestra Merced, si fuceden muy ame-  
nudo, ò si tienen sus tiempos limitados en que acaècen,  
porque me parece à mi, que à dos cosechas quedarèmos  
inutiles para la tercera, si Dios por su infinita Misericordia  
no nos focorre. Sàbete, amigo Sancho, respondiò Don  
Quixote, que la vida de los Cavalleros andantes està su-  
geta à mil peligros, y desventuras; y ni mas ni menos està  
en

en potencia propinqua de fer los Cavalleros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos, y diversos Cavalleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudièrate contar aora (si el dolor me dièra lugar) de algunos que solo por el valor de fu braço han subido à los altos grados que he contado, y estos mesmos se vieron antes y despues en diversas calamidades, y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se viò en poder de fu mortal enemigo Arcalaus el Encantador, de quien se tiene por averiguado, que le diò, tenièndole preso, mas de dozientos açotes con las riendas de fu cavallo, atado à una columna de un pàtio. Y aun ày un Autor secreto, y de no poco credito, que dize, que aviendo cogido al Cavallero del Febo con una cierta trampa, que se le hundiò debaxo de los pies en cierto castillo, al caer se hallò en una honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y alli le echaròn una destas que llaman Melezinas de agua de nieve, y arena, de lo que llegò muy al cabo; y fino fuera focorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo fuyo, lo pasàra muy mal el pobre Cavallero. Assi que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las que aora nosotros passamos; porque quiero hazerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos que à caso se hallan en las manos. Y esto està en la Ley del duelo escrito por palabras expresas: Que si el Zapatero dà à otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà, que queda apaleado aquel à quien diò con ella. Digo esto, por-

R 2

que



que no pienes, que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas, que aquellos hombres trayan con que nos machacaron, no eran otras que estacas, y ninguno dellos (à lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dièron à mi lugar, respondiò Sancho, à que mirasse en tanto, porque à penas pùse mano à mi tizona, quando me fantiguaron los ombros con sus pinos, de manera, que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando con migo à donde aora yago, y à donde no me da pena alguna el pensar, si fuè afrenta, ò no lo de los estacazos, como me la dà el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memòria, como en las espaldas. Con todo esso te hago saber, hermano Pança, replicò Don Quixote, que no ay memòria à quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le confuma. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo que la confuma, y à la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen termino si quiera. Dèxate de esso, y faca fuerças de flaqueza, Sancho, respondiò Don Quixote, que assi harè yo, y veámos como està Rozinante, que à lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que maravillarse de esso, respondiò Sancho, siendo èl tambien de Cavallero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi Jumento aya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura  
una

una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio à ellas, dixo Don Quixote. Dìgolo porque essa bestezuela podrá sùplir aora la falta de Rozinante, llevàndome à mi desde aqui à algun castillo donde sèa curàdo de mis feridas. Y mas que no tendrè à dèshonra la tal Cavallerìa, porque me acuèrdo avèr leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alègre Dios de la rifa, quando entrò en la Ciudad de las cien puertas, iba muy à su plazer Cavallero sobre un muy hermòso asno. Verdad ferà que èl devìa de ir Cavallero como vuestra Merced dize, respondiò Sancho; pero ày gran diferencia del ir Cavallero, al ir atravesàdo como costal de vasura. A lo qual respondiò Don Quixote, las feridas, que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan. Assi que, Pança amigo, no me repliques mas, fino como ya te he dicho, levàntate lo mejor que pudières, y pònme, de la manera que mas te agradare, encima de tu jumento, y vàmós de aqui antes que la noche venga, y nos faltèe en este despoblàdo. Pues yo he oydo dezir à vuestra Merced, dixo Pança, que es muy de Cavalleros andantes el dormir en los pàramos y desièrtos lo mas del año, y que lo tiènen à mucha ventura. Effo es, dixo Don Quixote, quando no puèden mas, ò quando estàn enamoràdos; y es tan verdad esto, que ha avido Cavallero que se ha estàdo sobre una peña al Sol y à la sombra, y à las inclemèncias del Cielo dos años fin que lo supiéffe su Señora. Y uno destos fuè Amadis, quando, llamàndose Beltenebros, se àloxò en la peña pobre, ni sè fi ocho años, ò ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que èl estùvo alli haziendo penitencia por  
no

no sè que finfabòr que le hizo la Señora Oriana. Pero dexèmos yà esto, Sancho, y acàba antes que fucèda otra desgracia al jumento, como à Rozinante. Aun ahì ferìa el Diablo, dixo Sancho; y despidièndo treynta ayes y sesenta suspiros, y ciento, y veynte pesetes, y reniegos de quien allì le avìa traydo, se levantò, quedàndose agoviado en la mitad del camino, como arco Turquesco, fin podèr acabar de endereçarse; y con todo este trabajo aparejò su asno, que tambien avìa andado algo des traydo con la demasiada libertad de aquel dia. Levantò luego à Rozinante, el qual si tuvièra Lengua con que quexarse, à buen segùro que Sancho, ni su Amo no le fuèran en çaga. En resolucion Sancho acomodò à Don Quixote sobre el asno, y pùso de reata à Rozinante, y llevando al asno del cabèstro, se encaminò poco mas à menos hàzia donde le pareciò que podia estar el camino real. Y la fuerte, que sus cosas de bien en mejor iva guiando, aun no huvò andado una pequeña legua, quando le deparò el camino, en el qual descubriò una venta, que, à pesar fuyo, y gusto de Don Quixote, avia de ser castillo. Porfiava Sancho que era venta, y su Amo que no, fino castillo; y tanto durò la porfia que tuvièron lugar, fin acabarla, de llegar à ella, en la qual Sancho se entrò fin mas averiguacion con toda su rèqua.

C A P I -



## CAPITULO XVI.

*De lo que le sucediò al ingenioso Hidalgo en la Venta, que  
èl imaginàva ser castillo.*

**E**L Ventero que viò à Don Quixote atravesàdo en el asno, preguntò à Sancho, que mal trayà? Sancho le respondiò, que no era nada, fino que avia dado una cayda de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenìa el ventero por muger à una, no de la condicion que fuèlen tener las de semejante trato, porque naturalmènte era caritativa, y se dolìa de las calamidades de sus proximos, y assi acudiò luego à curar à Don Quixote, y hizo que una hija fuya, donzella, muchàcha, y de muy buen parecer, la ayudasse à curar à su huesped. Servìa en la venta assi mesmo una moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogòte, de nariz roma, de un ojo tuèrta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuèrpo suplìa las demas faltas. No tenìa siete palmos de los pies à la cabèça, y las espaldas que algun tanto le cargavan, la hazian mirar el suelo mas de lo que ella quisièra. Esta gentil moça, pues, ayudò à la donzella, y las dos hizieron una muy mala cama à Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos dava manifestos indicios, que avia fervido de pajar muchos años, en el qual tambien aloxàva un harrièro que tenìa su cama hecha un poco mas allà de la de nuestro Don Quixote. Y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hazìa mucha ventaja à la de Don Quixote, que solo contenìa quatro mal lisas tablas

blas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo futil parecia colcha, lleno de bodòques, que à no mostrar, que eran de lana por algunas roturas, al tiènto en la dureza femejavan de guijàrro, y dos Sàbanas hechas de cuero de adarga, y una fraçada, cuyos hilos, si se quisièran contar, no se perdièra uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò Don Quixote, y luego la ventera, y su hija le emplastaron de arriba à baxo, alumbràndoles Maritornes (que assi se llamava la Asturiana;) y como al bizmalle, vièsse la ventera tan acardenalado à partes à Don Quixote, dixo, que aquello mas parecian golpes, que cayda. No fuèron golpes, dixo Sancho, fino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada uno avia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: haga vuestra Merced, Señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las aya menester, que tambien me duelen à mi un poco los Lomos. Dessá manera, respondiò la ventera, tambien devisteis vos de caer? No cayè, dixo Sancho Pança, fino que del sobresàlto que tomè de ver caer à mi Amo, de tal manera me duele à mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser esso, dixo la donzella, que à mi me ha acontecido muchas vezes soñar, que cayà de una torre à baxo, y que nunca acabava de llegar al suelo, y quando despertava del sueño, hallàvame tan molida, y quebrantada, como si verdaderamente huviera caydo. Ay està el toque, Señora, respondiò Sancho Pança, que yo sin soñar nada, fino estando mas despierto que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi Señor Don Quixote. Como se llama este Cavallero  
pre-



*Jn. Vanderbank inv. et Delin.*  
*Vol. I. p. 123*

*Ger. Vanderhucht sculp.*  
*10*





preguntò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, respondiò Sancho Pança; y es Cavallero aventurèro, y de los mejòres, y mas fuertes, que de luengos tiempos acà se han visto en el mundo. Que es Cavallero aventurèro? replicò la moça. Tan nueva foys en el mundo que no lo fabeys vos? respondiò Sancho Pança. Pues sabed, hermana mia, que Cavallero aventurèro es una cosa, que en dos palabras, se vè apaleàdo, y Emperador. Oy està la mas defdichàda criatura del mundo, y la mas menesteròsa, y mañana tendrá dos, ò tres coronas de Reynos que dar à su Escudèro. Pues como vos, siéndolo de este tan buen Señor, dixo la ventèra, no tenèys, à lo que parece, si quièra algun condado? Aun es tempràno, respondiò Sancho, porque no hà fino un mes que andàmos buscando las aventuras, y hasta aora no hèmòs topado con ninguna que lo sèa: Y tal vez ày, que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es que si mi Señor Don Quixote sana desta herida, ò cayda, y yo no quedo contrahecho della, no trocarìa mis esperànças con el mejor titulo de España.

TODAS estas pláticas estàva escuchando muy atento Don Quixote, y sentàndose en el lecho como pùdo, tomando de la mano à la ventera, le dixo: Creèdme, hermosa Señora, que os podèys llamar venturosa por aver alojàdo en este vuestro castillo à mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es, por lo que fuele dezirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirà quien soy. Solo os digo, que tendrè eternamènte escrito en mi memoria el servicio, que me avedes fecho, para agradecèroslo mientras la vida me duràre. Y pluguièra à los altos cielos; que el amor

T O M. I.

S

no



no me tuvièra tan rendido, y tan fugèto à sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata (que digo entre mis dientes) que los desta hermosa donzella fuèran Señores de mi libertad.

CONFUSAS estàvan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes oyèdo las razones del andante Cavallero, que assi las entèndian, como si hablàra en Griego; aunque bien alcançaron, que todas se encaminàvan à ofrecimientos, y requièbros: Y como no usadas à semejante lenguaje, miràvanle, y admiràvanse, y parecìales otro hombre de los que se usàvan, y agradecièndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò à Sancho, que no menos lo avia menestèr que su amo. Avia el harrièro concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le avia dado su palabra, de que en estàndo fòsègados los huespedes, y durmiendo sus amos, le iria à buscar, y satisfacèrle el gusto en quanto le mandasse. Y cuèntase desta buena moça, que jamas diò semejantes palabras, que no las cumplièsse, aunque las dièsse en un monte, y sin testigo alguno, porque presumia muy de Hidalga, y no tenia por afrenta estàr en aquel exercicio de servir en la venta; porque dezia ella, que desgracias y malos succèssos le avian traydo à aquel estado.

EL duro, estrècho, apocado, y fementido lecho de Don Quixote estàva primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto à èl hizo el fuyo Sancho, que solo contenia una estera de enèa, y una manta, que antes mostrava ser de angèo tundido que de lana. Sucedia à estos dos lechos el del harrièro, fabricado, como ya se ha dicho, de las enjalmas

jalmas, y de todo el adorno de los dos mejores Mulos que traÿa, aunque eran doze, luzios, gordos, y famosos, porque era uno de los ricos harrieros de Arevalo, segun lo dize el autor desta historia, que deste harriero haze particular mention, porque le conocia muy bien; y aun quieren dezir que era algo pariente fuyo: Fuèra de que Cide Hamete Benengeli fuè historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas; y echase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas, y tan ratèras, no las quiso passar en silencio. De donde podràn tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciònes tan corta, y succintamènte, que à penas nos llegan à los labios, dexàndose en el tintèro, ya por descuydo, por malicia, ò ignorancia lo mas substancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del conde Tomillas, y con que puntualidad lo describen todo.

DIGO, pues, que despues de aver visitado el harriero à su requa, y dàdole el segundo pienso, se tendiò en sus enjalmas, y se diò à esperar à la puntualissima Maritornes. Ya estàva Sancho bismado y acostado, y aunque procuràva dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y Don Quixote con el dolor de las fuyas tenia los ojos abièrtos como liebre. Toda la venta estàva en silencio, y en toda ella no avia otra luz que la que dava una lampara, que colgada en medio del portal ardìa. Esta maravillosa quietud, y los pensamiètos que siempre nuestro Cavallèro traÿa de los suceßos, que à cada passo se cuentan en los libros, autores de su desgràcia, le truxo à la imaginacion una de



las mas estrañas locuras, que buenamente imaginarse pueden: Y fuè, que èl se imaginò aver llegado à un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran à su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del Señor del castillo, la qual, vencida de su gentileza, se avia enamorado dèl, y prometido, que aquella noche, à furto de sus padres, vendria à yàzer con èl una buena pieza: Y teniendo toda esta quimera (que èl se avia fabricado) por firme y valedera, se començo à acuitar, y à pensar en el peligroso trance en que su honestidad se avia de ver; y propùso en su coraçon de no cometer alevosia à su Señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra con su dama Quintañana se le pusièssen delante.

PENSANDO, pues, en estos disparates, se llegò el tiempo, y la hora (que para èl fuè menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en una alvanega de fustàn, con tàcitos, y atentados passos entrò en el aposento, donde los tres alojàvan, en busca del harriero. Pero à penas llego à la puerta, quando Don Quixote la fintiò, y sentàndose en la cama à pefar de sus bizmas, y el Dolor de sus costillas, tendiò los braços para recibir à su hermosa donzella la Asturiana, que toda recogida, y callando, iba con las manos delante buscando à su querido. Topò con los braços de Don Quixote, el qual la asìo fuertemente de una muñeca, y tiràndola hàzia si (sin que ella osàsse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentòle luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, à èl le pareciò ser de finissimo, y delgado cendal. Traya en las muñecas unas cuentas de vidro, pero à  
èl



In<sup>o</sup> Vanderbank inv. et delin.  
Vol. I. P. 132.

Ger. VanderGucht sculp. II





èl le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiravan a crines, èl los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo Resplandor al del mesmo Sol escurecìa: Y el aliento, que sin duda alguna olià à ensalada fiambre, y trasnochada, à èl le pareciò que arrojàva de su boca un olor suave y aromático: Y finalmente èl la pintò en su imaginacion de la misma traça, y modo de lo que avìa leydo en sus libros de la otra Princesa, que vino à ver el mal ferido Cavallero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aqui van puestas. Y era tanta la ceguedad del pobre Hidalgo, que el tacto, ni el aliènto, ni otras cosas que traÿa en sí la buena donzella, no le defengañavan, las quales pudièran hazer vomitar à otro, que no fuèra harriero. Antes le parecia, que tenìa entre sus brazos à la Diosa de la hermosura. Y tenièndola bien asida, con voz amorosa, y baxa le començò à dezir: Quisiera hallarme en terminos, hermosa, y alta Señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me avèdes fecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir à los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido, y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer à la vuestra, fuèra imposible: Y mas que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada à la fin par Dulcinea del Toboso, unica Señora de mis mas escondidos pensamientos, que si esto no huviera de por medio, ne fuèra yo tan sandio Cavallero, que dexàra passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estàva congojadissima, y trasudando

dando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta à las razones que le dezìa, procuràva, sin hablar palabra, desafirse. El bueno del harriero, à quien tenian despierto sus malos desèos, desde el punto que entrò su coyma por la puerta, la fintiò, y estùvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote dezìa; y zeloso de que la Asturiana le huvièsse faltado à la palabra pro otro, se fuè llegando mas al lecho de Don Quixote, y estùvose quedo hasta ver en que paràvan aquellas razones, que èl no podia entender. Pero como viò, que la moça forcejàva por desafirse, y Don Quixote trabajava por tenerla, parecièndole mal la burla, enarbolò el braço en alto, y descargò tan tèrrible puñada sobre las estrechas Quixadas del enamorado Cavallero, que le bañò toda la boca en sangre: Y no contento con esto, se le fubiò encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las pasèo todas de cabo à cabo. El lecho que era un poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del harriero, diò con figo en el suelo, à cuyo gran ruýdo despertò el ventero, y luego imaginò que devian de ser pendencias de maritornes, porque aviendola llamado à voces, no respondìa. Con esta sospècha se levantò, y encendiendo un candil, se fuè hàzia donde avìa sentido la pelàza. La moça, viendo que su amo venìa, y que era de condicion terrible, toda medrosica, y alborotàda, se acogìò à la cama de Sancho Pança, que aun dormia, y alli se acorrucò y se hizo un ovillo. El ventero entrò diziendo: A donde estas puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensò,

pensò, que tenia la pesadilla, y començò à dar puñadas à una y otra parte, y entre otras alcançò con no sè quantas à Maritornes, la qual, sentida del dolor, echàndo à rodar la honestidad, diò el retorno à Sancho con tantas, que à su despecho le quitò el fueño; el qual vièndose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçàndose como pudo, se abraçò con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida, y graciosa escaramùça del mundo. Viendo, pues, el harriero à la lumbre del candil del ventero, qual andava su dama, dexando à Don Quixote, acudiò à dalle el socorro necessàrio. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fuè à castigar à la moça, creyèndo sin duda, que ella sola era la occasion de toda aquella harmonia. Y assi como fuele dezirse: El gato al rato, el rato à la cuerda, la cuerda al palo: Dava el harriero à Sancho, Sancho à la moça, la moça à el, el ventero à la moça, y todos menudeàvan con tanta prieda, que no se davan punto de reposo; y fuè lo bueno que al ventero se le apagò el candil, y como quedaròn à escuras, davanse tan sin compassion todos à bulto, que, à do quièra que ponian la mano, no dexàvan cosa sana.

ALOXÀVA à caso aquella noche en la venta un Quadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyèndo assimesmo el estraño estruendo de la pelèa, asìò de su media vara, y de la caja de lata de sus titulos, y entrò à escuras en el aposento diziendo: Tènganse à la Justicia: Tènganse à la Santa Hermandad: Y el primero con quien topò, fuè con el apuñeado de Don Quixote, que estàva en su derribado lecho, tendido boca  
arriba

arriba sin sentido alguno; y echándole à tiento mano à las barbas, no cesàva de dezir: favor à la Justicia; pero viendo que el que tenia afido no se bullia, ni meneàva; se diò à entender, que estàva muerto, y que los que alli dentro estavan, eran sus matadores; y con esta sospecha reforçò la voz diziendo: Cièrrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui à un hombre. Esta voz sobrefaltò à todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retiròse el ventero à su aposento, el harriero à sus enjalmas, la moça à su rancho: solos los desventurados Don Quixote, y Sancho no se pudieron mover de donde estavan. Soltò en esto el Quadrillero la barba de Don Quixote, y saliò à buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò; porque el ventero de industria avia muerto la lampara, quando se retirò à su estancia, y fuèle forçoso acudir à la Chiminea, donde con mucho trabajo y tiempo encendiò el quadrillero otro candil.

## C A P I T U L O XVII.

*Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança pasaron en la venta, que por su mal pensò que era castillo.*

**A**VIA yà buelto en este tiempo de su paraíso Don Quixote, y con el mesmo tono de voz con que el dia antes avia llamado à su escudero, quando estàva tendido en el val de las estacas, le començò à llamar diziendo;

do: Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tengo de dormir, pesia à mi, respondiò Sancho lleno de pesadumbre, y de despecho, que no parece fino que todos los Diablos han andado con migo esta noche. Puèdesflo crèer assi fin duda, respondiò Don Quixote, porque ò yo sè poco, ò este castillo es encantado: Porque has de fabèr: Mas esto, que aora te quiero dezir, hafme de jurar, que lo tendràs secrèto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondiò Sancho. Dìgolo, replicò Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra à nadie. Digo que si juro, tornò à dezir Sancho, que lo cellarè hasta despues de los dias de vuestra Merced, y plega à Dios, que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago, Sancho, respondiò Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por effo, respondiò Sancho, fino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudrièssen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu cortesìa: Y assi has de saber, que esta noche me hà sucedido una de las mas estrañas aventùras, que yo fabrè encarecèr; y por contartela en breve, fabràs, que poco hà que à mi vino la hija del Señor deste castillo, que es la mas apuesta, y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la Fè que devo à mi Señora Dulcinea del Toboso, dexarè passàr intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me avia puesto en las manos, ò quiça (y

T o m. I.

T

esto



esto es lo mas cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estàva con ella en dulcissimos, y amorosissimos coloquios, fin que yo la vièsse, ni supiéssè por donde venìa, vino una mano pegada à algun braço, de algun descomunal Gigante, y asentòme una puñada en las quixadas, tal, que las tengo todas bañadas en sàngre, y despues me moliò de suèrte, que estoy peor que ayèr, quando los harrieros, por demasias de Rozinante, nos hizieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta Donzella le deve de guardar algun encantado Moro, y no deve de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondiò Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estàcas, fuè tortas y pan pintado. Pero digame, Señor, como llama à esta buena, y rara aventura, aviendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra Merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura, que ha dicho: Pero yo que tuve, fino los mayores porrazos, que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mi, y de la madre que me pariò, que ni soy Cavallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estàs tu aporreado? respondiò Don Quixote. No le hè dicho que sí, pese à mi linage, dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo harè aora el bálamo precioso, con que senarèmos en un abrir, y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò à ver el que pensava que era muerto; y assi como le viò entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño

ño de cabeça, el candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntò à su Amo: Señor, si ferà este, à dicha el Moro encantado, que nos buelve à castigar, si se dexò algo en el tintero? No puede fer el Moro, respondiò Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nàdie. Si no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho; fino diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian dezir las mias, respondiò Don Quixote, pero no es bastante indicio esse para creer, que este que se vè, sea el encantado Moro.

LLEGÒ el quadrillero, y como los hallò hablando en tan sossegada conversaciòn, quedò suspèso. Bien es verdad que aun Don Quixote se estàva boca arriba, sin poderse meneàr de puro molido, y emplastado. Llegòse à èl el quadrillero, y dixole: Pues como và, buen hombre? Hablàra yo mas bien criado, respondiò Don Quixote, si fuèra que vos. Usase en esta tierra hablar dessa fuerte à los Cavalleros andantes, majadero? El quadrillero que se viò tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, diò à Don Quixote con èl, en la cabeça de fuerte, que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò à escuras, saliòse luego: Y Sancho Pança dixo: Sin duda, Señor, que este es el Moro encantado, y deve de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los candilazos. Assi es, respondiò Don Quixote, y no ay que hazer caso destas cosas de encantamientos, ni ay para que tomar còlera, ni enojo con ellas, que como son invisibles, y fantàsticas, no hallarèmos de quien vengarnos, aunque mas lo procurèmos. Levàntate Sancho, si puèdes, y llama al Alcaide de esta forta-



leza, y procura que se me de un poco de azeite, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad que creo, que lo he menester aora; porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

LEVANTOSE Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a escuras donde estava el ventero, y encontrandose con el quadrillero, que estava escuchando en que parava su enemigo, le dixo: Señor quienquiera que seays, hazednos Merced, y beneficio de darnos un poco de romero, azeite, sal, y vino, que es menester para curar uno de los mejores Cavalleros andantes, que ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro, que esta en esta venta. Quando el quadrillero tal oyò, tuvole por hombre falso de feo. Y porque ya comenzava a amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyò de quanto quiso, y Sancho se lo llevó a Don Quixote, que estava con las manos en la cabeza, quejandose del dolor del candilazo, que no le avia hecho mas mal, que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que el pensava que era sangre, no era fino sudor, que sudava con la congoxa de la passada tormenta. En resolucion el tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclandolos todos y coziendolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponerlo en una alcuza, o azeitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Paternosters, y otras tantas Ave Marias, Salves, y Credos, y  
à

à cada palabra acompañava una Cruz à modo de benedición, à todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el ventero, y quadrillero ; que yà el harriero fofiegadamente andava entendiendo en el beneficio de fus machos.

HECHO esto, quiso el mesmo hazer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso balfamo, que el se imaginava : Y assi se beviò de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedava en la olla donde se avia cozido, casi medio azumbre, y a penas lo acabò de bevèr, quando començò à vomitar de manera, que no le quedò cosa en el estòmago, y con las ansias, y agitacion del vòmito, le diò un Sudor copiosissimo, por lo qual mandò, que le arropàssen, y le dexàssen solo. Hizièronlo assi, y quedòse dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertò, y se finitiò aliviadissimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano. Y verdaderamente creyò que avia acertado con el balfamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometèr desde alli adelante sin temor alguno qualesquiera ruynas, batallas, y pendencias por peligrosas que fuèssen.

SANCHO Pança, que tambien tuvo à milagro la mejorìa de su Amo, le rogò que le dièsse à el lo que quedava en la olla, que no era poca cantidad. Concediòselo Don Quixote, y el, tomàndola à dos manos, con buena Fè, y mejor talante se la echò à pechos, y envasò bien poco menos que su Amo. Es, pues, el caso, que el estòmago del pobre Sancho no devìa de ser tan delicado, como el de su Amo, y assi primero que vomitasse, le dièron tantas ansias, y vascas con tantos trasudòres, y desmayos, que el pensò  
bien,

bien, y verdaderamente, que era llegada su ultima hora : Y viendo tan aflixido, y congoxado, maldezia el bálamo, y el ladron que se lo avia dado. Viéndole assi Don Quixote, le dixo : Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no sèr armado Cavallero, porque tengo para mi, que este licòr no deve de aprovechar à los que no lo son. Si esto sabìa vuestra Merced, replicò Sancho, mal aya yo, y toda mi parentela, para que consintió que lo gustasse? En esto hizo su operacion el brevage, y començò el pobre escudero à defaguarfe por entrambas canales con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien se avia buuelto à echar, ni la manta de angeò con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudava, y trasudava con tales parasismos, y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron, que se le acabava la vida. Duròle esta borrasca y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedò como su Amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero Don Quixote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego à buscar aventuras, pareciéndole, que todo el tiempo, que alli se tardava, era quitarsele al mundo, y à los en el menesteròs de su favor y amparo ; y mas con la seguridad y confianza que llevava en su bálamo : Y assi, forçado deste deseò, el mismo enfillò à Rozinante, y enalbardò al Jumento de su escudero, à quien tambien ayudò à vestir, y à subir en el asno. Pùsofe luego à cavallo y llegandòse à un rincon de la venta, asió de un lançon, que alli estava para que le sirviessè de lança. Estavanle mirando todos quantos avia en la venta, que passavan de mas de veynte personas. Mirà-  
vare

vale tambien la hija del ventero, y èl tambien no quitava los ojos della, y de quando en quando arrojava un suspiro, que parecia que lo arrancava de lo profundo de sus Entrañas, y todos pensavan, que devia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensavanlo aquellos que la noche antes le avian visto bizmar.

YA que estuvièron los dos à Cavallo, puesto à la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo à agradeceròslas, todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vengado de algun sobervio, que os aya fecho algun agràvio, sabed que mi officio no es otro, sino valer à los que poco pueden, y vengar à los que reciben tuertos, y castigar alevosias. Record vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste Jaez, que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os prometo por la orden de Cavallero que recebi, de fazeros satisfecho, y pagado à toda vuestra voluntad. El ventero le respondiò con el mesmo sosiego, Señor Cavallero, yo no tengo necesidad de que vuestra Merced me vengue ningun agràvio, porque yo sè tomar la vengança que me parece, quando se me hazen: Solo hè menester, que vuestra merced me pague el gasto, que esta noche hà hecho en la venta, assi de la paja, y cevada de sus dos bestias, como de la cena, y camas. Luego venta es esta, replicò Don Quixote? Y muy honrada, respondiò el ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respondiò Don Quixote, que en verdad pensè, que era castillo, y no malo; pero pues es assi que no es castillo

tillo fino venta, lo que se podrá hazer por aora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir à la orden de los Cavalleros andantes, de los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviessen, porque se les deve de fuero, y de derecho qualquier buen acogimiento, que se les hiziere, en pago del infufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche, y de dia, en invierno, y en verano, à pie, y à cavallo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sujetos à todas las inclemencias del cielo, y à todos los incòmodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esto, respondiò el ventero: Paguefeme lo que se me deve, y dexèmonos de cuentos, ni de Cavallerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi hazienda. Vos soys un sandio, y mal hostalero, respondiò Don Quixote, y poniendo piernas à Rozinante, y terciando su lançon, se saliò de la venta, sin que nadie le detuvièsse; y el, sin mirar si le seguia su escudero, se alongò un buen trecho.

EL ventero, que le viò ir, y que no le pagava, acudiò à cobrar de Sancho Pança, el qual dixo, que pues fu Señor no avia querido pagar, que tampoco el pagaria, porque fiendo el escudero de Cavallero andante, como era, la mesma regla, y razon corria por el como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones, y ventas. Amohinòse mucho desto el ventero, y amenaçòle, que fino le pagava, que lo cobrarìa de modo, que le pesasse. A lo qual Sancho respondiò, que por la Ley de Cavalleria, que fu amo avia recebido, no pagaria un solo cornado aunque le costasse la vida; porque

porque no avia de perder por èl la buena, y antigua usança de los Cavalleros andantes, ni se avian de quejar dèl, los escuderos de los tales, que estàvan por venir al mundo, reprochàndole el quebrantamiento de tan justo fuèro.

QUISO la mala fuerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estàva en la venta, se hallàssen quatro peylayres de Segòvia, tres agujeros del potro de Cordova, y dos vezinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona; los quales, casi como instigados, y movidos de un mismo espiritu, se llegaron à Sancho, y apeàndole del asno, uno dellos entrò por la manta de la cama del huesped; y echàndole en ella, alçaron los ojos, y vièron que el techo era algo mas baxo de lo que avian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en la mitad de la manta, començaron à levantàrle en alto, y à holgàrse con èl como con perro por carneistolendas. Las voces que el mifero manteado davà fuèron tantas, que llegaron à los oydos de su amo, el qual, detenièndose à escuchar atentamente, creyo que alguna nueva aventura le venia; hasta que claramente conociò, que el que gritava era su escudero; y bolviendo las riendas con un penado galope llegò à la venta, y hallandola cerrada, la rodeò por ver, si hallava por donde entrar. Pero no huvò llegado à las paredes del corral (que no eran muy altas) quando viò el mal Juego, que se le hazia à su escudero. Viòle baxar y subir por el ayre con tanta gracia, y presteza, que si la còlera le dexàra, tengo para mi que se riera. Provò à subir desde el cavallo à las bardas, pero estàva tan molido, y quebrantado, que aun apeàrse no pùdo; y assi

T O M. I.

U

desde



desde encima del cavallo començò à dezir tantos denuèstos y baldones à los que à Sancho manteàvan, que no es possible acertar à escrivillos: Mas no por esto cesàvan ellos de furisa y de su obra, ni el volador de Sancho dexàva sus queixas, mezcladas ya con Amenazas, yà con ruègos; mas todo aprovechàva poco, ni aprovechò hasta que de puro cansados le dexàron. Truxèronle alli su asno, y fubriendole encima, le arropàron con su gavan. Y la compasiva de Maritornes vièndole tan fatigado, le pareciò ser bien socorrelle con un Jarro de agua, y assi le truxo del pozo por ser mas fria. Tomòle Sancho, y llevàndole à la boca, se parò à las voces, que su amo le dava, diciendo: hijo Sancho, no bèvas agua, hijo no la bèvas, que te matarà: vès, aqui tengo el Santissimo bàlfamo (y enseñàvale la alcuza del brevage) que con dos gotas que dèl bèvas, sanaràs sin duda. A estas voces bolviò Sancho los ojos como de travès, y dixo con otras mayores: Por dicha hàsele olvidado à vuestra Merced, como yo no soy cavallero, ò quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedàron de à noche. Guarde su licor con todos los diablos, y dèxeme à mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar à bèver todo fuè uno: Mas como al primer trago viò que era agua, no quiso passar adelante, y rogò à Maritornes que se le truxèsse de vino, y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesmo dinero; porque en efeto se dize della, que, aunque estàva en aquel trato, tenìa unas sombras, y lexos de Christiana. Assi como beviò Sancho, diò de los carcaños à su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se saliò della muy contento de no aver pagado nada, y de aver salido con su intencion,

intencion, aunque avia fido à costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedò con sus alforjas en pago de lo que se le devia ; mas Sancho no las echò menos, segun faliò turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta assi como le viò fuera, mas no lo consentieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuèra verdaderamente de los cavalleros andantes de la tabla redonda, no le estimàran en dos ardites.

## CAPITULO XVIII.

*Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su Señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.*

**L**LEGO Sancho à su amo, marchito, y desmayado, tanto, que no podia harrear à su Jumento. Quando assi le viò Don Quixote, le dixo: aora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo, ò venta es encantado sin duda, porque aquellos, que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser fino fantasmas, y gente del otro mundo? Y confirmo esto por aver visto, que quando estàva por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragèdia, no me fuè possibile subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me devian de tener encantado ; que te juro por la fè de quien soy, que si pudiese subir, ò apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y malandrines se acordàran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir à las leyes de



cavalleria, que, como ya muchas vezes te he dicho, no contenten, que Cavallero ponga mano contra quien no lo sea, fino fuere en defensa de su propia vida y persona, y en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo, dixo Sancho, si pudièra, fuèra, ò no fuèra armado cavallero, pero no pude; aunque tengo para mi, que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra Merced dize, fino hombres de carne, y de huefso como nosotros; y todos, segun los oÿ nombrar quando me bolteavan, tenian sus nombres: que el uno se llamava Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oÿ que se llamava Juan Palomeque el Zurdo. Assi que, Señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cavallo, en al estuvo, que en encantamientos. Y lo que yo faco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer à tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro piè derecho. Y lo que feria mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuèra el bolvèrnos à nuestro lugar aora que es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexàndonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes, Sancho, respondiò Don Quixote, de achaque de cavalleria! calla, y ten paciencia, que dia vendrà donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, que mayor contento puede aver en el mundo, ò que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno fin duda alguna. Assi deve de ser, respondiò Sancho, puesto que yo no lo sè: solo sè, que despues

despues que somos Cavalleros andantes, ò vuestra Merced lo es (que yo no ay paraque me cuente en tan honroso Numero) jamas hemos vencido batalla alguna, fino fuè la del Vizcaÿno, y aun de aquella faliò vuestra Merced con media oreja, y media zelada menos; que despues acà todo ha fido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, llevàndo yo de ventaja el manteamièto; y avèrme fucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra Merced dize. Essà es la pena que yo tengo, y la que tu dèves tener, Sancho, respondiò Don Quixote, pero de aqui en adelante yo procurarè aver à las manos alguna espada hecha por tal Maestrìa, que al que la truxère con figo, no le puèdan hazer ningun genero de encantamientos. Y aun podria ser, que me deparàsse la ventura aquella de Amadis quando se llamàva, *el Cavallero de la ardiente espada*, que fuè una de las mejores espadas, que tuvo Cavallero en el mundo; porque, fuèra que tenìa la virtud dicha, cortava como una navaja, y no avìa armadura por fuerte, y encantada que fuèsse, que se le parasse delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando effo fuèsse, y vuestra Merced vinièsse à hallar espada femejante, solo vendria à servir, y aprovechar à los armados Cavalleros, como el bàlsamo, y à los escuderos, que se los papen dueños. No temas effo, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo harà el cielo con tigo.

EN estos Coloquios ivan Don Quixote, y su escudero, quando viò Don Quixote, que por el camino que ivan, venia hàzia ellos una grande, y espesa polvoreda, y en vièndola,

dola, se bolvió à Sancho, y le dixo: Este es el dia, ó Sancho, en el qual se hà de ver el bien que me tiene guardado mi fuerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto, como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el que tengo de hazer obras, que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvoreda, que alli se levanta, Sancho? Pues toda es quaxada de un copiosísimo exercito, que de diversas, è innumerables gentes por alli viene marchando. A essa cuenta dos deven de ser, dixo Sancho, porque desta Parte contraria se levanta assi mesmo otra semejante polvoreda. Bolvió à mirarlo Don Quixote, y viò que assi era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensò sin duda alguna, que eran dos exercitos, que venian à envestirse, y à encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenia à todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamientos, suceßos, desatinos, amores, y desafios, que en los libros de Cavallerias se cuentan; y todo quanto hablava, pensava, ò hazia era encaminado à cosas semejantes; y la polvoreda, que avia visto, la levantavan dos grandes manadas de ovejas, y carneros, que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echaròn de ver hasta que llegaròn cerca. Y con tanto ahinco afirmava Don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino à creer, y à dezirle: Señor, pues que hèm de hazer nosotros? Que? dixo Don Quixote; favorecer y ayudar à los menesterosos, y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este, que viene por nuestra frente, le conduce, y guya el grande Emperador Alifanfaron, Señor de

de la grande Isla Trabobàna: Este otro, que à mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quièren tan mal estos dos señores? preguntò Sancho. Quièrense mal, respondiò Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagàno, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy hermosa, y ademàs agraciada señoàra, y es Christiana; y su Padre no se la quiere entregar al Rey pagàno, fino dexa primero la ley de su falso Profeta Mahòma, y se buelve à la fuya. Para mis barbas, dixo Sancho, fino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudière. En esto haràs lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado Cavallero. Bien se me alcanza esto, respondiò Sancho; pero à donde pondrèmos este asno, que estèmos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porque el entrar en ella en semejante Cavalleria, no creo que està en uso hasta aora? Assi es verdad, dixo Don Quixote; y lo que puedes hazer del es, dexarle à sus aventuras, aora se pierda, ò no, porque seràn tantos los cavallos, que tendrèmos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los Cavalleros mas principales, que en estos dos exercitos vienen: Y para que mejor lo veàs y notes, retirèmonos à aquel altillo, que alli se haze, de donde se deven de descubrir los dos exercitos. Hizièronlo assi, y pusièronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que à Don Quixote



Quixote se le hizieròn exercitos, si las nubes del polvo, que levantàvan, no le turbàran, y cegàran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veya, ni avia, con voz levantada començò à dezir.

AQUEL Cavallero, que alli vès de las armas jaldes, que tràe en el escudo un leon coronado, rendido à los pies de una Donzella, es el valeroso laùrcalco, Señor de la puente de plata: Y el otro de las armas de las flores de oro, que tràe en el escudo tres coronas de plata en campo azùl, es el temido Micocolemo, gran duque de Quiracia. El otro de los miembros Gigantèos, que està à su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaràn de Boliche, Señor de las tres Aràbias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es Fama, es una de las del templo, que derribò Sansòn, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelve los ojos à estotra parte, y veràs delante y en la frente destotro exercito al siempre vencedor, y jamas vencido Timonèl de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas à quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y tràe en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dize: *Miàtu*, que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dize, es la fin par miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarve. El otro, que carga, y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que tràe las armas como nieve blancas, y el escudo blanco, y sin empresa alguna, es un cavallero novèl de nacion Francès, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique. El otro que bate las  
hija-

hijadas con los herrados carcaños à aquella pintada, y ligera Cebra, y tràe las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Narbà, Espartafilardo del bosque, que tràe por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en Castellano, que dize assi: *Rastrèa mi Suerte*. Y desta manera fuè nombrando muchos Cavalleros del uno y del otro esquadron, que èl se imaginàva; y à todos les diò sus armas, colores, empresas, y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar, prosiguiò diziendo: A este esquadron frontèro forman, y hazen gentes de diversas naciones: Aquì estàn los que bevèn las dulces Aguas del famoso Xanto; los Montuosos que pisan los Masilicos campos; los que criban el finissimo, y menudo oro en la felice Aràbia; los que gozan las famosas, y frescas ribèras del claro Termodonte; los que sangran por muchas, y diversas vias al dorado Pactolo; los Numidas dudosos en sus promesas; los Persas en arcos, y flechas famosos; los Partos; los Medos, que pelèan huyendo; los Arabes de mudables casas; los Citas tan crueles como blancos; los Etiopes de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco, y vèò, aunque de los nombres no me acuerdo.

EN estotro esquadron viènen los que bevèn las corrientes cristalinas del olivifero Betis; los que tersan, y pùlen sus rostros con el licòr del siempre rico, y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino genil; los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los Eliseos Xerezanos Prados; los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas; los de Hierro



vestidos, (Reliquias antiguas de la sangre Goda;) los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pireneo, y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente quanto toda la Europa en si contiene y encierra.

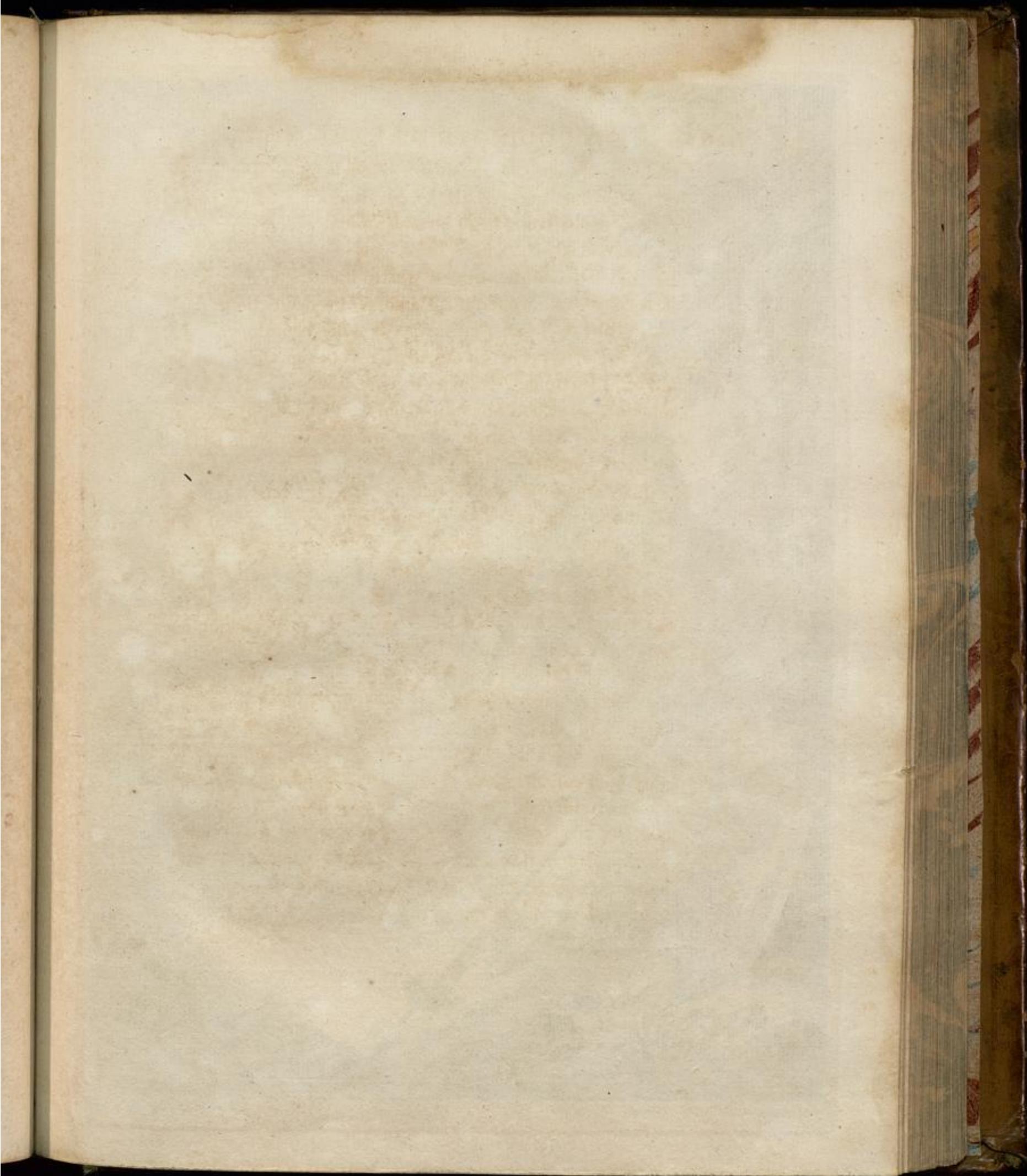
VALAME Dios, y quantas Provincias dixo, quantas naciones nombrò, dándole à cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto, y empapado en lo que avia leydo en sus libros mentirosos. Estava Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando bolvia la cabeça à ver, si veya los Cavalleros, y Gigantes que su amo nombrava; y como no descubria à ninguno, le dixo: Señor, encomiendo al Diablo hombre, ni Gigante, ni Cavallero de quantos vuestra Merced dize, parece por todo esto, alomenos yo no los veo: Quiça todo deve ser encantamiento como las fantasmas de à noche. Como dizes esto? respondiò Don Quixote: No oyès el relinchar de los cavallos, el tocar de los clarines, y el ruýdo de los atambores? No oygo otra cosa, respondiò Sancho, fino muchos balidos de ovejas, y carneros; y assi era la Verdad, porque yà llegavan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te haze, Sancho, que ni veas, ni oyas à derechas; porque uno de los efectos del miedo es, turbar los sentidos, y hazer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retirate à una parte, y dexame solo, que solo basto à dar la vitoria à la parte, à quien yo diere mi ayùda. Y  
diziendo

diziendo esto, puso las espuelas à Rozinante, y puesta la lança en el ristre, baxò de la costezuela como un rayo. Diòle voces Sancho, diziendole: Buèlvase vuestra Merced, Señor Don Quixote, que, voto à Dios, que son carneros, y ovejas las que vâ à envestir. Buèlvase, desdichado del Padre que me engendrò, que locura es esta? Mire que no ày Gigante, ni Cavallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: Que es lo que haze, pecador soy yo à Dios? Ni por effas bolviò Don Quixote, antes en altas voces iba diziendo: Ea Cavalleros, los que seguys, y militàys debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, verèys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobàna. Esto diziendo, se entrò por medio del esquadron de las ovejas, y començò de alanceàllas con tanto corage, y denuèdo, como si de veras alanceàra à sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, devanle voces que no hizièsse aquello; pero viendo que no aprovechàvan, desciñèronse las hondas, y començaron à saludalle los oydos con pièdras como el puño. Don Quixote no se curava de las pièdras, antes discurriendo à todas partes, dezia: adonde estas sobervio Alifanfaron, vente à mi, que un Cavallero solo soy, que deseà de solo à solo provàr tus fuerças, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultò dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal-trecho, creyò fin duda, que estàva muerto, ò mal ferido; y acordándose de su licòr, sacò su alcùza, y



pùfofela à la boca, y començò à echàr licòr en el eſtòma-  
go : Mas antes que acabàſſe de envaſar lo que à èl le pare-  
cía que era baſtante, llegò otra almendra, y diòle en la ma-  
no, y en el alcuza tan de lleno, que ſe la hizo pedaços,  
llevàndole de camino tres, ò quatro dientes, y muelas de  
la boca, y machucàndole malamente dos dedos de la ma-  
no. Tal fuè el golpe primero, y tal el ſegundo, que le  
fuè forcòſo al pobre Cavallero dár con figo del cavallo  
abàxo. Llegàronſe à èl los paſtores, y creyèron que le avian  
muerto; y aſſí con mucha prièſſa recogieron ſu ganado, y  
cargàronſe de las reſes muertas, que paſàvan de fiete; y  
ſin averiguàr otra coſa ſe fuèron.

ESTÀVASE todo eſte tiempo Sancho ſobre la cueſta  
mirando las locuras, que ſu amo hazía, y arrancàvaſe las  
barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna  
ſe le avia dado à conocer. Vièndole, pues, caydo en el  
fuego, y que yà los paſtores ſe avian ido, baxò de la cueſ-  
ta, y llegòſe à èl, y hallòle de muy mal arte, aunque no  
avia perdido el ſentido, y dixole: No le dezía yo, Señor  
Don Quixote, que ſe bolvièſſe, que los que iba à acometer,  
no eran exercitos, ſino manadas de carneros? Como eſſo  
puede deſparècer, y contrahazer aquel ladron del ſabio mi  
enemigo, reſpondiò Don Quixote. Sàbete Sancho, que es  
muy facil coſa à los tales hazèrnos parecèr lo que quièren;  
y eſte maglimo que me perſigue, envidioſo de la gloria,  
que viò, que yo avia de alcançàr deſta batalla, ha buuelto  
los eſquadrones de enemigos en manadas de ovejas. Sino  
haz una coſa, Sancho, por mi vida, porque te deſengañes,  
y vèas ſer verdad lo que te digo: Sube en tu aſno, y ſi-  
guelos





In: *Vanderbank invt et Delin.*  
Vol. I. P. 157.

Ger. *VanderGucht sculp.*  
12

guèlos bonitamente, y veràs como en alexàndose de aqui algun poco, se buelven en su Ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos, y derechos, como yo te los pintè primero: Pero no vayas aora, que he menester tu favor y ayùda. Llègate à mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece, que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegòse Sancho tan cerca, que casi le metìa los ojos en la boca, y fuè à tiempo, que yà avìa obrado el bàlamo en el estòmago de Don Quixote; y al tiempo que Sancho llegò à mirar la boca, arrojò de si mas rezio que una escopeta quanto dentro tenìa, y diò con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido: sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparàndo un poco mas en ello, echò de ver, en la color, sabor, y olòr, que no era sangre, sino el bàlamo de la alcuza, que èl le avìa visto beber; y fuè tanto el asco que tomò, que rebolvièndosele el estomago, vomitò las tripas sobre su mismo Señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudiò Sancho à su asno para sacar de las alforjas con que limpiarle, y con que curar à su amo, y como no las hallò, estùvo à punto de perder el Juyzio. Maldixòse de nuevo, y propùso en su coraçon de dexar à su amo, y bolverse a su tierra, aunque perdièsse el salario de lo servido, y las esperanças del gobierno de la prometida infula.

LEVANTÒSE en esto Don Quixote, y puesta la mano hizquierda en la boca, porque no se le acabàsèn de salir los dientes, asìò con la otra las riendas de Rozinante, que  
nunca

nunca se avia movido de junto à su amo (Tal era de leal y bien acondicionado) y fuèssè adonde su escudero estava de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas. Y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sàbete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto hà de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible, que el mal, ni el bien seàn durables; y de aqui se sigue, que aviendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca: Assi que no debes congojarte por las desgracias, que à mi me suceden, pues à ti no te cabe parte dellas. Como no? respondió Sancho; por ventura el que ayer mantèaron, era otro que el hijo de mi Padre? Y las alforjas que òy me faltan con todas mis alajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Si que me faltan, respondió Sancho. Desse modo no tenèmos que comer òy, replicò Don Quixote? Effen fuera, respondió Sancho, quando faltàran por estos prados las yervas que vuestra Merced dize, que conoce, con que fueren suprir semejantes faltas los tan malaventurados Cavalleros andantes, como vuestra Merced es. Con todo esto, respondió Don Quixote, tomàra yo aora mas ahina un quartal de Pan, ò una hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yervas describe Dioscorides, aunque fuèra el ilustrado por el Dotor Laguna. Mas con todo esto sube en tu Jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar; y  
mas

mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta à los mosquitos del ayre, ni à los gusanillos de la tierra, ni à los renaquajos del agua : Y es tan piadoso que haze salir su Sol sobre los buenos, y malos, y llève sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para Cavallero andante. De todo sabian y han de saber los Cavalleros andantes, Sancho, dixo Don Quixote ; porque Cavallero andante huvò en los passados siglos, que assi se parava à hazer un sermon, ò platica en mitad de un camino real, como si fuèra graduado por la universidad de Paris : De donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, sèa assi como vuestra merced dize, respondiò Sancho ; vamos aora de aqui, y procurèmos donde aloxar esta noche, y quièra Dios que sèa en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados, que si los ày, darè al Diablo el hatò y el garavato. Pideselo tu à Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guìa tu por donde quisières, que esta vez quièro dexar à tu Eleccion el alojarnos ; pero dame acà la mano, y atièntame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muèlas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metiò Sancho los dedos, y estàndole atentando, le dixo : Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte ? Quatro, respondiò Don Quixote, fuèra de la cordal, todas enteras y muy fanas. Mire vuestra merced bien lo que dize, Señor, replicò Sancho, Digo, quatro, fino eran cinco, respondiò Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente, ni muela de la boca, ni se me hà caydo, ni  
comido

comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra Merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba ni media, ni ninguna, que toda està rafa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo Don Quixote, oyèndo las tristes nuevas que su escudero le dàva, que mas quisièra que me huvieran derribàdo un braço, como no fuèra el de la espada. Porque te hago sabèr, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra; y en mucho mas se hà de estimar un diente, que un diamante: Mas à todo esto estàmos fugetos los que profesàmos la estrecha orden de la Cavalleria. Sube, amigo, y guìa, que yo te seguirè al passo que quisières. Hizolo assi Sancho, y encaminòse hàzia donde le pareciò, que podìa hallar acogimièto, sin salir del camino real, que por allì iba muy seguido. Yèndose, pues, poco à poco (porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexava fofsegàr, ni atender à darsè prièssa) quiso Sancho entretenelle, y divertirle dizièndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fuè lo que se dirà en el figuiente Capitulo.

## CAPITULO XIX.

*De las discretas razones que Sancho passava con su amo, y de la aventura que le sucediò con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.*

**P**ARECEME, Señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han

han sido pena del pecado cometido por vuestra Merced contra la orden de su Cavalleria, no aviendo cumplido el Juramento, que hizo, de no comer pan à manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que à esto se figue, y vuestra Merced jurò de cumplir hasta quitar aquel Almete de Malandrino, ò como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote, mas para dezirte verdad, ello se me avia passado de la memoria ; y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no avèrmelo tu acordado en tiempo, te sucediò aquello de la manta ; pero yo harè la enmienda, que modos ày de composicion en la orden de la Cavalleria para todo. Pues jurè yo algo por dicha ? respondiò Sancho. No importa que no ayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo, que de participantes no estàs muy seguro ; y por si, ò por no, no ferà malo de proveèrnos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra Merced, no se le torne à olvidar esto, como lo del Juramento, quiçà les bolverà la gana à las fantasmas de folazarse otra vez con migo, y aun con vuestra Merced si le ven tan pertinaz.

EN estas, y otras platicas les tomò la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiesen ; y lo que no avia de bueno en ello era, que perecian de hambre, porque con la falta de las alforjas les faltò toda la despenfa, y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucediò una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia : Y fuè, que la noche cerrò con alguna escuridad, pero con todo esto caminàvan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era

TOM. I.

Y

real,



real, à una, ò dos leguas de buena razon hallarian en èl alguna venta.

Y ENDÒ, pues, desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vièron que por el mesmo camino que ivan, venian hàzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian fino estrellas que se movian. Pasmòse Sancho en vièndolas, y Don Quixote no las tuvo todas con figo. Tirò el uno del cabestro à su asno, y el otro de las riendas à su Rozino, y estuvièron quedos mirando atentamènte lo que podia ser aquello, y vièron, que las lumbres se ivan acercando à ellos, y mientras mas se llegàvan, mayores parecian: A cuya vista Sancho començò à temblar como un azogàdo, y los cabellos de la cabeça se le erizaron à Don Quixote; el qual, animàndose un poco, dixo: Esta sin duda, Sancho, dève de ser grandissima, y peligrosissima aventura, donde serà necesario, que yo muestre todo mi valor, y esfuerço. Desdichado de mi, respondiò Sancho, si à caso esta aventura fuèsse de fantasmas, como me lo vâ pareciendo, adonde avrà costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sèan, dixo Don Quixote, no consentirè yo, que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaròn contigo fuè, porque no pùde yo saltar las paredes del corral, pero aora estàmos en campo raso donde podrè yo, como quisière, esgrimir mi espada. Y si le encantan, y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprovecharà estàr en campo abierto, ò no? Con todo effo, replicò Don Quixote, te ruègo, Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te darà à entender el que yo tengo. Si  
tendrè,

tendrè, si à Dios plàce, respondiò Sancho, y apartandose los dos à un lado del camino, tornàron à mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminàvan, podìa ser: Y de alli à muy poco descubrièron muchos encamisàdos, cuya temeròsa visiòn de todo punto rematò el animo de Sancho Pança, el qual començò à dar diente con diente, como quièn tiene frio de quartàna; y creciò mas el batir, y dentelleàr, quando distintamente vièron lo que èra, porque descubrièron hasta veynte encamisados, todos à Cavallo con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los quales venìa una litèra cubièrta de luto, à la qual seguian otros sèys de à Cavallo, enlutados hasta los piès de las mulas, que bien vièron, que no èran Cavallos en el fosiègo con que caminàvan. Yvan los encamisados murmurando entre si con una voz bàxa y compasiva.

ESTA estraña visiòn à tales horas, y en tal despoblado bien bastava para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo; y assi fuèra en quanto à Don Quixote, que ya Sancho avia dàdo al travès con todo su esfuerço. Lo contràrio le avino à su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al vivo, que aquella èra una de las aventuras de sus libros. Figuròsele que la litèra èran andas, donde devìa de ir algun mal ferido ò muerto Cavallero, cùya vengança à èl solo estava reservada: Y sin hazer otro discurso, enristrò su lançon, pùsose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se pùso en la mitad del camino por donde los encamisados forçosamente avian de passèr; y quando los viò cerca, alçò la voz y dixo: Deteneos, Cavalleros quièn quièra que seàys, y dadme cuen-



ta de quien soys? De donde venís? A donde vays? Que es lo que en aquellas andas llevays? Que segun las muestras, ò vosotros avèys fecho, ò vos han fecho algun defaguisado; y conviène, y es menestèr, que yo lo sèpa, ò bien para castigàros del mal que fizistes, ò bien para vengàros del tuerto que vos fizièron. Vámos de prièssa, respondiò uno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podèmos detenèr à dar tanta cuenta como pedís, y picando la mula pasò adelante. Sentiòse desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno, dixo: Detenèos, y sed mas bien-criàdo, y dadme cuenta de lo que os hè preguntado, fino conmigo sòys todos en batalla. Era la mula affombradiza, y al tomàrla del frèno, se espantò de manera, que alçàndose en los pies, diò con su dueño por las ancas en el suelo. Un moço que ìva à piè, viendo caer al encamisado, començò à denostar à Don Quixote; el qual, yà encolerizàdo, sin esperàr mas, enristrando su lançon, arremetiò à uno de los enlutados, y, mal ferido, diò con èl en tierra; y rebovièndose por los demàs, era cosa de ver, con la presteza que los acometia, y desbaratava, que no parecia fino que en aquel instante le avian nacido alas à Rozinante, segun andava de ligèro, y orgullòso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en un momento dexaron la refrièga, y començaron à corrèr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian fino à los de las màscaras, que en noche de regocijo, y fiesta còrren. Los enlutados assimesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamentos, y lòbas, no se podian movèr: Assi que, muy à su salvo, Don Quixote los  
apa-

apalcò à todos, y les hizo dexar el sitio mal de su Gardo; porque todos pensaron, que aquel no era hombre sino diablo del infirno, que les salia à quitar el cuerpo muerto, que en la litera llevavan.

Todo lo mirava Sancho, admirado del ardimiento de su Señor, y dezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente, y esforçado como èl dize. Estava una hacha ardiendo en el fuelo junto al primero, que derribò la mula, à cuya luz le pudo ver Don Quixote; y llegandose à èl, le puso la punta del lançon en el rostro, diciendole, que se rindièsse, sino que le mataria. A lo qual respondiò el caydo: Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico à vuestra Merced, si es Cavallero Christiano, que no me mate, que cometerà un gran sacrilègio, que soy licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? Quien, Señor, replicò el caydo? Mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, sino me satisfacèys à todo quanto primero os preguntè. Con facilidad ferà vuestra Merced satisfecho, respondiò el licenciado, y assi fabrà vuestra Merced, que aunque denantes dixè, que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llamome Alfonso Lòpez: Soy natural de Alcovendas: vengo de la ciudad de Baeça con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos à la ciudad de Segovia acompaõando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de un Cavallero, que muriò en Baeça, donde fuè depositado; y aora, como digo, llevavamos sus huesos à su sepultura, que està en  
Segovia,

Segòvia, de donde es natural. Y quien le matò? Preguntò Don Quixote. Dios por mèdio de unas calenturas pestilentes que le dièron, respondiò el bachiller. Dèssa fuerte, dixo Don Quixote, quitado me hà nuestro Señor del trabajo que avia de tomàr en vengàr su muerte, si otro alguno lo huvièra muerto; pero avièndole muerto quien le matò, no ày fino callàr, y encogèr los ombros, porque lo mesmo hiziera si à mi mesmo matàra. Y quièro que sepa vuestra Reverència, que yo sòy un Cavallero de la Mancha, llamàdo Don Quixote, y es mi officio, y exercicio andàr por el mundo, endereçando tuèrtos, y desfaziendo agràvios. No sè como puède ser esso de endereçàr tuèrtos, dixo el bachiller, pues à mi, de derecho me avèys buelto tuèrto, dexàndome una pierna quebràda, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agràvio que en mi avèys desfecho, hà sido dexarme agraviado de manera, que me quedarè agraviado para siempre; y harta desventùra hà sido la mia topar con vos, que vàys buscando aventuras. No todas las cosas, respondiò Don Quixote, succeden de un mismo modo: El daño estùvo, Señor bachillèr Alonso Lòpez, en venìr, como veniades de noche, vestidos con aquellos sobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejàvades cosa mala, y del otro mundo; y assi yo no pùde dexàr de cumplir con mi obligacion, acometièndoos; y os acometièra, aunque verdaderamente supiera, que èrades los mesmos satanàses del Infierno, que por tales os juzguè, y tùve siempre. Yà que assi lo hà querido mi suerte, dixo el bachiller, suplico à vuestra Merced, Señor Cavallèro andante (que tan mala andança

andança me hà dado) me ayùde à salir de debaxo desta mulla, que me tiène tomada una pierna entre el estrivo y la filla. Hablàra yo para mañana, dixo Don Quixote, y hasta quando aguardàvades à dezirme vuestro afàn? Diò luego voces à Sancho Pança que vinièsse; pero èl no se curò de venir, porque andava ocupado, desbalijando una azèmila de repuesto, que trayan aquellos buenos Señores, bien bastecida de cosas de comèr. Hizo Sancho costal de fùgavàn, y recogiendo todo lo que pùdo y cùpo en el talègo, cargò su Jumento, y luègo acudiò à las voces de su amo, y ayudò à facàr al Señor bachiller de la opressiòn de la mulla, y ponièndole encima della, le diò la hacha, y Don Quixote le dixo, que siguièsse la derrota de sus Compañeros, à quien de su parte pidièsse perdòn del agravio; que no avia fido en su mano dexàr de averle hecho. Dixole tambien Sancho: Si à caso quisièren sabèr effos Señores, quièn ha fido el valeroso que tales los pùso, dirales vuestra Merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, *El Cavallero de la triste figùra*.

CON esto se fuè el bachiller; y Don Quixote preguntò à Sancho, que le avia movido à llamarle, *El Cavallero de la triste figùra*, mas entonces que nunca? Yo se lo dirè, respondiò Sancho, porque le hè estàdo mirando un rato à la luz de aquella hacha que llèva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra Merced la mas mala figùra de poco acà, que jamàs he visto: Y dèvelo de avèr causado, ò yà el Canfancio deste Combàte, ò yà la falta de las muelas y dientes. No es esto, respondiò Don Quixote, fino que el fàbio, à cuyo cargo deve de estàr el escrivir la història  
de

de mis hazañas, le avrè parecido, que ferà bien, que yo tòmè algun nombre apelativo, como lo tomàvan todos los Cavalleros passàdos: Qual se llamàva *El de la ardiente Espada*: Qual *El del Unicornio*: Aquèl *De las donzellas*: Aqueste *El del Ave Fènix*: El otro *El Cavallero del Grifo*: Estotro *El de la Muerte*: Y por estos nombres, è insignias èran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el sàbio, yà dicho, te avrè puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamàsès *El Cavallero de la triste figura*, como pienso llamàrme desde oy en adelante; y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintàr, quando aya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No ày para que gastàr tiempo, y dineros en hazer essa figura, dixo Sancho, fino lo que se hà de hazèr es, que vuestra Merced descubra la fuya, y dè rostro à los que le miràren, que fin mas ni mas, y fin otra imagen, ni escudo, le llamaràn *El de la triste figura*; y créame, que le digo verdad, porque le prometo à vuestra Merced, Señor (y esto sèa dicho en burlas) que le haze tan mala càra la hambre, y la falta de las muelas, que, como yà tengo dicho, se podrà muy bien escusàr la triste pintura.

R I Ò S E Don Quixote del donàyre de Sancho, pero con todo propùso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintàr su escudo, ò rodèla, como avia imaginado; y dixole: Yo entiendo, Sancho, que quèdo descomulgàdo por avèr puesto las manos violentamènte en cosa sagrada, *Juxta illud: Si quis suadente Diabolo*, &c. Aunque sè bièn, que no pùse las manos fino este lançon: Quanto mas que yo no pensè, que ofendìa à sacerdotes, ni à cosas de la Iglè-  
fia

fi à quien respèto y adòro como Catolico y fiel Christiano que sòy, fino à fantasmas, y à vestiglos del otro mundo. Y quando effo assi fuèssè, en la memòria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz, quando quebrò la filla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgò, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivàr como muy honrado, y valiente Cavallero. En oyendo esto el Bachiller, se fuè, como queda dicho, sin replicar le palabra.

QUISIERA Don Quixote miràr, si el cuerpo, que venia en la litèra, eran huesòs ò no, pero no lo consintió Sancho, diziendòle: Señor vuestra Merced hà acabàdo esta peligrosa aventura lo mas à su salvo, de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida, y desbaratada, podria fer, que cayèssè en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos, y avergonçados desto, bolvièssen à rehazerse, y à buscarnos, y nos dièssen en que entender. El Jumento està como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no ày que hazer sino retirarnos con gentil compàs de pies, y, como dizen, vàyasse el muerto à la sepultura, y el vivo à la hogaza: Y antecogiendo su asno, rogò à su Señor que le figuièssè, el qual, parecièndole que Sancho tenia razon, sin bolverle à replicar, le figuiò. Y à poco trecho que caminàvan por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle donde se apearon, y Sancho aliviò el Jumento; y tendidos sobro la verde Yerba, con la salsa de su hambre, almorçaròn, comieròn, mendaròn, y cenaron à un mesmo punto, satisfaciendo sus estòmagos con mas de una fiambrrera, que los Señores Clè-



rigos del Difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la Azèmila de su repuesto trayan. Mas fucedìoles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peòr de todas, y fuè, que no tenian vino que bevèr, ni aun agua que llegar à la boca; y acofados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estavan, estava colmado de verde, y menuda yerba, lo que se dirà en el figuiente Capitulo.

## C A P I T U L O XX.

*De la jamas vista, ni oyda aventura, que con mas poco peligro fuè acabada de famoso Cavallero en el mundo, como la que acabò el valeroso Don Quixote de la Mancha.*

**N**O es possible, Señor mio, fino que estas yervas dan testimonio, de que por aqui cerca deve de estàr alguna fuente ò Arròyo, que estas yervas humedece; y assi fuèra bien que vàmòs un poco mas adelante, que ya topàremòs, donde podàmòs mitigar esta terrible sed, que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciòle bien el consèjo à Don Quixote, y tomando de la rienda à Rozinante, y Sancho del cabestro à su asno, despues de avèr puesto sobre èl los relieves, que de la cena quedaròn, començaròn à caminar por el prado arriba à tiento, porque la escuridad de la noche no les dexava ver cosa alguna: Mas no huvieron andado dozientos passòs, quando llegò à sus oydos un gran Ruýdo de agua como que de algunos grandes, y levantados riscos se despeñava. Alegròles

gròles el ruýdo en gran manera, y paràndose à escuchàr hàzia que parte fonàva, oyèron à deshora otro estruendo, que les aguò el contento del agua, especialmente à Sancho, que naturalmènte era medroso, y de poco animo. Digo que oyèron, que dàvan unos golpes à compàs, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pufièran Pavòr à qualquier otro coraçon, que no fuèra el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaròn à entrar entre unos arboles altos, cuyas ojas, movidas del blando viènto, hazian un temeroso, y manso ruýdo, de manera, que la soledad, el sítio, la escuridad, el ruýdo del agua, con el susurro de las hojas, todo causàva horror y espanto: Y mas quando vièron, que ni los golpes cesàvan, ni el viento dormìa, ni la mañana llegàva, añadièndose à todo esto el ignoràr el lugar donde se hallavan. Pero Don Quixote, acompañado de su intrèpido coraçon, saltò sobre Rozinante, y abraçando su rodèla, terciò su lançon, y dixo: Sancho amigo, has de sàber, que yo naci por querèr del cielo en esta nuestra edad de hierro, para refucitàr en ella la de oro, ò la dorada como fuele llamarfe. Yo soy aquel para quien estàn guardados los peligros, las grandes hazãnas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien hà de refucitàr los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueve de la Fama; y el que hà de ponèr en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes, Los Febos, y Belianifes, con toda la caterva de los famosos Cavalleros andantes del passado tiempo, haziendo en este, en que me hallo, tales grandezas, esrañezas, y fechos de



Armas, que escurezcan las mas claras, que ellos hizieron. Bien notas, escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el fordo, y confuso estruendo de estos arboles, el temeroso ruýdo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña, y derrumba desde los altos montes de la luna, con el incessable golpear, que nos hiere, y lastima los oýdos, las quales cosas todas juntas, y cada una por si son bastantes à infundir mièdo, temor, y espanto en el pecho del mesmo marte quanto mas en aquel, que no està acostumbraðo à semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto, que yo te pinto, son incentivos, y despertadores de mi animo, que yà haze que el coraçon rebiente en el pecho con el desseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: Assi que aprieta un poco las cinchas à Rozinante, y quedate à Dios, y espèrame aqui hasta tres dias no mas, en los quales si no bolviere, puedes tu bolverte à nuestra aldèa, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, iràs al Toboso, donde diràs à la incomparable seño-  
ra mia Dulcinea, que fu cautivo Cavallero murió por acometer cosas, que le hiziesen digno de poderse llamar Suyo.

QUANDO Sancho oyò las palabras de su Amo, començò à llorar con la mayor ternura del mundo, y à dezirle: Señor, yo no sè porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: Aora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podèmos torcèr el camino, y desviarnos del peligro, aunque no bevamos en tres dias; y pues no ay quien nos vèa, menos avrà quien nos note de cobardes: Quanto mas que yo hè oydo predicar al cura de nuestro Lugar (que  
vuestra

vuestra merced bien conòce) que quien busca el peligro, perèce en èl: Assi que no es bien tentar à Dios, acometiendo tan defavorado hecho, donde no se puède escapàr fino por milagro; y basta los que hà hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuè, y en sacarle vencedor, libre, y salvo de entre tantos enemigos como acompañavàn al difunto. Y quando todo esto no muèva, ni ablande effè duro coraçon, muèvele el pensàr, y creèr, que à penas se avrà vuestra merced apartàdo de aqui, quando yo de miedo, dè mi anima à quien quisiere llevarla. Yo salì de mi tierra, y dexè hijos y muger por venir à servir à vuestra merced, creyèdo valèr mas y no menos; pero como la codicia rompe el faco, à mi me hà rasgado mis esperanças, pues quando mas vivas las tenìa de alcançar aquella negra, y mal hadàda infula, que tantas vezes vuestra merced me hà prometido, veo que en pago, y truèco della, me quiere aòra dexàr en un lugar tan apartàdo del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que no se me faga tal defaguisàdo; y yà que del todo no quiere vuestra merced desistìr de acometèr effè fecho, dilàtelo alomènos hasta la mañana, que à lo que à mi me muestra la sciencia, que aprendì quando era pastòr, no dève de avèr desde aqui al alva tres horas, porque la boca de la bozina està encìma de la cabeça, y haze la media noche en la línea del braço izquierdo. Como puedes tu, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde haze effa línea, ni donde està effa boca, ò effè colodrillo que dizes, si haze la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Assi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vè  
las

las cosas debaxo de tierra, quanto mas encìma en el cielo ; puesto que por buen discurso se puède entendèr, que ày poco de aqui al dia. Falte lo que faltàre, respondiò Don Quixote, que no se hà de dèzir por mi àora, ni en ningun tiempo, que làgrimas, y ruègos me apartàron de hazèr lo que devìa à estìlo de Cavallero ; y assi te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me hà puesto en el coraçòn de acometèr àora esta tan no vista, y tan temeròsa aventura, tendrà cuydàdo de miràr por mi falud, y de consolàr tu tristeza. Lo que has de hazèr es, apretar bien las cinchas à Rozinante, y quedàrte aqui, que yo darè la buelta presto, ò vivo, ò muerto.

VIENDO, pues, Sancho la ultima resolucion de su Amo, y quan poco valian con èl sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprovecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia, si pudièsse ; y assi quando apretava las cinchas al Cavallo, bonitamente, y sin ser sentido, atò con el cabestro de su asno ambos pies à Rozinante de manera, que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo, porque el cavallo no se podia movèr fino à saltos. Viendo Sancho Pança el buen fucèssò de su embuste, dixo: Ea Señor, que el cielo, comovido de mis lagrimas, y plegàrias, ha ordenado, que no se pueda movèr Rozinante, y si vos querèys porfiar, y espoleàr, y dalle, serà enojàr à la Fortuna, y dar cozes, como dizen, contra el aguijon. Desesperavase con esto Don Quixote, y por mas que ponìa las piernas al cavallo, menos le podia movèr, y sin caèr en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de foflegàrse y esperar, ò à que amanecièsse, ò à que Rozinante se meneàsse,  
creyendo



J. v. Vanderbank inv. et delin.  
1674

Ger. v. Vanderhucht sculp.  
15



creyendo fin duda, que aquello venìa de otra parte que de la industria de Sancho; y assi le dixo: Pues assi es, Sancho, que Rozinante no puede movèrse, yo soy contento de esperar à que ria el Alva, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ày que llorar, respondiò Sancho, que yo entenderè à vuestra merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es, que se quiere apeàr, y echàrse à dormir un poco sobre la verde yerva, à uso de Cavalleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia, y punto de acometèr esta tan defemejable aventura que le espèra. A que llamas apeàr, ò à que dormir? dixo Don Quixote. Soy yo por ventura de aquellos Cavalleros que toman repòso en los peligros? Duerme tu, que naciste para dormir, ò haz lo que quisières, que yo harè lo que vière, que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, Señor mio, respondiò Sancho, que no lo dixe por tanto; y llegàndose à el, puso la una mano en el arzòn delantero, y la otra en el otro, de modo, que quedò abraçado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del, un dedo (Tal era el miedo que tenìa à los golpes, que toda via alternativamènte sonàvan.) Dixole Don Quixote, que contàsse algun cuento para entretenerle, como se lo avìa prometido; à lo que Sancho dixo, que si hiziera, si le dexàra el temòr de lo que oya: Pero con todo esto yo me esforçarè à dezir una historia, que si la acièrto à contar, y no me van à la mano, es la mejor de las historias; y estème vuestra merced atento, que yà comienço.

ERASE, que se erà, el bien que vinière para todos sea, y el mal para quien lo fuère à buscar. Y advièrta vuestra

Mer-



merced, Señor mio, que el principio, que los Antiguos dieròn à sus consejas, no fuè assi como quièra, que fuè una sentencia de Catòn Zonzorino Romano, que dize: *Y el Mal para quien le fuere à buscar*: Que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra merced se estè quedo, y no vaya à buscar el mal à ninguna parte, fino que nos bolvamos por otro camino, pues nadie nos fuerça à que figamos este, donde tantos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hèm de seguir, dexame à mi el cuydado. Digo, pues, profiguiò Sancho, que en un lugar de Estremadura avia un pastor cabrerizo, quiero dezir, que guardava cabras, el qual pastor, ò cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamava Lope Ruÿz; y este Lope Ruÿz andava enamorado de una pastora que se llamava Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico. Si dessa manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos vezes lo que vas diziendo, no acabaràs en dos dias: Dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y fino, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondiò Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consèjas; y yo no sè contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisières, respondiò Don Quixote, que pues la fuerte quièra, que no pueda dexar de escucharte, profigue.

A S S I que, Señor mio de mi anima, profiguiò Sancho, que, como yà tengo dicho, este pastor andava enamorado de Torralva la pastora, que era una moça rolliza, zahareña,

y

y tirava algo à hombruna, porque tenia unos pocos vigòtes, que parece que aora la vèò. Luego conocistela tu? dixo Don Quixote. No la conocì yo, respondiò Sancho, pero quien me contò este cuento, me dixo, que era tan cierto, y verdadèro, que podia bien, quando lo contàsse à otro, afirmàr, y juràr, que lo avia visto todo. Assi que yendo dias, y viniendo dias, el diablo (que no duerme, y que todo lo añesca) hizo de manera, que el amor, que el pastor tenia à la pastora, se bolvièsse en omezillo, y mala voluntad; y la causa fuè, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le diò, tales, que pasàvan de la raya, y llegàvan à lo vedado: Y fuè tanto lo que el pastor la aborreciò de alli adelante, que por no verla, se quiso ausentàr de aquella tierra, è irse donde fus ojos no la vièssen jamas. La Torralva, que se viò desdeñada de Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le avia querido. Esta es natural condiciòn de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar à quien las quiere, y amàr à quien las aborrece. Passa adelante, Sancho.

SUCEDIÒ, pues, prosiguiò Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminò por los campos de estremadura para pasàrse à los Reynos de Portugal. La Torralva, que lo supo, se fuè tras èl, y seguiale à piè, y descalça desde lexos con un bordòn en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevava (segun es fama) un pedaço de espèjo, y otro de un pèyne, y no sè que botecillo de mudas para la cara: Mas llevàsse lo que llevàsse, que yo no me quièro meter aora en averiguàllo: Solo dirè, que dizen, que el pastor llegò con



fu ganado à passar el rio Guadiana, y en aquella fazon iva crecido, y casi fuera de madre; y por la parte que llegó no avia barca, ni barco, ni quien le passàsse à èl, ni à su ganado de la otra parte; de lo que se congojó mucho, porque veya, que la Torralva venia yà muy cerca, y le avia de dar mucha pesadumbre con sus ruègos y lagrimas: Mas tanto anduvo mirando, que viò un pescador, que tenia junto à si un barco tan pequeño, que solamente podian caber en èl una persona, y una cabra, y con todo esto le habló, y concertò con èl, que le passàsse à èl, y à trezientas cabras que llevava. Entrò el pescador en el barco, y passò una cabra: bolviò, y passò otra: Tornò à bolver, y tornò à passàr otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador và passàndo, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será possible contar mas palabra del. Sigo, pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte estava lleno de cieno, y resbaloso, y tardava el pescador mucho tiempo en ir, y bolver. Con todo esto bolviò por otra cabra, y otras, y otra. Haz cuenta que las passò todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabaràs de passàrlas en un año. Quantas han passado hasta aora? dixo Sancho. Yo que Diablos, sè, respondiò Don Quixote. Hè ay lo que yo dixè, que tuvièsse buena cuenta: Pues por Dios que se hà acabado el cuento, que no ay passàr adelante. Como puede ser esso? replicò Don Quixote: Tan de essencia de la historia es, sabèr las cabras que han passàdo por estenso, que si se hierra una del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No Señor, en ninguna manera,

manera, respondiò Sancho, porque assi como yo preguntè à vuestra merced, que me dixèssè quantas cabras avian pasado, y me respondiò, que no lo sabìa; en aquel mesmo instante se me fuè à mi de la memoria quanto me quedàva por dezir, y à fè que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que yà la història es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondiò Don Quixote, que tu has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ò història, que nàdie pùdo pensàr en el mundo, y que tal modo de contàrla, ni dexàrla, jamas se podrà ver, ni avrà visto en toda la vida; aunque no esperàva yo otra cosa de tu buen discurso: Mas no me maravillo, pues quiza estos golpes, que no cessan, te deven de tenèr turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondiò Sancho, mas yo sè, que en lo de mi cuento no ày mas que dezir, que alli se acàba, do comiènça el yerro de la cuenta del pasàge de las cabras. Acàbe no-rabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede movèr Rozinante. Tornòle à ponèr las piernas, y èl tornò à dàr saltos, y à estàrse quedo, tanto estàva de bien atado.

EN esto parece ser, ò que el frio de la mañana que yà venìa, ò que Sancho huvièssè cenado algunas cosas lenitivas, ò que fuèssè cosa natural (que es lo que mas se deve creèr) à èl le vino en voluntad, y desèo de hazèr lo que otro no pudièra hazèr por èl. Mas era tanto el miedo que avìa entrado en su coraçòn, que no osàva apartàrse un negro de uña de su amo. Pues pensàr que no avìa de hazèr lo que tenìa gana, tampoco era possible; y assi lo que hizo

A a 2

por



por bien de paz fuè, soltò la mano derecha, que tenia afi-  
da al arzòn trasèro, con la qual bonitamènte, y sin rumor  
alguno, se soltò la laçàda corrediza con que los calçones se  
sostenian sin ayùda de otra alguna, y en quitàndosela, die-  
ròn luego abaxo, y se le quedàron como grillos. Tras esto  
alçò la camisa lo mejor que pùdo, y echò al ayre entram-  
bas posadèras, (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto  
(que èl pensò que era lo mas que tenia que hazèr para sa-  
lir de aquel terrible aprièto y angùstia) le sobrevino otra  
mayor, que fuè, que le pareciò, que no podìa mudàrse sin  
hazèr estrèpito, y ruýdo, y començò à apretàr los dien-  
tes, y à encogèr los ombros, recogiendo en si el aliènto  
todo quanto podìa. Pero con todas estas diligencias fuè  
tan desdichado, que al cabo al cabo vino à hazèr un poco  
de ruýdo, bien diferente de aquel que à èl le ponìa tanto  
miedo. Oyòlo Don Quixote, y dixo: Que rumor es esse,  
Sancho? No sè, Señor, respondiò èl: Alguna cosa nuèva  
deve de fer, que las aventùras, y desventùras nunca co-  
miènçan por poco. Tornò otra vez à provàr ventura, y  
fucediòle tan bien, que sin mas ruýdo, ni alboroto que el  
pafsàdo, se hallò libre de la carga, que tanta pesadumbre le  
avia dado. Mas como Don Quixote tenia el sentido del  
olfàto tan vivo como el de los oýdos, y Sancho estàva tan  
junto, y cosido con èl, que casi por línea recta subian los  
vapores arriba, no se pùdo escùsar, que algunos no llegaf-  
sèn à sus narizes; y apènas huvieron llegado, quando èl fuè  
al socorro, apretàndolas entre los dos dedos, y con tono  
algo gangoso dixo: Parèceme, Sancho, que tienes mucho  
miedo? Si tengo, respondiò Sancho; mas en que lo echa  
de

de ver vuestra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca huèles, y no à ambar, respondiò Don Quixote. Bien podrà fer, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa fino vuestra merced, que me tràe à deshoras, y por estos no acostumbrados passòs. Retirate tres ò quatro allà, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes à la mia; que la mucha Conversacion que tengo con tigo, hà engendrado este menosprècio. Apostarè, replicò Sancho, que piensa vuestra merced, que yo hè hecho de mi persona alguna cosa que no deva. Peòr es mençallo, amigo Sancho, respondiò Don Quixote.

EN estos coloquiòs y otros semejantes passaron la noche amo, y moço. Mas viendo Sancho, que à mas andar se venìa la mañana, con mucho tiento desligò à Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se viò libre (aunque èl de fuyo no era nada brioso) parece que se refintiò, y començo à dar manotadas, porque corbetas (con perdon fuyo) no las sabìa hazer. Viendo, pues, Don Quixote, que ya Rozinante se movìa, lo tùvo à buena señal, y creyò que lo era de que acometièssè aquella temerosa aventura. Acabò en esto de descubrirse el Alva, y de parecer distintamente las cosas, y viò Don Quixote que estava entre unos arboles altos, que eran castaños, que hazen la sombra muy escura. Sintio tambien que el golpear no cesàva, pero no viò quien lo podia causàr: Y assi fin mas detenerse hizo sentir las espuelas à Rozinante, y tornando à despedirse de Sancho, le mandò que alli le aguardàsse tres dias

dias à lo mas largo, como yà otra vez se lo avia dicho; y que si al cabo dellos no huvièssè buelto, tuvièssè por cierto, que Dios avia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabàssen sus dias. Tornòle à referir el recado, y embaxada, que avia de llevar de su parte à su señora Dulcinea, y que en lo que tocava à la paga de sus servicios, no tuvièssè pena, porque èl avia dexado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante à su salario, Rata por cantidad del tiempo que huvièssè servido: Pero que si Dios le facava de aquel peligro sano, y salvo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida infula. De nuevo tornò à llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle hasta el ultimo transito, y fin de aquel negocio. Destas làgrimas y determinacion tan honrada de Sancho Pança faca el autor desta historia, que devia de ser bien nacido, ò por lo menos Christiano viejo: Cuyo sentimiento enterneciò algo à su amo, pero no tanto que mostràssè flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, començò à caminar hàzia la parte por donde le pareciò, que el ruýdo del agua, y del golpear venia, Seguiàle Sancho à piè, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro à su Jumento (perpètuo compañero de sus pròsperas, y advèrsas fortunas:) Y aviendo andado una buena pieça por entre aquellos castaños, y arboles sombríos, dièron en un pradecillo, que al piè de unas altas peñas se hazia, de las quales se precipitava un grandissimo golpe de agua. Al piè de las peñas estavan unas casas mal hechas, que mas parecian ruýnas

ruynas de edificios, que casas, de entre las quales advertieron, que salia el ruído, y estruendo de aquel golpear, que aun no cesava. Alborotose Rozinante con el estruendo del agua, y de los golpes, y fofegándole Don Quixote, se fue llegando poco à poco à las casas, encomendandose de todo coraçon à su Señora, suplicándole, que en aquella temerosa Jornada, y empresa le favorecièsse; y de camino se encomendava tambien à Dios, que no le olvidasse. No se le quitava Sancho del lado, el qual alargava quanto podia el cuello, y la vista por entre las piernas de Rozinante, por ver, si veria yà lo que tan suspenso, y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduvieron, quando, al doblar de una punta, pareció descubierta, y patente la misma causa, fin que pudièsse ser otra, de aquel horrifono, y para ellos espantable ruído, que tan suspensos, y medrosos toda la noche los avia tenido. Y eran (si no lo has, ò lector, por pesadumbre y enojo) seys maços de batàn, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formavan. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció, y pasmóse de arriba à baxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeça inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Mirò tambien Don Quixote à Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolia tanto con él, que à la vista de Sancho pudièsse dexar de reyrse, y como vió Sancho, que su amo avia comenzado; soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Quatro vezes fofegò y otras tantas bolvió à su risa con el mismo

mo Impetu que primero, de lo qual yà se dava al diablo Don Quixote; y mas quando le oyò dezir como por modo de fisga: Has de sabèr, ò Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, ò de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, y los valerosos fechos: Y por aqui fuè repitiendo todas ò las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyèron los temerosos golpes. Viendo, pues, Don Quixote, que Sancho hazìa burla dèl, se corrió y enojò en tanta manera, que alço el lançon, y le assentò dos palos, tales, que si como los recibì en las espaldas, los recibiera en la cabèça, quedàra libre de pagarle el salario, si no fuere à sus herederos. Viendo Sancho, que sacava tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasàsse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: foffieguèse vuestra merced, que por Dios, que me burlo. Pues porque os burlàys, no me burlo yo, respondiò Don Quixote. Venid acà, señor alegre, parèceos à vos, que si como estos fuèron maços de batàn, fuèran otra peligrosa aventura, no avia yo mostrado el animo, que convenìa, para emprendella, y acaballa? Estoy yo obligado, à dicha (siendo, como soy, cavallero) à conócèr y distinguir los fones, y saber quales son de batàn ò no? Y mas que podria fer (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los avrèys visto, como villano ruyn que foy, criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos, que estos seys maços se buèlvan en seys Jayànes, y echàdmelos à las barbas uno à uno, ò todos juntos; y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed

hazed de mi la burla que quisièredes. No aya mas, señor mio, replicò Sancho, que yo confieſſo, que hè andado algo riſueño en demasia: Pero digame vueſtra merced aora que eſtamos en Paz, aſſi Dios le ſaque de todas las aventuras, que le ſucedieren, tan ſano, y ſalvo como le hà ſacado deſta: No hà ſido coſa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hèmos tenido, alomènos èl que yo tùve; que de vueſtra merced yà yo sè que no le conoce, ni ſabe que es temor ni eſpanto? No niego yo, reſpondiò Don Quixote, que lo que nos hà ſucedido, no ſea coſa digna de riſa, pero no es digna de contarſe; que no ſon todas las perſonas tan diſcretas, que ſepan poner en ſu punto las coſas. Alomenos, reſpondiò Sancho, ſupo vueſtra merced poner en ſu punto el Lançon, apuntandome à la cabeça, y dandome en las eſpaldas: gracias à Dios, y à la diligencia que pùſe en ladearme. Pero vaya, que todo ſaldrà en la colàdo, que yo hè oýdo dezir: Eſſe te quiere bien, que te haze llorar: Y mas que ſuelen los principales ſeñores, tras una mala palabra que dicen à un criado, darle luego unas calças; aunque no sè lo que le ſuelen dar, tras averle dado de palos; ſi yà no es, que los Cavalleros andantes dan tras palos infulas, ò reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dizes, vinièſſe à ſer verdad: Y perdona lo paſſado, pues eres diſcreto y ſàbes, que los primeros movimientos no ſon en mano del hombre. Y eſtà advertido de aqui adelante en una coſa (para que te abſtengas, y reportes en el hablar demasiado con migo) que en quantos libros de Cavallerias hè leydo (que ſon infinitos) jamas he hallado, que ningun eſ-

T o m. I.

B b

cudero



cudero hablàsse tanto con su señor, como tu con el tuyo: Y en verdad que lo tengo à gran falta tuya, y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin escudero de Amadis de Gaula, conde fuè de la infula firme; y se lèe dèl, que siempre hablava à su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (*More Turquesco.*) Pues que diremos de Gafabàl, escudero de Don Galaòr, que fuè tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hazer diferencia de amo à moço, de Señor à criado, y de Cavallero à escudero: Assi que desde òy en adelante nos hèmòs de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, hà de fer mal para el càntaro. Las mercedes, y beneficios, que yo os hè prometido, llegaràn à su tiempo, y si no llegàren, el salàrio alomenos no se hà de perder, como yà os hè dicho. Està bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho, pero querria yo saber (por si à caso no llegàsse el tiempo de las mercedes, y fuèsse necessàrio acudir al de los salàrios) quanto ganàva un escudero de un Cavallero andante en aquellos tiempos? Y si se concertàvan por meses, ò por dias como peònes de albañir? No creo yo, respondiò Don Quixote, que jamàs los tales escuderos estuvièron à salàrio, sino à merced: Y si yo aora te le hè señaado à ti en el testamento cerrado, que dexè en mi casa, fuè por lo que podia suceder, que aun no sè, como prùeva en estos tan  
cala-

calamitosos tiempos nuestros la Cavalleria; y no querria, que por pocas cosas penassè mi anima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en èl no ay estado mas peligroso. que el de los aventureros. Assi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de un batàn pùdo alborotar, y defassoflegar el coraçon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced. Mas bien puede estàr seguro, que de aqui adelante no despliègue mis lãbios para hazèr donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuère para honrarle como à mi amo, y señor natural. Dessa manera, replicò Don Quixote, viviràs sobre la haz de la tierra, porque, despues de à los padres, à los amos se ha de respetar, como si lo fuèssen.

## C A P I T U L O XXI.

*Que trata de la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas à nuestro invencible cavallero.*

**E**N esto comencò à llover un poco, y quisièra Sancho, que se entràran en el molino de los batànes, mas aviales cobrado tal aborrecimiènto Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y assi torciendo el camino à la derecha mano, dièron en otro, como el que avian llevado el dia de antes. De alli à poco descubriò Don Quixote un hombre à cavallo, que trayà en la cabeça una cosa que relumbràva como si fuèra de oro, y apenas le hùvo visto, quando se bolviò à

B b 2

Sancho,



Sancho, y le dixo: Parèceme, Sancho, que no ay refràn que no sèa verdadèro, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las sciencias todas, especialmente aquel que dize: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porque si à noche nos cerrò la ventura la puerta de la que buscàvamos, engañàndonos con los batànes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor, y mas cierta aventura, que si yo no acertàre à entrar por ella, mia ferà la culpa, sin que la pùeda dar à la poca noticia de batànes, ni à la escuridad de la noche. Digo esto, porque fino me engaño, hàzia nosotros viène uno, que trae en su cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el Juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuèssen otros batànes, que nos acabàssen de batanar, y aporreàr el sentido. Vàlate el diablo por hombre, replicò Don Quixote, que và de yelmo à batànes? No sè nada, respondiò Sancho; mas a fè, que si yo pudièra hablar tanto como folia, que quicà dièra tales razones, que vuestra merced vièra, que se engaña en lo que dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydòr escrupuloso? Dixo Don Quixote. Dime, no ves aquel Cavallero, que hàzia nosotros viène sobre un cavallo rùzio rodado, que tràe puesto en la cabeça un yelmo de oro? Lo que yo veo, y columbro, respondiò Sancho, no es fino un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que tràe sobre la cabeça una cosa que relumbra. Pues effè es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote. Apartate à una parte, y dèxame con èl à solas, veràs quan sin hablar palabra,

bra, por ahorrar el tiempo, concluyó esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho, mas quiera Dios, torno à dezir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me mentèys, ni por pienso, mas esto de los batanes, dixo Don Quixote, que voto (y no digo mas) que os batanèe el alma. Calló Sancho, de temor que su amo no cumplierse el voto, que le avia echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso, que el yelmo, el cavallo, y Cavallero, que Don Quixote veyá, era esto: Que en aquel contorno avia dos lugares, el uno tan pequeño, que no tenia botica, ni barbero; y el otro, que estava junto à el, si; y allí el barbero del mayor servia al Menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traía una bazia de azòfar. Y quiso la fuerte, que al tiempo que venia, comenzó à llover, y porque no se le manchasse el sombrero (que devia de ser nuevo) se puso la bazia sobre la cabeça, y como estava limpia, desde media legua relumbrava. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion, que à Don Quixote le pareció cavallo ruzio rodado, y Cavallero, y yelmo de oro (Que todas las cosas que veyá, con mucha Facilidad las acomodava à sus desvariadas cavallerias, y mal andantes pensamientos:) Y quando el vió, que el pobre cavallero llegava cerca, sin ponerse con èl en razones, à todo correr de Rozinante le enristró con el lançon baxo, llevando intencion de passarle de parte à parte: Mas quando à èl llegava, sin detener la furia de su  
car-

carrera, le dixo: Defiendete, cautiva criatura, ò entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me deve. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, viò venir aquella fantasma sobre si, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fuè el dexarse caer del asno abaxo; y no hubo tocado al suelo, quando se levantò mas ligero que un gamo, y començò à correr por aquel llano, que no le alcançara el viento. Dexòse la bazia en el suelo, con la qual se contentò Don Quixote, y dixo, que el pagano avia andado discreto, y que avia imitado al castor, el qual viéndose acofado de los caçadores, se targa, y corta con los dientes aquello por lo que èl por instinto natural sabe, que es perseguido. Mandò à Sancho que alçasse el yelmo; el qual, tomàndola en las manos, dixo: Por Dios, que la bazia es buena, y que vale un real de à ocho como un maravedì: Y dándosela à su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeàndola à una parte, y à otra, buscàndole el encaxe, y como no se le hallava, dixo: Sin duda que el pagano, à cuya medida se forjò primero esta famosa celada, devia de tener grandissima cabeça; y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar à la bazia celada, no pudo tener la risa, mas vino se le à las mientes la cólera de su amo, y callò en la mitad della. De que te ries, Sancho? dixo Don Quixote. Ríome, respondió èl, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almète, que semeja à una bazia de barbero pintiparada. Sabes que imagino, Sancho? que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun extraño accidente devió de venir à manos de quien no supo  
cono-



J. Vanderbank inv. et Delin  
Vol. I. p. 190

Ger. Vander Gucht sculp.



conocer, ni estimar su valor; y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purissimo, devió de fundir la mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta, que parece bazia de barbero, como tu dizes; pero sea lo que fuere, que para mi, que la conozco, no haze al caso su transmutacion; que yo la adereçarè en el primer lugar donde aya herrero, y de fuerte, que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo, y forjo el Dios de las herrerias para el Dios de las batallas: Y en este entretanto la traerè como pudiese, que mas vale algo, que no nada; quanto mas, que bien serà bastante para defenderme de alguna pedrada. Esto ferà, dixo Sancho, fino se tira con honda, como se tiraron en la pelèa de los dos exercitos, quando le fantiguaron à vuestra merced las muelas, y le rompièron el alcuza donde venia aquel benditissimo brevaje, que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el averle perdido, que ya sabes tu, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondiò Sancho; pero si yo le hiziere, ni le provare mas en mi vida, aqui sea mi hora: Quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de averle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir à nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no ày que hazer otra cosa, fino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la fuerte, y la manta nos llevaren. Mal Christiano eres, Sancho, dixo, oyendo esto, Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: Pues sabete, que

es

es de pechos nobles, y generosos no hazer caso de niñerías. Que pie facaste cojo? Que costilla quebrada? Que cabeça rota? para que no se te olvide aquella burla, que bien apurada la cosa, burla fuè y passatiempo; que à no entenderlo yo assi, yà yo huvièra buelto allà, y huvièra hecho en tu vengança mas Daño, que el que hizieron los Griegos por la robada Elena; la qual, si fuèra en este tiempo, ò mi Dulcinea fuèra en aquel pudièra estar segura, que no tuvièra tanta fama de hermosa como tiene . . . y aqui diò un suspiro que le puso en las nubes. Y dixo Sancho passè por Burlas, pues la vengança no puede passàr en veras; pero yo sè de que calidad fueròn las veras, y las burlas, y sè tambien que no se me caeràn de la memoria como nunca se me quitaràn de las espaldas.

PERO dexando èsto à parte, dìgame vuestra merced: que harèmos deste cavallo rùzio rodado, que parece asno pardo, que dexò aqui desamparado aquel martino, que vuestra merced derribò, que segun èl puso los pies en polvorosa, y cogiò las de villadiego, no lleva Pergenio de bolver por èl jamas? Y para mis barbas, fino es bueno el rùzio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar à los que venço, ni es uso de cavalleria quitarles los cavallos, y dexarlos à piè; si yà no fuèsse que el vencedor huvièsse perdido en la pendencia el fuyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Assi que, Sancho, dexa esse cavallo, ò asno, ò lo que tu quisières que sèa, que como fu dueño nos vèa alongados de aqui, bolverà por èl. Dios sabe si quisièra llevarle, replicò Sancho, ò por lo menos trocarle con este mio, que

no

no me parece tan bueno, verdaderamente que son estrèchas las leyes de Cavalleria, pues no se estienden à dexar trocar un asno por otro; y querria saber, si podria trocar los aparejos, si quièra? En esso no estoy muy cierto, respondiò Don Quixote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo, que los truèques, si es que tienes dellos necesidad estrema. Tan estrema es, respondiò Sancho, que si fuèran para mi mesma persona, no los huvièra menester mas: Y luego habilitado con aquella licencia hizo mutacion *Caparum*, y puso su Jumento à las mil lindezas, dexàndole mejorado en tercio, y quinto. Hecho esto, almorçaron de las sobras del real, que de la azèmila despojaròn, y bevièron del agua del arroyo de los batanes; sin bolver la cara à mirarlos (tal era el aborrecimiènto que les tenian, por el miedo en que les avian puesto) cortada pues la colera, y aun la melancolia subièron à cavallo, y sin tomar determinàdo camino (por ser muy de cavalleros andantes el no tomar ninguno cièrto) se pusieron à caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso, el qual se llevava tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quièra que guiava, en buen amor, y compania. Con todo esto bolvièron al camino real, y figuièron por èl à la ventura sin otro desìgnio alguno.

YENDO, pues, assi caminando, dixo Sancho à su Amo: Señor, quièra vuestra merced darme licencia, que departa un poco con el; que despues que me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estòmago, y una sola, que aora tengo en el pico de la lengua, no quisièra que se mal lograssè? Dila,



dixo Don Quixote, y sè breve en tus razonamientos; que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo, pues, Señor, respondiò Sancho, que de algunos dias à esta parte he considerado quan poco se gana, y grangèa de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos, y encruzijadas de caminos, donde ya que se vençan, y acaben las mas peligrosas, no ày quien las vèa, ni sepa; y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuyzio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: Y assi me parece, que serìa mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuèssimos à servir à algun Emperador, ò à otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced mùestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimiento; que visto esto del Señor à quien sirvièremos, por fuerça nos ha de remunerar à cada qual segun sus Meritos; y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpètua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles: Aunque sè dezir, que si se usá en la Cavalleria escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal, Sancho, respondiò Don Quixote: Mas antes que se llegue à esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprovación, buscando las aventuras; para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que quando se fuere à la corte de algun gran Monarca, ya sèa el Cavallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le figan, y rodèn, dando

do voces, diciendo: Este es el Cavallero del fol, ò de la fierpe, ò de otra insignia alguna, debaxo de la qual huviere acabado grandes hazañas. Este es, diràn, el que venció en fingular batalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerça: El que defencantò al gran Mameluco de Perfia del largo encantamiento, en que avia estado casi nuevecientos años. Assi que de mano en mano iràn pregonando sus hechos; y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente parecerà à las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reyno, y assi como vèa al Cavallero, conociéndole por las armas, ò por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea, sus salgan mis Cavalleros, quantos en mi corte estàn, à recibir à la flor de la Cavalleria, que alli viene: A cuyo mandamiento saldràn todos, y el llegarà hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechissimamente, y le darà paz, besàndole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la Señora Reyna, à donde el Cavallero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra à duras penas se puede hallar. Sucederà tras esto luego incontinente, que ella ponga los ojos en el Cavallero, y el en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina, que humana; y sin saber como ni como no, han de quedar presos, y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se han de hablar, para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde alli le llevaràn sin duda à algun quarto del palacio ricamente adereçado, donde, aviendòle quitado las armas, le traeràn un rico mantòn de escarlata con



que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien, y mejor ha de parecer en Farsèto. Venida la noche cenarà con el Rey, Reyna, è infanta, donde nunca quitarà los ojos della, miràndola à furto de los circunstantes, y ella harà lo mesmo con la mesma sagacidad; porque, como tengo dicho, es muy discreta donzella. Levantàrse han las tablas, y entrarà à deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño Enano con una hermosa dueña, que entre dos Gigantes detras del Enano viène con cierta aventura hecha por un antiquissimo fabio, que el que la acabare, serà tenido por el mejor Cavallero del mundo. Mandarà luego el Rey, que todos los que estàn Presentes la prùeven, y ninguno le darà fin, y cima fino el Cavallero huesped en mucho pro de su fama; de lo qual quedará contentissima la Infanta, y se tendrá por contenta, y pagada ademàs, por aver puesto, y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este Rey, ò principe, ò lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como el; y el Cavallero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir à servirle en aquella guerra dicha. Daràsela el Rey de muy buen talante, y el Cavallero le befarà cortesmente las manos por la merced que le faze. Y aquella noche se despedirà de su Señora la infanta por las rejas de un Jardin, que càe en el aposento donde ella duerme, por las quales yà otras muchas vezes la avia sablado, siendo medianera, y sabidora de todo, una donzella de quien la infanta mucho se fia. Suspirarà el: desmayaràse ella: Traerà agua la donzella: acuytaràse mucho el, porque viene la mañana, y no querrìa que fuèssen descubiertos

cubiertos por la honra de su señora. Finalmente la Infanta bolverà en si, y darà sus blancas manos por la reja al Cavallero, el qual se las besará mil y mil vezes, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hazer saber sus buenos, o malos sucesos; y rogaràle la Princesa, que se detenga lo menos que pudiese. Prometèrselo hà el con muchos Juramentos. Tòrnale à besar las manos; y despídese con tanto Sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde alli à su aposento: echase sobre su lecho: No puede dormir del dolor de la partida: Madruga muy de mañana: Vase à despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: Dizenle, aviéndose despedido de los dos, que la señora Infanta està mal dispuesta, y que no puede recibir visita: Piença el Cavallero, que es de pena de su partida: Traspàsasele el Coraçon y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: Està la donzella medianera delante: Hào de notar todo: vafelo à dezir à su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que una de las mayores penas que tiene es, no saber quien seà su Cavallero, y si es de linage de Reyes ò no. Affegùrale la donzella, que no puede caber tanta cortesia, gentileza, y valentia como la de su Cavallero, fino en Sujeto real y grave. Consuèlase con esto la cuytada, y procùra alegrarse por no dar mal indicio de si à sus padres; y à cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el Cavallero: pelèa en la guerra: vence al enemigo del Rey: gana muchas ciudades: triunfa de muchas batallas: buelve à la corte: vè à su señora por donde fuele: Concièrtase que la pida à su padre por muger en pago de sus servicios;

servicios : No se la quiere dar el Rey porque no sabe quien es ; pero con todo esto, o robada, o de otra qualquier fuerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar, que el tal Cavallero es hijo de un valeroso Rey de no se que reyno, porque creo que no deve de estar en el mapa. Muere se el padre : hereda la Infanta : Queda Rey el Cavallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer mercedes a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa a su escudero con una donzella de la Infanta, que sera sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Esto pido, y barras derèchas, dixo Sancho. A esto me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose el *Cavallero de la triste figura*. No lo dudas, Sancho, replicò Don Quixote, porque del mesmo modo, y por los mesmos passos, que esto he contado, suben y han subido los Cavalleros andantes a ser Reyes y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Christianos, o de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa : Pero tiempo avrà para pensar esto ; pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda a la corte. Tambien me falta otra cosa ; que, puesto caso, que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el universo, no se yo, como se podria hallar, que yo sea de linage de Reyes, o por lo menos primo segundo de Emperador ? Porque no me querrà el Rey dar a su hija por muger fino està primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan

can mis famosos hechos. Assi que por esta falta temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hidalgo de solar conocido, de possession, y Propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser, que el sabio que escrivièsse mi historia, deslindasse de tal manera mi parentela, y descendencia, que me hallasse quinto, ò sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: Unos que traen, y derivan su descendencia de Principes, y Monarcas, à quien poco à poco el tiempo hà deshecho, y han acabado en punta como piràmide puesta al revès. Otros tuvièron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado hasta llegar à ser grandes señores. De manera que està la diferencia en que unos fuèron, que yà no son; y otros son, que yà no fuèron; y podia ser yo, de aquellos, que, despues de averiguado, huvièsse sido mi principio grande, y famoso; con lo qual se devia de contentar el Rey mi suegro, que huviere de ser: Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que à pesar de su padre, aunque claramente sepa, que soy hijo de un açacàn, me hà de admitir por señor, y por esposo: Y fino aqui entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo, ò la muerte hà de acabar el enojo de sus padres. Ay entra bien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerça: Aunque mejor quadrà dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Dìgolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar à entregarle à mi señora la Infanta, no ay fino como vuestra merced dize, roballa,

y

y trasponella. Pero està el daño, que en tanto que se hagan las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estar à diente en esto de las mercedes; si yà no es, que la Donzella tercera, que hà de fer su muger, se fale con la Infanta, y èl passà con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego darsela su señor por legitima esposa. Esto no ay quien te la quite, dixo Don Quixote. Pues como esto sea, respondiò Sancho, no ay fino encomendarnos à Dios, y dexar correr la fuerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondiò Don Quixote, como yo desseo, y tu, Sancho, has menester; y ruyn sea quien por Ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fuèras, no hazia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada; porque en haziendote Conde, càtate ay Cavallero; y digan lo que dixèren, que à buena fè, que te han de llàmar señoria, mal que les pese. Y montas, que no fabrica yo autorizar el litado? dixo Sancho. Dictado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea assi, respondiò Sancho Pança. Digo que le fabrica bien acomodar, porque por vida mia, que un tiempo fuy munidor de una cofradia, y que me asentava tan bien la ropa de munidor, que dezian todos, que tenia prescencia para poder ser prioste de la mesma cofradia. Pues que ferà quando me ponga un ropon ducal acueftas, ò me vista de oro y de perlas à uso de Conde estrangero? Para mi tengo que me han de venir à ver de  
cien

cien leguas. Bien pareceràs, dixo Don Quixote; pero ferà menester que te rapes las barbas à menudo, que segun las tienes de espèssas, aborrascàdas, y mal puèstas, fino te las rapas à navaja cada dos dias por lo menos, à tiro de escopeta se echarà de ver lo que eres. Que ày mas, dixo Sancho, fino tomar un barbero, y tenerle assalariàdo en casa; y aun si fuere menester, le harè que ande tras mi como Cavallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntò Don Quixote, que los Grandes llevan detras de si à sus Cavallerizos? Yo se lo dirè, respondiò Sancho. Los años passados estuve un mes en la corte, y alli vi, que passeàndose un Señor muy pequeño, que dezian, que era muy grande, un hombre le seguìa à Cavallo à todas las bueltas que dava, que no parecia fino que era su rabo. Preguntè, que como aquel hombre no se juntava con el otro, fino que siempre andava tras dèl? Respondièronme, que era su Cavallerizo, y que era uso de Grandes llevar tras si à los tales. Desde entonces lo sè tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que assi puedes tu llevar à tu barbero; que los usos no vinièron todos juntos, ni se inventaròn à una; y puedes ser tu el primero Conde, que lleve tras si su barbero; y aun es de mas confiança el hazer la barba, que enllar un cavallo. Quèdesse esso del barbero à mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir à ser Rey, y el hazerme Conde. Assi ferà, respondiò Don Quixote, y alçando los ojos viò lo que se dirà en el siguiente Capitulo.



## CAPITULO XXII.

*De la libertad que diò Don Quixote à muchos desdichados, que mal de su grado los llevavàn donde no quisèran ir.*

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arabigo, y Manchego, en esta gravissima, altisonante, minima, dulce, è imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha, y Sancho Pança su escudero passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte y uno quedan referidas: Que Don Quixote alçò los ojos, y viò que por el camino que llevava, venian hasta doze hombres à pie, enfartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con espas à las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de à cavallo, y dos de à Piè. Los de à cavallo con escopetas de rueda, y los de à pie con dardos, y espadas; y que assi como Sancho Pança los vidò, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que vâ à las galeras. Como gente forçada preguntò Don Quixote? Es possible que el Rey haga fuerça à ninguna gente? No digo esso, respondiò Sancho, sino que es gente, que por sus delitos vâ condenada à servir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolucion, replicò Don Quixote, como quèra que ello fea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerça y no de su voluntad. Assi es, dixo Sancho. Pues dessa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execucion de mi Oficio, desfazer fuerças, y focorrer, y acudir à los miserables.

ferables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la Justicia, que es el mesmo Rey, no haze fuerça, ni agràvio à semejante gente, fino que los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes; y Don Quixote, con muy corteses razones, pidiò à los que ivan en su guarda, fuèssen servidos de informalle, y dezille la causa, ò causas porque llevàvan aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de à cavallo respondiò, que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba à galeras, y que no avia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadiò à estas otras tales, y tan comedidas razones para moverlos à que le dixèssen lo que desseàva, que la otra guarda de à Cavallo le dixo: Aunque llevàmos aqui el registro, y la fè de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenèrnos à sacarlas, ni à leellas. Vuestra merced llègue, y se lo pregunte à ellos mesmos, que ellos lo diràn si quisieren; que si querràn, porque es gente que recibe gusto de hazer, y dezir vellaquerias. Con esta licencia (que Don Quixote se tomàra, aunque no se la dièran) se llegò à la cadena, y al primero le preguntò, que por que pecados iba de tan mala guisa? El le respondiò, que por enamorado iba de aquella manera. Por esso no mas replicò Don Quixote? Pues si por enamorados echan à galèras, dias ha, que pudièra yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced pienfa, dixo el galeote, que los mios fuèron, que quise tanto à una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracè con migo tan fuertemènte, que à no



quitarmela la Justicia por fuerça, aun hasta aora no la huvièra dexado de mi voluntad. Fuè en fragante; no hùvo lugar de tormento; concluyòse la causa; acomodàronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas; y acabòse la obra. Que son gurapas preguntò Don Quixote? Gurapas son galeras, respondiò el galeote, el qual era un moço de hasta edad de veynte y quatro anos; y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntò Don Quixote al segundo, el qual no respondiò palabra, segun iba de triste, y melancolico: Mas respondiò por el el primero, y dixo: Este, señor, và por canario: Digo, que por musico y cantor. Pues como, replicò Don Quixote, por musicos, y cantores van tambien à galeras? Si Señor, respondiò el galeote, que no ay peor cosa, que cantar en el ansia. Antes he yo oýdo dezir, dixo Don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Acà es al revès, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: Señor Cavallero, cantar en el ansia, se dize entre esta gente non Santa, confesàr en el tormento. A este pecador le dieròn tormento, y confesò fu delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias; y por aver confessado, le condenaron por seys años à galeras, amen de dozientos açotes, que yà lleva en las espaldas; y và siempre pensativo, y triste, porque los demas ladrones, que allà quedan, y aqui van, le maltratan, aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco porque confesò, y no tuvo animo de dezir *nones*; porque dizen ellos, que tantas letras tiene un *No* como un *Si*; y que harta ventura tiene un delincente, que està en su  
len-

lengua fu vida, ò fu muerte, y no en la de los testigos, y provanças; y para mi tengo, que no vãn muy fuera de camino. Y yo lo entièdo assi, respondiò Don Quixote: El qual passando al tercero, preguntò lo que à los otros; y el de presto, y con mucho desenfado respondiò, y dixo: Yo vòy por cinco años à las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo darè veynte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libràros dessa pesadùmbre. Effen me parece, respondiò el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se està muriendo de hambre, sin tenèr à donde compràr lo que hà menestèr. Dìgolo, porque si à su tiempo tuvièra yo effos veynte ducados, que vuestra merced aora me ofrèce, huvièra untado con ellos la pendola del escrivano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que oy me vièra en mitad de la plaça de Zocodovèr de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo: Pero Dios es grande, paciencia, y basta. Passò Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca, que le passava del pecho, el qual oyendose preguntàr la causa porque alli venia? Començò à lloràr, y no respondiò palabra: Mas el quinto condenado le firviò de lengua, y dixo: Este hombre honrado vè por quatro años à galeras, aviendo passeado las acostumbradas, vestido en pompa y à cavallo. Effen es, dixo Sancho Pança, à lo que à mi me parece, avèr salido à la verguença. Assi es, replicò el galeote, y la culpa porque le dièron esta pena es, por avèr sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. En efeto quièro dezir, que este Cavallero vè por alcahuète, y por tener assi mes-

mo

mo fus puntas, y collar de hechizèro. A no avèrle añadido effas puntas, y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuète limpio, no merecìa el ir à bogar en las galeras, fino à mandallas, y à sèr general dellas; porque no es assi como quièra el oficio de alcahuète, que es oficio de discretos y necessarissimo en la Republica bien ordenada, y que no le avìa de exercèr fino gente muy bien nacida: Y aun avìa de avèr veèdor y examinador de los tales, como le ày de los demas oficios con numero deputado, y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarìan muchos males, que se causan, por andàr este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiènto, como son Mugercillas de poco mas à menos, pagecillos, y truhànes de pocos años, y de poca experiencia, que à la mas necessaria ocasion, y quando es menestèr dàr una traça que importe, se les yelan las mìgas entre la boca, y la mano, y no sabèn qual es su mano derecha.

QUISIERA passàr adelante, y dàr las razones porque convenìa hazèr eleccion de los que en la republica avian de tenèr tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: Algun dia lo dirè à quien lo pueda proveèr, y remediàr. Solo digo aora, que la pena que me hà causado vèr estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuète, me la hà quitado el adjunto de sèr hechizèro: Aunque bien sè, que no ay hechizos en el mundo, que puedan movèr, y forçàr la voluntad, como algunos simples piensàn; que es libre nuestro alvedrìo, y no ày yèrva, ni encanto que le fuerce. Lo que fuelen hazèr algunas mugercillas simples, y algunos embusteros vellacos,

Ilacos es algunas mixturas, y venenos con que buelven locos à los hombres, dando à entender, que tienen fuerça para hazer querer bien, siendo, como digo, cosa impossible forçar la voluntad. Assi es, dixo el buen viejo, y en verdad, Señor, que en lo de hechizero, que no tève culpa; en lo de alcahuete no lo pude negar, pero nunca pensè, que hazìa mal en ello; que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgàsse, y vivièsse en paz, y quietud sin pependencias, ni penas; pero no me aprovechò nada este buen desèo para dexar de ir à donde no espero bolver, segun me cargan los años, y un mal de orina que llevo, que no me dexa repofar un rato: Y aqui tornò à su llanto comò de primero, y tève Sancho tanta Compassion, que facò un real de à quatro del seno, y se lo diò de limosna.

PASÒ adelante Don Quixote, y preguntò à otro, su delito: El qual respondiò con no menos, sino con mucha mas gallardìa que el passado: Yo voy aqui porque me burlè demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias. Finalmente tanto me burlè con todas, que resultò de la burla, crecèr la parentela tan intrincadamente, que no ày sumista que la declàre. Provòseme todo; faltò favòr; no tève dìneros; víme à pique de perder los tragaderos; sentenciàronme à galeras por seys años; consentì; castigo es de mi culpa; moço foy; dure la vida, que con ella todo se alcança. Si vuestra merced, Señor Cavallero, lleva alguna cosa con que socorrer à estos pobrètes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrèmos en la tierra cuydado de rogàr à Dios en nuestras oraciones por la vida, y salud de vuestra Merced,  
que

que sea tan larga, y tan buena, como fu buena presencia merece. Este iba en habito de estudiante; y una de las guardas dixo, que era muy grande hablador, y muy gentil latino.

TRAS todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treynta años; fino que al mirar, metia el un ojo en el otro: Un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pie, tan grande, que se la liava por todo el cuerpo, y dos argollas à la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman, *Guarda Amigo*, ò *Pie de Amigo*, de la qual decendian dos hierros, que llegavan à la cintura, en los quales se asian dos esposas, donde llevava las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar à la boca, ni podia baxar la cabeza à llegar à las manos. Preguntò Don Quixote, que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros? Respondiòle la guarda; porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos; y que era tan atrevido, y tan gran Vellaco, que aunque le llevavan de aquella manera, no ivan seguros del, fino que temian, que se les avia de huir. Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, fino han merecido mas pena que echarle à las galeras? Và por diez años, replicò la guarda, que es como muerte civil. No se quiera saber mas, fino que este buen hombre es el famoso gines de passamonte, que por otro nombre llaman, Ginesillo de parapilla. Señor comisario, dixo entonces el galeote, vaya se poco à poco, y no andemos aora à deslindar nombres y sobrenombres. Ginès me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte

monte es mi alcurnia, y no parapilla, como boace dize; y cada uno se dà una buelta à la redonda, y no harà poco. Hable con menos tono, replicò el comisàrio, Señor ladrón de mas de la marca, fino quiere, que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondiò el galeote, que và el hombre como Dios es servido, pero algun dia sabrà alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, ò no. Pues no te llaman affi, embuftero? dixò la guarda. Si llaman, respondiò Ginès, mas yo harè que no me lo llamen, ò me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor Cavallero, si tiene algo que darnos, dènoslo yà, y vaya con Dios, que yà enfada con tanto querer saber vidas ajenas, y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Ginès de Passamonte, cuya vida està escrita por estos pulgàres. Dize verdad, dixò el comisàrio, que èl mesmo hà escrito su història, que no ày mas que desèar, y dexa empeñado el libro en la carcel en dozientos reales. Y le pienso quitar, dixò Ginès, si quedàra en dozientos ducados. Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondiò Ginès, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se han escrito, ò escrivièren. Lo que le sè dezir à boace es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no puede aver mentiras que se les igualen. Y como se intitula el Libro preguntò Don Quixote? *La vida de Ginès de Passamonte*, respondiò èl mismo. Y està acabado preguntò Don Quixote? Como puede estar acabado, respondiò el, si aun no està acabada mi vida? Lo que està escrito es desde mi nacimiento hasta el punto, que esta ultima vez me han echado à galèras. Luego otra



vez avèys estado en ellas? dixò Don Quixote. Para fervir à Dios, y al Rey otra vez hè estado quatro años; y yà sè à que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondiò Ginès: Y no me pesa mucho de ir à ellas, porque alli tendrè lugar de acabàr mi libro; que me quedan muchas cosas que dezir, y en las galeràs de España ày mas Sossiego de aquel que ferìa menestèr, aunque no es menestèr mucho mas, para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sè de coro. Abil pareces dixo Don Quixote? Y desdichado, respondiò Ginès; porque siempre las desdichas perfiguen al buen ingenio. Perfiguen à los vellacos, dixò el comissario. Ya le hè dicho, Señor comissario, respondiò Passamonte, que se vaya poco à poco; que aquellos Señores no le dièron essa vara para que maltratàsse à los pobrètes, que aqui vàmós, sino para que nos guiàsse, y llevàsse à donde fu Magestad manda: Sino por vida de... basta, que podria ser, que salièssen algun dia en la colada las manchas, que se hizieron en la venta: Y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminèmos, que ya es mucho regodèo este. Alçò la vara en alto el comissario para dar à Passamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se pùso en medio, y le rogò, que no le maltratàsse, pues no era mucho, que quien llevava tan atadas las manos, tuvièsse algun tanto suelta la lengua: Y bolviendose à todos los de la cadèna, dixo: De todo quanto me avèys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas; las penas, que vays à padecèr, no os dan mucho gusto; y que vays à ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad; y que podria ser,

fer, que el poco animo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido Juyzio del Juez havièsse sido la causa de vuestra perdicion, y de no aver salido con la Justicia que de vuestra parte teniades: Todo lo qual se me representa à mi aora en la Memoria de manera, que me està diziendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efecto para que el Cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en èl la orden de Cavalleria que professò, y el voto que en ella hize de favorecer à los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque sè, que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien, no se haga por mal, quiero rogàr à estos señores guardianes, y comissarios, seàn servidos de desataros, y dexaros ir en Paz, que no faltaràn otros que sirvàn al Rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso, hazer esclàvos à los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: Allà se lo aya cada uno con su pecado. Dios ay en el Cielo, que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados seàn verdugos de los otros hombres, no yèndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y fosiègo, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceròs: Y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada con el valor de mi Braço haràn, que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondiò el comissario: bueno està el donayre con que hà salido à cabo de rato. Los forçados del Rey quiere que le dexèmos, como si tu-



viéramos autoridad para foltárlas, ò el la tuviéra para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, Señor, norabuena fu camino adelante, y enderècese essa bazía que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco, respondió Don Quixote; y diziendo, y haziendo, arremetiò con el tan presto, que fin que tuvièsse lugar de ponerse en defenfa, diò con el en el fuelo mal herido de una lançada: Y avinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaròn atò-nitas, y fuspensas del no esperado acontecimiento; pero bolviendo sobre si, pufièron mano à sus espadas los de à cavallo, y los de à piè à sus dardos, y arremetièron à Don Quixote, que con mucho Soffiego los aguardàva, y fin duda lo pasàra mal, si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuràran, procurando romper la cadèna donde venian enfartados. Fuè la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir à los Galeotes que se defatàvan, ya por acometer à Don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que fuèsse de provecho. Ayudò Sancho por su parte à la foltura de Ginès de Passamonte, que fuè el primero que faltò en la campaña libre y desembaraçado; y arremetiendo al comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual, apuntàdo al uno, y señalando al otro, fin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fuèron huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas, que los ya fultos galeotes les tiràvan.

ENTRISTECIÒSE mucho Sancho deste suceffo, porque se le representò, que los que ivan huyendo, avian de dar





J. Vanderbank del.  
Vol. 1. p. 213.

A. Baron. scul.

15

dar noticia del caso à la santa Hermandad, la qual à campana herida faldria à buscar los delinquentes, y assi se lo dixò à su amo, y le rogò, que luego de alli se partièssen, y se emboscàssen en la sierra, que estàva cerca. Bien està esso, dixo Don Quixote, pero yo sè lo que aora conviene que se haga; y llamando à todos los galeòtes, que andàvan alborotados, y avian despojado al comisiario hasta dexarle en cueros, se le pufieron todos à la redonda para ver lo que les mandava, y assi les dixo. De gente bien nacida es, agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados, que mas à Dios ofende, es la ingratitud. Dìgolo, porque yà avèys visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi avèys recebido; en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados dessa cadèna que quitè de vuestros cuellos, luego os pongàys en camino, y vàys à la ciudad del Toboso, y alli os presentèys ante la sehora Dulcinea del Toboso, y le digàys, que fu Cavallero, *El de la triste Figura*, se le embia à encomendar; y le contèys punto por punto todos los que hà tenido esta famosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad: Y hecho esto, os podrèys ir donde quisièredes à la buena ventura. Respondiò por todos Ginès de Passamonte y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, sehor y libertador nuestro, es imposible de toda impossibilidad cumplirlo, porque no podèmos ir juntos por los caminos, sino solos, y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna hà de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hazer, y es justo que haga es, mudar esse servicio,

cio, y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave-Marias, y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced; y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia, huyendo, ò reposando, en paz, ò en guerra: Pero pensar que hēmos de bolver aora à las ollas de Egipto, digo, à tomār nuestra cadena, y à ponērnos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia; y es pedir à nosotros esto, como pedir peras al olmo. Pues voto à tal, dixo Don Quixote (ya puesto en cōlera) Don hijo de la puta, Don Ginesillo de Parapillo, ò como os llamays, que avēys de ir vos solo, rabo entre piernas, con la cadena acuestas. Passamonte, que no era nada bien sufrido, estando yà enterado, que Don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate avia cometido, como el querer darles libertad) viendo se tratar de aquella manera, hizo del ojo à los compañeros, y apartandose à parte, començaron à llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se dava manos à cubrirse con la rodela; y el pobre de Rozinante no hazia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nube, y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tambien Don Quixote, que no le acertassen no sē quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça, que dieron con el en el suelo; y apenas huvò caydo, quando fuè sobre el el estudiante, y le quitò la bazià de la cabeza, y diòle con ella tres, ò quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que casi la hizo pedazos. Quitaronle una ropilla que traya sobre las armas; y las medias calças

calças le querian quitàr, si las grevas no lo estorvàran. A Sancho le quitàron el gavàn, y dexàndole en pelòta, repartièndo entre si los demàs despojos de la batalla, se fuèron cada uno por su parte con mas cuydado de escapàrse de la Hermandad que temian, que de cargàrse de la cadena, è ir à presentàrse ante la señoira Dulcinea del Toboso. Solos quedàron el Jumento y Rozinante, Sancho y Don Quixote: El Jumento cabizbaxo, y pensativo, sacudièndo de quando en quando las orejas, pensando que aun no avia cessado la borràsca de las piedras, que le zumbàvan los oydos; Rozinante tendido junto à su amo, que tambien vino al suèlo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de vèrse tan mal parado por los mismos à quien tanto bien avia hecho.

## CAPITULO XXIII.

*De lo que le aconteciò al famoso Don Quixote en sierra Morena, que fuè una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.*

**V**IENDOSE tan mal parado Don Quixote, dixo à su escudèro: Siempre, Sancho, lo hè oydo dezir, que el hazèr bien à villanos, es echàr agua en la Mar. Si yo huvièra creydo lo que me dixiste, yo huvièra escusado esta pesadumbre; pero yà està hecho: Paciencia, y escarmentàr para desde aqui adelante. Assi escarmentarà vuestra merced, respondiò Sancho, como yo foy Turco: Pero pues  
dize



dize que si me huvièra creydo, se huvièra escufado este da-  
 ño, crèame aora, y escufarà otro mayor; porque le hago  
 fabèr, que con la santa Hermandad no ày ùsar de Cavalle-  
 rias; que no se le dà à ella por quantos Cavalleros andantes  
 ày dos maravedis: Y sepa, que yà me parece, que fus faè-  
 tas me zumban por los oydos. Naturalmènte eres cobar-  
 de, Sancho, dixo Don Quixote, pero porque no digas que  
 foy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por  
 esta vez quièro tomàr tu consejo, y apartàrme de la fùria  
 que tanto temes; mas ha de sèr con una condicion, que  
 jamas en vida, ni en muerte has de dezir à nadie, que yo  
 me retirè, y apartè deste peligro, de miedo, sino por com-  
 plazèr à tus ruègos; que si otra cosa dixères, mentiràs en  
 ello, y desde aora para entonces, y desde entonces para aora  
 te desmiènto, y digo que mientes, y mentiràs todas las ve-  
 zes que lo pensàres, ò lo dixères: Y no me repliques mas;  
 que en solo pensàr, que me aparto, y retiro de algun peli-  
 gro, especialmènte deste, que parece que lleva algun, es, no  
 es, de sombra de miedo, estòy ya para quedàrme, y para  
 aguardàr aqui solo, no solamènte à la santa Hermandad,  
 que dizes y tèmes, sino à los hermanos de los doze Tribus  
 de Israèl, y à los siete Machabeos, y à Castor, y à Polux,  
 y aun à todos los hermanos, y hermandades que ày en el  
 mundo. Señor, respondiò Sancho, el *retiràrse* no es *buyr*,  
 ni el *esperàr* es *cordura*, quando el peligro sobrepuja à  
 la esperança; y de sabios es, guardàrse oy para mañana,  
 y no aventuràrse todo en un dia: Y sepa, que aunque Zà-  
 fio, y villano, toda via se me alcança algo desto que lla-  
 man, buen gobièrno: Assi que no se arrepienta de avèr to-  
 mado

mado mi consejo, fino suba en Rozinante, si puede, ò fino yo le ayudarè, y sigame; que el caletre me dize, que hèmòs menester aora mas los pies que las manos. Subiò Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que alli junto estàva, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, è ir à salir al Viso, ò à Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscàsse. Animòle à esto aver visto, que de la refriega de los galeotes se avia escapado libre la despenfa, que sobre su asno venia: Cosa que la juzgò à milagro, segun fuè lo que llevaron, y buscaron los galeotes.

AQUELLA noche llegaron à la mitad de las entrañas de Sierra Morena, à donde le pareciò à Sancho passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que duràsse el matalotaje, que llevava: Y assi hizieron noche entre dos peñas y entre muchos Alcornocues. Pero la fuerte fatàl, que, segun Opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guìa, guifa, y compone à su modo, ordenò, que Ginès de Passamonte el famoso embustero, y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se avia escapado, llevado del miedo de la fanta Hermandad (de quien con justa razon temia) acordò de esconderse en aquellas montañas, y llevòle su fuerte, y su miedo à la misma parte, donde avia llevado à Don Quixote y à Sancho Pança, à hora, y tiempo que los pudo conocer, y à punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desàgradecidos, y la necesidad



sèa ocasion de acudir à lo que se deve, y el remedio presente vença à lo por venir; Ginès, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acordò de hurtar el asno à Sancho Pança, no curàndose de Rozinante por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormìa Sancho Pança; hurtòle fu Jumento; y antes que amanecièsse, se hallò bien lexos de poder ser hallado. Saliò el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Pança, porque hallò menos fu Rùzio, el qual vièndose fin èl, començò à hazer el mas triste, y doloroso llanto del mundo; y fuè de manera, que Don Quixote despertò à las voces, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, Brinco de mis hijos, regalo de mi muger, envidia de mis vezinos, alivio de mis cargas, y finalmente Sustento de la mitad de mi persona, porque con veynte y seys maravedis que ganàva contigo cada dia, mediàva yo mi dispenfa.

Don Quixote que oyò el llanto y supo la causa, consolò à Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogò que tuvièsse paciencia, prometièndole de darle una cedula de Cambio, para que le dièssen tres en su casa de cinco que avia dexado en ella. Consolòse Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templò sus folloços, y agradeciò à Don Quixote la merced que le hazia: El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, parecièndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscàva. Reduziansele à la memoria los maravillosos acacimientos, que en semejantes soledades y asperezas avian sucedido à Cavalleros andantes. Iva pensando en estas cosas,  
tan

tan enbebecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordava: Ni Sancho llevava otro Cuydado (despues que le pareció que caminava por parte segura) fino de fatisfazer su estómago con los relieves, que del despojo clerical avian quedado, y allí iba tras su amo, sentado à la mugeriega sobre su Jumento, sacando de un costal, y embaulando en su Pança; y no se le dièra por hallar otra Aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alçò los ojos, y viò que su amo estàva parado, procurando con la punta del lançon alçar no sè que bulto, que estàva cayendo en el suelo, por lo qual se diò priessa à llegar à ayudarle, si fuèsse menester; y quando llegò, fue à tiempo, que alçava con la punta del lançon un coxin, y una maleta afida à èl, medio podridos, ò podridos del todo, y deshechos; mas pesava tanto, que fuè necessàrio, que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandòle su amo, que vièsse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena, y su candado, por lo roto y podrido della viò lo que en ella avia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas, que limpias; y en un pañuelo hallò un buen montonzillo de escudos de oro; y allí como los viò, dixo: Bendito sea todo el Cielo, que nos ha deparado una aventura, que sea de provecho; y buscando mas, hallò un librillo de memoria ricamente guarnecido. Este le pidió Don Quixote, y mandòle que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besòle las manos Sancho por la merced; y desbalijando à la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa; todo lo qual



visto por Don Quixote, dixo: Parèceme, Sancho, (y no es possible que sèa otra cosa) que algun caminante descaminado deviò de passar por esta tierra, y falseándole malandrines, le devièron de matar, y le truxèron à enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser esto, respondió Sancho, porque si fuèran ladrones, no se dexàran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo Don Quixote, y assi no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser: Mas espèrate, verèmos, si en este librito de memoria ày alguna cosa escrita, por donde podàmos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriòle, y lo primero que hallò en èl escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fuè un soneto, que leyèndole alto porque Sancho tambien lo oyèsse, viò que dezia desta manera.

O le falta al amor conocimiento,  
 O le sobra crueldad, ò no es mi pena  
 Igual à la ocasion, que me condena  
 Al genero mas duro de tormento.  
 Pero si amor es Dios, es argumento,  
 Que nada ignora; y es razon muy buena,  
 Que un Dios no sèa cruel: Pues quien ordena  
 El terrible dolor, que adoro y siento?  
 Si digo que soys vos, Fili, no acierto;  
 Que tanto mal en tanto bien no cabe,  
 Ni me viene del Cielo esta ruyna.  
 Presto avrè de morir, que es lo mas cierto,  
 Que al mal, de quien la causa no se sabe,  
 Milagro es acertar la medicina.

Por

Por effa Troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si yà no es que por esse hilo que està ay, se saque el ovillo de todo. Que hilo està aqui? dixo Don Quixote. Parèceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ay hilo. No dixes fino fili, respondiò Don Quixote; y este fin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste foneto: Y à fè que dève de ser razonable poëta, ò yo sè poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entien- de à vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu pien- fas, respondiò Don Quixote, y veràslo quando lleves una carta, escrita en verso de arriba à baxo, à mi señora Dul- cinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos, ò los mas Cavalleros andantes de la edad passada eran grandes trovadores, y grandes musicos; que estas dos ha- bilidades, ò gracias por mejor dezir, son anexas à los ena- morados andantes: verdad es, que las coplas de los passa- dos Cavalleros tienen mas de espiritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallarà algo que nos satisfaga. Bolviò la hoja Don Quixote, y dixo: Esta es prosa, y parece carta. Carta missiva, señor? preguntò Sancho. En el principio no parece fino de amores, res- pondiò Don Quixote. Pues lèa vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo Don Quixote, y leyèndola alto, como Sancho se lo avia rogado, viò que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desventùra me llevan à parte, donde antes bolveràn à tus oýdos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechàsteme, ò ingrata, por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo:



yo: mas si la virtud fuèra riqueza que se estimàra, no envidiàra yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantò tu hermosura, han derribado tus obras. Por ella entendì que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quèdate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo, que los engaños de tu esposo estèn siempre encubiertos, porque tu no quedas arrepentida de lo que hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desèo.

ACABANDO de leèr la carta, dixo Don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede facar mas, de que quien la escriviò es algun desdeñado amante: Y hojeando casi todo el librito, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leèr, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianças, favores, y sinfavores, favores, y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote passava el libro, passava Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin, que no buscàsse, escudriñàsse, è inquirièsse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenàsse, porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: Tal golosina avian despertado en el los hallados escudos, que passavan de ciento. Y aunque no hallò mas de lo hallado, diò por bien empleados los buelos de la manta, el vomitèr del brevaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gavàn, y toda la hambre, sed, y Cansancio, que avia passado en servicio de su buen seño; pareciéndole que estàva mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

C O N

CON gran desèo quedò el Cavallero de la triste Figura de saber, quien fuèsse el dueño de la maleta, conjeturando por el sonèto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que devìa de ser de algun principal enamorado, à quien desdenes, y malos tratamientos de su Dama devian de avèr conduzido à algun desesperado termino: Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curò de mas, que de pasàr adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde el podia caminar: Siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura.

YENDO, pues, con este pensamiento, viò, que por cima de una Montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata con estraña ligereza. Figuròsele que iba desnudo, la barba negra, y espesa, los cabellos muchos, y rebul-tados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calçones, al parecer, de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traya la cabeça descubierta; y aunque pasò con la ligereza que se hà dicho, todas estas menudencias mirò, y notò el Cavallero de la triste Figura; y aunque lo procurò, no pudo seguille, porque no era dado à la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de fuyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò Don Quixote, que aquel era el dueño del coxìn, y de la malèta; y propùso en sì de bufcalle, aunque supiéffe andar un año por aquellas montañas,

ñas, hasta hallarle; y assi mandò à Sancho, que se apeàsse del asno, y atajàsse por la una parte de la montaña, que el irìa por la otra, y podria fer, que topàsien con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta prièssa se les avia quitado de delante. No podrè hazer esso, respondiò Sancho, porque en apartàndome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobrefaltos, y visiones. Y sirvale esto que digo de aviso, para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Assi serà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quièras valèr de mi animo, el qual no te hà de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: Y vente aora tras mi poco à poco, ò como pudières; y haz de los ojos lanternas, rodearèmos esta Serreçuela, quiçà toparèmos con aquel hombre que vimos, el qual, sin duda alguna, no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondiò: Harto mejor serà no buscarle, porque si le hallàmos, y à caso fuèsse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr; y assi fuèra mejor, sin hazer esta inutil diligencia, posseerlo yo con buena fè, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente parecièra su verdadero seño, y quiçà fuèra à tiempo que lo huvièra gastado, y entonces el Rey me harìa franco. Engañaste en esso, Sancho, respondiò Don Quixote, que yà que hèmòs caydo en sospecha de quien es el dueño estàmos obligados à buscarle, y bolvèrselos; y quando no le buscàssemos, la vehemente sospecha que tenèmos, de que el lo sèa, nos pone ya en tanta culpa, como si lo fuèsse: Assi que, Sancho amigo, no te dè pena el buscallo,  
por

por la que à mi se me quitarà, si le hállo: Y assi picò à Rozinante, y figuiòle Sancho con su acostumbrado Jumento; y avièdo rodeado parte de la montaña, hallàron en un arroyo, cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula enfillada, y enfrenàda: todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha de que aquel que huýa, era el dueño de la mula, y del coxin.

ESTANDOLA mirando, oyèron un filvo como de pastor, que guardàva ganado; y à deshora à su finiestra mano parecièron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareciò el cabrero que las guardàva, que era un hombre anciano. Diòle voces Don Quixote, y rogòle que baxàsse donde estàva. El respondiò à gritos, que quien les avia traydo por aquel lugar, pocas, ò ningunas vezes pisado fino de pies de cabras, ò de lobos, y otras fieras, que por allí andàvan? Respondiòle Sancho, que baxàsse, que de todo le darían buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando à donde Don Quixote estàva, dixo: Apostarè, que està mirando la mula de alquiler, que està muerta en esta hondonada: Pues à buena fè, que hà ya seys meses, que està en este lugar. Diganme, han topàdo por ay à su dueño? No hèmòs topado à nadie, respondiò Don Quixote, fino à un coxin, y à una maletilla, que no lexos deste lugar hallàmos. Tambien la hallè yo, respondiò el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar à ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidièssen por de hurto; que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como ni como no. Esto mesmo es lo que yo digo,



respondió Sancho, que tambien la hallè yo, y no quise llegar à ella con un tiro de piedra: Alli la dexè, y alli se queda como se estàva, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo Don Quixote, fabeys vos, quien sèa el dueño destas prendas? Lo que sabrè yo dezir, dixo el cabrero es, que avrà al piè de seys meses poco mas ò menos, que llegò à una majada de pastores, que estarà como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle, y apostura, Cavallero sobre essa mesma mula, que ay està muerta, y con el mesmo coxìn, y maleta, que dezis, que hallastes, y no tocastes. Preguntònos, que qual parte desta sierra era la mas aspera y escondida? Dixìmosle, que era esta donde aora estàmos; y es assi la verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quicà no acertarèys à salir: Y estoy maravillado de como avèys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni fenda que à este lugar encamine. Digo, pues, que en oyèndo nuestra respuesta el mancebo, bolviò las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalamos, dexàndonos à todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priesa con que le via-mos caminar, y bolverse hàzia la sierra: Y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que de alli à pocos dias saliò al camino à uno de nuestros Pastores, y sin dezille nada, se llegò à el, y le diò muchas puñadas y cozes, y luego se fuè à la borrìca del hato, y le quitò quanto pan, y queso en ella traÿa; y con estraña ligereza, hecho esto, se bolviò à entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabre-ros, le anduvimos à buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en  
el

el huèco de un gruèssò, y valiente alcornòque. Saliò à nosotros con mucha mansedumbre, yà roto el vestido, y el rostro desfiguràdo, y tostado del sol de tal fuèrte, que apenas le conocimos, fino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dièron à entender, que era el que buscàvamos. Saludònos cortefmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillàffemos de verle andar de aquella fuerte, porque assi le convenia para cumplir cierta penitencia, que por sus muchos pecados le avia sido impuesta. Rogàmosle, que nos dixèsse quien era? Mas nunca lo pudimos acabar con el. Pedimosle tambien, que quando huvièsse menester el sustento, sin el qual no podia passàr, nos dixèsse donde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuydado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuèsse de su gusto, que alomenos falièsse à pedirlo, y no à quitarlo à los pastores. Agradeciò nuestros ofrecimiètos; pidiò perdon de los asfaltos passàdos, y ofreciò de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna à nadie. En quanto lo que tocàva à la estancia de su habitacion, dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomava la noche; y acabò su platica con un tan tierno llanto, que bien fuèramos de piedra los que escuchado le aviamos, si en el no le acompañàramos, considerandole como le aviamos visto la vez primera, y qual le veyamos entonces: porque, como tengo dicho, era un muy gentil, y agraciado mancebo; y en sus cortefes, y concertadas razones mostrava ser bien nacido, y muy cortefana persona: Que puesto que èramos rusticos los que le escuchàvamos, su genti-



leza era tanta, que bastava à darse à conocer à la mesma rusticidad. Y estàdo en lo mejor de su plática, parò y enmudeciòse: Clavò los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspenfos, esperando en que avia de parar aquel envelesamiento, con no poca lastima de verlo; porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras vezes 'cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le avia sobrevenido: Mas el nos diò à entender presto, ser verdad lo que pensavamos; porque se levantò con gran furia del suelo, donde se avia echado, y arremetiò con el primero que hallò junto à si con tal denuedo y rabia, que fino se le quitàramos, le matàra à puñadas y à bocados: Y todo esto hazia, diciendo: A fementido Fernando! Aqui, aqui me pagaràs la finrazon, que me hiziste: Estas manos te facaràn el coraçon donde albergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: Y à estas añadia otras razones, que todas se encaminàvan à dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y fementido. Quitàmossele pues, con no poca pesadumbre; y el, sin dezir mas palabra, se apartò de nosotros, y se emboscò, corriendo por entre estos Xarales, y Malèzas, de modo, que nos impossibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia à tiempos, y que alguno, que se llamava Fernando, le devia de aver hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostrava el termino à que le avia conduzido: Todo lo qual se hà confirmado despues acà con las vezes (que han  
fido

fido muchas) que el hà salido al camino; unas à pedir à los pastores, le den de lo que llevan para comer; y otras à quitarfelo por fuerça; porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, fino que lo toma à puñadas; y quando està en su seso, lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, Señores, profiguiò el cabrero, que ayer determinàmos yo y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallèmos, y despues de hallado, yà por fuerça, yà por grado le hèmòs de llevar à la villa de Almodovar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curarèmos, si es que su mal tiene cura, ò fabrèmos quien es, quando estè en su seso, y si tiene parientes à quien dar noticia de su desgracia. Esto es, Señores, lo que fabrè deziros de lo que me avèys preguntado; y entendèd que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez (que ya le avia dicho Don Quixote, como avia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.) El qual quedò admirado de lo que al cabrero avia oýdo, y quedò con mas desèo de saber quien era el desdichado loco; y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña sin dexar rincon, ni cueva en ella, que no miràsse hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que el pensava, ni esperava; porque en aquel mesmo instante pareciò por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estàvan, el Mancebo que buscavan, el qual  
venia

venìa hablando entre si cosas, que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se hà pintado, solo que llegando cerca, viò Don Quixote, que un colete hecho pedaços que sobre si traÿa, era de ambar, por donde acabò de entender, que persona que tales habitos traÿa, no devìa de ser de infima calidad. En llegando el mancebo à ellos, los saludò con una voz desentonada, y bronca, pero con mucha cortesìa. Don Quixote le bolviò las saludes con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fuè à abraçar, y le tuvo un buen espàcio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huviera conocido. El otro, à quien podèmos llamar, *El Roto de la mala Figura* (como à Don Quixote el de la Triste) despues de averse dexado abraçar, le apartò un poco de si, y puestas sus manos en los ombros de Don Quixote, le estuvo mirando, como que querìa ver, si le conocìa; no menos admirado, quiçà, de ver la figura, talle, y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estàva de verle à el. En resolucion el primero que hablò despues del abraçamiento, fuè el roto, y dixo lo que se dirà adelante.

## C A P I T U L O XXIV.

*Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.*

**D**IZE la història, que era grandissima la atencion con que Don Quixote escuchàva al astrofo Cavallero de la fierra, el qual, prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto, Señor quien quiera que seays, que aunque yo no os conozco,



J. van der Bank inv. et Delin.  
Vol. 1. p. 230.

Ger. Vander Gucht sculp. 46



nozco, yo os agradezco las muestras, y la cortésia que conmigo avèys usado; y quisièra yo hallarme en terminos, que con mas que la voluntad pudièra servir la que avèys mostrado tenerme en el buen acogimiento, que me avèys hecho: Mas no quiere mi fuerte darme otra cosa con que corresponda à las buenas obras que me hazen, que buenos desèos de satisfazerlas. Los que yo tengo, respondiò Don Quixote, son de serviros, tanto, que tenìa determinado de no salir destas fierras hasta hallàros, y saber de vos, si al dolor que en la esotrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podìa hallar algun genero de remedio; y (si fuèra menester) buscarle, con la diligencia possible: Y quando vuestra desventura fuèra de aquellas que tienen cerradas las puertas à todo genero de consuelo, pensàva ayudàros à llorarla, y à plañirla como mejor pudièra (que toda via es consuelo en las desgracias, hallar quien se duela dellas.) Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortésia, yo os suplico, señor, por la mucha que veo, que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas avèys amado, ò amays, que me digays quien soys, y la causa que os hà traydo à vivir y à morir entre estas soledades como bruto animal, pues moràys entre ellos tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage y persona. Y juro, añadiò Don Quixote, por la orden de Cavallerìa que recibí (aunque indigno, y pecador) y por la profesion de Cavallero andante, que si en esto, señor, me complacèys, de serviros con las veras à que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudàndoos à llorarla, como



mo os lo hè prometido. El Cavallero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia fino mirarle, y remirarle, y tornarle à mirar de arriba à baxo; y despues que le hùvo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darne à comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de aver comido, yo harè todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos desçeos como aqui se me han mostrado. Luego facaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su zurròn, con que fatisfizo el roto su hambre, comièndo lo que le dièron como persona atontada, tan aprièssa, que no dàva espàcio de un bocado al otro, pues antes los engullia, que tragàva; y en tanto que comia, ni el, ni los que le miràvan, hablàvan palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas, que le siguièssen, como lo hizieron, y el los llevò à un verde Pradezillo, que à la buelta de una peña poco desviado de alli estàva. En llegando à el, se tendiò en el suelo encima de la yerva, y los demas hizieron lo mismo, y todo esto fin que ninguno hablàsse, hasta que el roto, despues de averse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, aveyfme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa interromperèys el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagays, en esse se quedará lo que fuere contando. Estas razones del roto truxeron à la memoria de Don Quixote el cuento que le avia contado su escudero, quando no acertò el numero de las cabras que avian passado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero bolvièndo al roto, prosiguiò diziendo: Esta prevencion que hago  
es,

es, porque querria passar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas à la memoria, no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuèvo; y mientras menos me preguntàredes, mas presto acabarè yo de dezillas, puesto que no dexarè por contar cosa alguna que sèa de importancia, para fatisfazer del todo à vuestro desèo. Don Quixote se lo prometì en nombre de los demas, y el con este fe-guro començò desta manera.

MI nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deven de aver llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza (que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valèr los bienes de fortuna.) Vivìa en esta mesma tierra un Cielo, donde pùso el amor toda la gloria que yo acertàra à desèarme. Tal es la hermosura de Lucinda, Donzella tan noble, y tan rica, como yo; pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que à mis honrados pensamientos se devìa. A esta Lucinda amè, quise, y adorè desde mis tiernos, y primeros años; y ella me quiso à mi con aquella senzillez, y buen animo, que fu poca edad permitìa. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesàva dello, porque bien veyan, que quando passàran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos: Cosa que casi la concertàva la igualdad de nuestro linage, y riquezas. Creciò la edad, y con ella el amor de entrambos, tanto, que al padre de Lucinda le pareciò, que por buenos respetos estàva obligado à negarme la entrada de su casa (Casi imitando en esto à los padres de aquella Tisbe



tan decantada de los Poëtas:) Y fuè esta negacion añadir llama à llama, y desèo, a desèo; porque aunque pusièron silencio à las lenguas, no le pudièron poner à las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas, fuèlen dar à entender à quien quieren lo que en el alma està encerrado (Que muchas vezes la presència de la cosa amada turba, y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atrevida.) Ay Cielos, y quantos billetes la escrivi! Quan regaladas, y honestas respuestas tùve! Quantas canciones compuse? Y quantos enamorados versos, donde el alma declarava y trasladava sus sentimientos, pintava sus encendidos desèos, entretenia sus memorias, y recreava su voluntad? En efeto vièndome apurado, y que mi alma se consumia con el desèo de verla, determinè poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareciò, que mas convenia, para salir con mi desèado, y merecido Prèmio; y fuè el pedirfela à su padre por legitima esposa, como lo hize. A lo que el me respondiò: Que me agradecia la voluntad que mostrava de honrarle, y de querer honrarme con prendas fuyas; pero que siendo mi padre vivo, à el tocava de justo derecho hazer aquella demanda; porque sino fuèsse con mucha voluntad, y gusto fuyo, no era Lucinda muger para tomarfe, ni darse à hurto. Yo le agradeci su buen intento, parecièndome, que llevava razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixèsse. Y con este intento luego en aquel mismo instante fuy à dezirle à mi padre lo que desèava: Y al tiempo que entrè en un aposento donde estava, le hallè con una carta abierta en la mano, la qual, antes que yo le dixèsse palabra, me  
la

la diò, y me dixo: Por effa carta veràs, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, Señores, devèys de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y leyè la carta, la qual venia tan encarecida, que à mi mismo me pareciò mal, si mi padre dexàva de cumplir lo que en ella se le pedia; que era, que me embiàsse luego donde el estava, que queria que fuèsse compañero (no Criado) de su hijo el mayor, y que el tomava à Cargo el ponerme en Estado, que correspondièsse à la estimacion en que me tenia. Leyè la carta, y enmudeci leyèndola, y mas quando oyè que mi padre me dezia: De aqui à dos dias te partiràs, Cardenio, à hazer la voluntad del Duque; y dà gracias à Dios que te vâ abriendo camino por donde alcances lo que yo sè que mereces. Añadiò à estas otras razones de padre consejero. Llegòse el termino de mi partida; hablè una noche à Lucinda; dixele todo lo que pasàva, y lo mismo hize à su padre, suplicàndole, se entretuvièsse algunos dias, y dilatàsse el darla estado hasta que yo vièsse lo que el Duque Ricardo me queria. El me lo prometì, y ella me lo confirmò con mil Juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estava; fuy dèl tan bien recibido, y tratado, que desde luego començò la envidia à hazer su oficio, tenièndomela los criados antiguos, parecièndoles, que las muestras, que el Duque dàva de hazerme merced, avian de ser en perjuizio fuyo. Pero el que mas se holgò con mi ida, fuè un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado; el



qual en poco tiempo quiso, que fuese tan su amigo, que dava que dezir à todos; y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que Don Fernando me queria, y tratava. Es, pues, el caso, que como entre los amigos no ày cosa secreta, que no se comunique; y la privança, que yo tenia con Don Fernando, dexava de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declarava, especialmente uno enamorado, que le trayà con un poco de desafossiego. Querìa bien à una labradora vassalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia, se determinava, en qual destas cosas tuvièse mas excelencia, ni mas se aventajàse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxeron à tal termino los deseos de Don Fernando, que se determinò, para poder alcançarla y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos exemplos que pude, procurè estorvarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprovechava, determinè de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre: Mas Don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò y temiò desto, por parecerle, que estava yo obligado, en vez de buen criado, à no tener encubierta cosa, que tan en perjuizio de la honra de mi señor el Duque venia: Y assi por divertirme, y engañarme, me dixo, que no hallava otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan fugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses; y que queria, que

que el ausencia fuèsse, que los dos nos vinièssimos en casa de mi padre, con ocasion que dirian al Duque, que venia à ver, y ferir unos muy buenos cavallos que en mi ciudad avia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oý yo dezir esto, quando, movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuèra tan buena, la aprovàra yo por una de las mas acertadas, que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia de bolver à ver à mi Lucinda. Con este pensamiento, y desseo aprovè su parecer, y esforcè su pròposito, dizièndole, que lo pusièsse por obra con la brevedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio à pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando el me vino à dezir esto (segun despues se supo) ya avia gozado à la labradora con titulo de esposo, y esperava ocasion de descubrirse à su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supièsse su disparate. Sucediò, pues, que como el amor en los Moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual, como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando à alcançarle, se acaba, y hà de bolver atras, aquello que parecia amor, porque no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso à lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como Don Fernando gozò à la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procurava irse por no ponerlos en execucion. Diòle el Duque licencia, y mandòme que le acompañasse. Venimos à mi ciudad; recibìele mi padre como quien era; vi yo luego à Lucinda; tornaron à  
vivir



vivir (aunque no avian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta (por mi mal) à Don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amistad que me mostrava, no le devia encubrir nada. Alabèle la hermosura, donayre, y discrecion de Lucinda de tal manera, que mis alabanças movieron en el los deseos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cumplifelos yo por mi corta fuerte, enseñandosela una noche à la luz de una vela por una ventana, por donde los dos soliamos hablarnos. Viòla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas las puso en olvido. Enmudeciò, perdiò el sentido, quedò absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo verèys en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el deseo (que à mi me zelava, y al cielo à solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse un dia un billete suyo (pidiendome que la pidiesse à su padre por esposa) tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendole, me dixo, que en sola Lucinda se encerravan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estavan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar agora, que puesto que yo veya con quan justas causas Don Fernando à Lucinda alabava, me pesava de oyr aquellas alabanças de su boca; y comencè à temer, y à rezelarme del, porque no se pasava momento donde no quisiessè, que tratassèmos de Lucinda, y el movia la platica, aunque la truxessè por los cabellos: Cosa que despertava en mi un no se que de zelos; no porque yo temiessè revès alguno de la bondad, y de la fè de Lucinda, pero con todo esto  
me

me hazia temer mi fuerte, lo mismo que ella me assegurava. Procurava siempre Don Fernando leer los papeles que yo à Lucinda embiava, y los que ella me respondia, a titulo, que de la discrecion de los dos gustava mucho. Acaeciò, pues, que aviendome pedido Lucinda un libro de Cavallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.

No huvò bien oydo Don Quixote nombrar libro de Cavallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Lucinda era aficionada à libros de Cavallerias, no fuera menester otra exageracion para darme à entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuvièra tan bueno, como vos, señor, le avèys pintado, si carecièra del gusto de tan fabrosa leyenda: Assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento; que con solo aver entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: Y quisièra yo, Señor, que vuestra merced le huvièra embiado, junto con Amadis de Gaula, al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sè, que gustara la señora Lucinda mucho de darayda, y garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucòlicas, cantadas, y representadas por el con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podrà venir en que se enmiende essa falta, y no tardarà mas en hazerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo à mi aldea, que alli le podre dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma,

ma, y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno (merced à la malicia de malos, y envidiosos encantadores.) Y perdoneme vuestra merced el aver contravenido à lo que prometimos de no interrumpir su platica, pues en oyendo cosas de Cavallerias, y de Cavalleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, y humedecer en los de la luna. Assi que perdon, y profeguir, que es lo que aora haze mas al caso.

EN tanto que Don Quixote estàva diziendo lo que queda dicho, se le avia caydo à Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo: Y puesto que dos vezes le dixo Don Quixote, que profiguèsse su historia, ni alçava la cabeça, ni respondìa palabra: Pero al cabo de un buen espacio la levantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni avrà quien me lo quite, en el mundo, ni quien me dè à entender otra cosa; y serìa un majadero el que lo contrario entendièsse, ò creyèsse, sino que aquel vellaconazo del maestro Elisabat estàva amancebado con la Reyna Madafima. Estdio no, voto à tal, respondiò con mucha còlera Don Quixote (y arrojàle como tenìa de costumbre) y essa es una muy gran malicia, ò vellaquerìa por mejor dezir. La Reyna Madafima fuè muy principal señora, y no se hà de presumir, que tan alta princefa se avia de amancebar con un saca-potras; y quien lo contrario entendière, miente como muy gran vellaco: Y yo se lo darè à entender à pie, ò à cavallo, armado, ò desarmado, de noche, ò de dia, ò como mas gusto le dière. Estàvale mirando Cardenio muy atentamente,

te, al qual yà avia venido el accidente de fu locura, y no estàva para profeguir fu historia: Ni tampoco Don Quixote se la oyèra, segun le avia disgustado lo que de Madafima le avia oydo (estraño caso, que assi bolviò por ella, como si verdaderamente fuèra fu verdadera, y natural seño-  
ra:) tal le tenian sus descomulgados libros.

DIGÒ, pues, que como ya Cardenio estàva loco, y se oyò tratar de *mentis*, y de *vellaco*, con otros denuestos semejantes, pareciòle mal la burla, y alçò un guijarro, que hallò junto à sî, y diò con èl en los pechos tal golpe à Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança, que de tal modo viò parar à su seño, arremetiò al loco con el puño cerrado, y el roto le recibì de tal fuerte, que con una puñada diò con el à sus pies, y luego se fubì sobre el, y le brumò las costillas muy à su fabor. El cabrero, que le quiso defender, corriò el mismo peligro: Y despues que los tùvo à todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fuè con gentil sosiego à emboscarfe en la montaña. Levantòse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado, tan fin merecerlo, acudiò à tomar la vengança del cabrero, dizièndole, que el tenia la culpa de no averles avifado, que à aquel hombre le tomàva à tiempos la locura; que si esto supieran, huvièran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondiò el cabrero, que yà lo avia dicho, y que si el no lo avia oydo, que no era fuya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò à replicar el cabrero; y fuè el fin de las replicas, afirse de las barbas, y darfe tales puñadas, que si Don Quixote no los pufiera en paz, se hizièran pedaços. Dezia Sancho asido con el cabre-



ro: Dèxeme vuestra merced, Señor Cavallero de la triste figura, que en este, que es villano como yo, y no està armado Cavallero, bien puedo à mi salvo fatifazerme del agravio que me ha hecho, peleando con el mano à mano como hombre honrado. Assi es, dixo Don Quixote, pero yo sè, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguò, y Don Quixote bolviò à preguntar al cabrero, si sería possible hallar à Cardenio, porque quedava con grandissimo desèo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero avia dicho, que era, no saber de cierto su manida; pero que si anduvièsse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ò cuerdo, ò loco.

## CAPITULO XXV.

*Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Cavallero de la Mancha; y de la imitation que hizo à la penitencia de Beltenebros.*

**D**ESPIDIÒSE del cabrero Don Quixote; y subièndo otra vez sobre Rozinante, mandò à Sancho que le figièsse, el qual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ivanse poco à poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseava que el comenzasse la platica por no contravenir à lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dè licencia; que desde aqui me  
quiero

quiero bolver à mi casa, y à mi muger y à mis hijos, con los quales por lo menos hablarè y departirè todo lo que quisière; porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable quando me dière gusto, es enterrarme en vida. Si yà quisièra la fuerte que los animales hablàran, como hablàvan en tiempo de Guisopète, fuèra menos mal, porque departièra yo con mi jumento lo que me vinièra en gana, y con esto pasàra mi mala ventura; que es rècia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar fino cozes, y manteamientos, ladri-llazos, y puñadas; y con todo esto nos hemos de cofer la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuèra mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondiò Don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho, que te tengo puesto en la lengua: Dale por alçado, y di lo que quisières, con condicion que no hà de durar este alçamiento mas de en quanto anduvièremos por estas sierras. Sea assi, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que ferà; y començando à gozar de esse salvo conduto, digo: Que que le iva à vuestra merced en bolver tanto por aquella Reyna Magimasa, ò como se llama? O que hazia al caso, que aquel abad fuèsse su amigo, ò no? Que si vuestra merced pasàra con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco pasàra adelante con su historia, y se huvièran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys torniscones. A Fè, Sancho, respondiò Don Quixote, que si tu supieras, como yo lo sè, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madafima, yo sè,



que dixeras, que tève mucha paciencia, pues no quebrè la boca por donde tales blasfèmias falièron: Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que una Reyna estè amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel Maestro Elisabat, que el loco dixo, fuè un hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y firviò de Ayo, y de mèdico à la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparàte digno de muy gran castigo. Y porque vèas, que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir, que quando lo dixo, ya estàva sin juyzio. Effen digo yo, dixo Sancho, que no avia para que hazer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena fuerte no ayudàra à vuestra merced, y encaminàra el guijarro à la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedàramos por aver buelto por aquella mi sefiora, que Dios cohonda. Pues montas, que no se libràra Cardenio por loco? contra cuerdos, y contra locos, dixo Don Quixote, està obligado qualquier Cavallero andante à bolver por la honra de las mugeres qualesquiera que sèan, quanto mas por las Reynas de tan alta Guisa, y pro, como fuè la Reyna Madafima, à quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuèra de aver sido fermosa, ademas, fuè muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas. Y los consejos, y compania del Maestro Elisabat le fuè, y le fuèron de mucho provecho, y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado de dezir, y pensar, que ella era su manceba: Y mienten, digo otra vez, y mentirà otras dozientas, todos los que  
tal

tal pensàren, y dixèren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondiò Sancho; allà se lo ayan; con su pan se lo coman; si fuèron amancebados, ò no, à Dios avrán dado la cuenta: de mis viñas vengo; no sè nada; no foy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra, y miente, en su bolsa lo fiente: Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: Mas que lo fuèssen, que me vâ à mi? Y muchos piensan que ày tozinos, y no ày estâcas: Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas que de Dios dixèron. Vâlame Dios, dixo Don Quixote, y que de necedades vas, Sancho, enfartando? Que vâ de lo que tratâmos à los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entremètete en espolear à tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo hè hecho, hago, è hizière, vâ muy puesto en razon, y muy conforme à las reglas de Cavalleria, que las sè mejor que quantos Cavalleros las profesàron en el mundo. Señor, respondiò Sancho, y es buena regla de Cavalleria, que andèmos perdidos por estas Montañas sin fenda, ni camino, buscando à un loco, al qual, despues de hallado, quiçà le vendrà en voluntad de acabar lo que dexò comenzado, no de su cuento, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas, acabàndonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote; porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desèo de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpètuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y ferà tal,

tal, que he de echar con ella el fello à todo aquello que puede hazer perfeto, y famoso à un andante Cavallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña? preguntò Sancho Pança. No, respondiò el de la triste figura; puesto que de tal manera podia correr el dado, que echàffemos azàr en lugar de encuentro; pero todo hà de estar en tu diligencia. En mi diligencia dixo Sancho? Si, dixo Don Quixote; porque si buelves presto de donde pienso embiarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien, que te tenga mas suspenso, esperandò en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas, que el famoso Amadis de Gaula fuè uno de los mas perfetos Cavalleros andantes: No he dicho bien, fuè uno, fuè el solo, el primero, el unico, el señor de todos quantos hùvo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para Don Belianis y para todos aquellos que dixèren, que se le igualò en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo assi mesmo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas unicos pintores que sabe. Y esta mesma regla corre por todos los mas officios, ò exercicios de cuenta, que firven para adorno de las republicas. Y assi lo hà de hazer, y haze el que quiere alcançar nombre de prudente y sufrido, imitando à Ulises, en cuya persona, y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien nos mostrò Virgilio en la persona de Enèas el valor de un hijo piadoso, y la sagazidad de un valiente, y entendido capitan; no pintàndolos, ni describièndolos como ellos fuèron, sino como avian de ser, para dar exemplo

exemplo à los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma fuerte Amadis fuè el norte, el luzero, el sol de los valientes, y enamorados Cavalleros, a quien devèmos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandra de amor, y de Cavalleria militamos. Siendo, pues, esto assi, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el Cavallero andante, que mas le imitàre, estará mas cerca de alcançar la perfeccion de la Cavalleria. Y una de las cosas en que mas este Cavallero mostrò su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor fuè, quando se retirò (desdeñado de la Señora Oriana) à hazer penitencia en la peña pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros: Nombre por cierto significativo y propio para la vida, que el de su voluntad avia escogido. Assi que me es à mi mas facil imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar Endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no ay para que se dexè passar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancho, que es lo que vuestra merced quiere hazer en este tan remoto lugar? Ya te he dicho, respondiò Don Quixote, que quiero imitar à Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando hallò en una fuente las señales de que Angelica la bella avia cometido vileza con Medoro; de cuya pesadumbre se bolviò loco, y arrancò los arboles, enturbiò las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias



solencias dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar à Roldan, ò à Orlando, ò Rotolando (que todos estos tres nombres tenía) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo, y pensò, harè el bofquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere fer mas effenciales; y podrá fer, que vinièsse à contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, fino de lloros, y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Parèceme à mi, dixo Sancho, que los Cavalleros, que lo tal fizièron, fuèron provocados, y tuvieron causa para hazer estas necedades, y penitencias; pero vuestra merced que causa tiene para bolverse loco? Que dama le hà desdeñado? O que señales hà hallado que le den à entender, que la señora Dulcinea del Toboso hà hecho alguna niñeria con moro, ò Christiano? Ay està el punto, respondiò Don Quixote, y esta es la fineza de mi negocio; que bolverse loco un Cavallero andante con causa, ni grado, ni gracias: El toque està en defatinar sin ocasion, y dar à entender à mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en Mojado? Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia, que hè hecho de la siempre señora mià Dulcinea del Toboso, que, como ya oyste dezir à aquel pastòr de marras Ambrosio, quien està ausente todos los males tiene, y teme. Assi que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan feliz, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco hè de fer hasta tanto que tu buelvas con la respuesta de una carta, que contigo pienso embiar à mi señora Dulcinea; y si fuere tal qual à mi fè se le deve, acabarse hà mi san-

dez,

dez, y mi penitencia; y si fuere al contrario, serè loco de veras, y fiendolo, no sentirè nada: Assi que de qualquiera manera que responda, saldrè del conflicto, y trabajo en que me dexàres, gozando el bien que me truxères por cuerdo, ò no sintiendo el mal que me aportàres, por loco.

PERO dime, Sancho, tràes bien guardado el yelmo de Mambrino? Que yà vi, que lo alçaste del fuelo, quando aquel desagrado le quiso hazer pedaços, pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondiò Sancho: vive Dios, señor Cavallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dize, y que por ellas vengo à imaginar, que todo quanto me dize de Cavallerias, y de alcançàr reynos, è imperios, de dar infulas, y de hazer otras mercedes, y grandezas (como es uso de Cavalleros andantes) que todo deve de ser cosa de viento, y mentira, y todo pastraña, ò patraña, ò como lo llamaremos: Porque quien oyere dezir à vuestra merced, que una bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que hà de pensar, fino que quien tal dize, y afirma, deve de tener guèro el juyzio? La bazia yo la llevo en el costal toda abollada, y llèvola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mesmo que denantes juraste, te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuvo escudero en el mundo. Que es possible, que en quanto hà que andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los Ca-

TOM. I.

K k

valleros



valleros andantes parecen quimeras, necedades, y defatinos, y que son todas hechas al revès? Y no porque sea ello assi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las buèlven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos, ò destruirnos; y assi es lo que à ti te parece bazia de barbero, me parece à mi el yelmo de Mambrino, y à otro le parecerà otra cosa. Y fuè rara providencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia à todos, lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino; à causa que, siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguirìa por quitarmele; pero como ven que no es mas que un bazin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostrò bien en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin llevarle; que à fè que si le conocièra, que nunca el le dexàra. Guàrdale, amigo, que por aora no le hè menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando naci, si es que me dà en voluntad de seguir en mi penitencia mas à Roldan que à Amadis.

LLEGARON en estas platicas al pie de una alta montaña, que casi como peñòn tajado estava sola entre otras muchas que la rodeàvan. Corria por su falda un manfo arroyuelo, y hazia se por toda su redondez un prado tan verde, y vicioso, que dava contento à los ojos que le miràvan. Avia por alli muchos arboles silvestres, y algunas plantas, y flores, que hazian el lugar apazible. Este sitio escogio el Cavallero de la triste figura para hazer su penitencia; y assi en vièndole, començò à dezir en voz alta,  
como

como si estuvièra sin juyzio: Este es el lugar, ò cielos, que dipùto, y escòjo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me avèys puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos, y profundos suspiros moveràn à la continua las hojas destes montaràzes arboles en testimonio, y señal de la pena, que mi affendereàdo coraçon padece. O vosotros, quien quièra que seàys, rusticos Dioses, que en este inhabitable lugar tenèys vuestra morada! Oyd las queexas deste desdichado amante, à quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos han traydo à lamentarse entre estas asperezas, y à quejarse de la dura condicion de aquella ingrata, y bella, termino, y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (assi los ligeros, y lascivos sàtiros, de quien foy aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce fofiego) que me ayudèys à lamentar mi desventura, ò almenos no os canseys de oylla! O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura (assi el cielo te la dè buena en quanto acertares à pedirle) que confidères el lugar, y el estado en que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas al que à mi fè se le deve! O solitarios arboles, que desde òy en adelante avèys de hazer compaña à mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia! O tu escudero mio, agradable compañero en mis prosperos, y adversos suceffos, toma bien en la memoria



lo que aqui me veràs hazer, para que lo cuentes, y recites à la causa total de todo ello! Y diziendo esto, se apeò de Rozinante, y en un momento le quitò el freno, y la filla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: Libertad te dà el que fin ella queda, ò cavallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu fuerte! Vète por do quisières, que en la frente llevas escrito, que no te igualò en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado frontino, que tan caro le costò à Bradamante.

VIENDO esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitò aora del trabajo de desalbardar al ruzio, que à fè que no faltàran palmadicas que dalle, ni cosas que dezille en su alabanza; pero si el aqui estuvièra, no confintièra yo, que nadie le desenalbardàsse, pues no avia para que; que à el no le tocavan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estàva su amo, que era yo quando Dios queria. Y en verdad, señor Cavallero de la triste figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced vè de veras; que serà bien tornar à enfiellar à Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque serà ahorrar tiempo à mi ida, y buelta; que si la hago à pie, no sè quando llegarè, ni quando bolverè; porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondiò Don Quixote, que sèa como tu quisières, que no me parece mal tu designio: Y digo, que de aqui à tres dias te partiràs, porque quiero, que en este tiempo vèas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estàs en el cuento, respondiò Don Quixote: Aora me falta rasgar las vestiduras, es-

parzir

parzir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste Jaèz, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced, como se dà estas calabazadas; que à tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabàsse la maquina desta penitencia: Y sería yo de parecer, que yà que à vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabazadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas, se contentàsse (pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla) se contentàsse, digo, con dàrfelas en el agua, ò en alguna cosa blanda, como algodón; y dexeme à mi el cargo; que yo dirè à mi señora, que vuestra merced se las dàva en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondiò Don Quixote; mas quierote hazer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir à las ordenes de Cavalleria, que nos mandan, que no digamos mentira alguna, so pena de relasos; y el hazer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir: Assi que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que llèven nada del sofisticado, ni del fantastico. Y será necesario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso, que nos faltàsse el bálamo que perdimos. Mas fuè perder el asno, respondiò Sancho, pues se perdièron en el las hilas, y todo; y ruègole à vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oyrle mentar, se me rebuèlve el alma, no que el estòmago. Y mas le ruego, que haga cuenta, que son yà pasados los tres dias que me  
hà

hà dado de termino para ver las locuras que haze ; que yà las doy por vistas y por passadas en cosa juzgada, y dirè maravillas à mi señora : Y escriba la carta, y despàcheme luego, porque tengo gran desèo de bolver à facar à vuestra merced deste purgatorio, donde le dexo. Purgatorio le llamas, Sancho, dixo Don Quixote ? Mejor hizièras de llamarle infierno, y aun peor, si ày otra cosa que lo sèa. Quien hà infierno, respondiò Sancho, *nula es retentio*, segun hè oydo dezir. No entiendo, que quiere dezir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondiò Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale dèl, ni puede : lo qual ferà al reves en vuestra merced, ò à mi me andaràn mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar à Rozinante : Y pòngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dirè tales cosas de las necedades, y locuras (que todo es uno) que vuestra merced hà hecho, y queda haziendo, que la venga à poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque ; con cuya respuesta dulce, y melificada, bolverè por los ayres como Bruxo, y facarè à vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ày esperanza de salir dèl : La qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estàn en el infierno, ni creo que vuestra merced dirà otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura ; pero que harèmos para escribir la carta ? Y la librança pollinesca tambien, añadiò Sancho ? Todo irà inferto, dixo Don Quixote, y serìa bueno, yà que no ày papel, que la escrivièssèmos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, ò en unas tablitas de cera ; aunque tan  
dificul-

difícultoso ferà hallarse effo aora, como el papel. Mas yà me ha venido à la memoria, donde ferà bien, y aun mas que bien, escrivilla, que es en el librito de memoria, que fuè de Cardenio, y tu tendràs cuydado de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallàres, donde aya maestro de escuela de muchachos, ò fino qualquiera sacristan te la trasladarà; y no se la des à trasladar à ningun escrivano; que hazen letra proçessada, que no la entenderà Satanàs. Pues que se hà de hazer de la firma? dixo Sancho. Nunca las Cartas de amantes se firman, respondiò Don Quixote. Està bien, dixo Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar; y effa si se traslada, diràn que la firma es falsa, y quedarème fin pollinos. La librança irà en el mismo librito firmada, que en vièndola mi sobrina, no pondrà dificultad en cumplilla. Y en lo que toca à la carta de amores, pondràs por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Cavallero de la triste Figura*. Y harà poco al caso que vaya de mano agena, porque à lo que yo me sè acordàr, Dulcinea no sabe escrivir, ni leèr, y en toda su vida hà visto letra mia, ni carta mia, porque mis amorès, y los suyos han sido siempre Platonicos, fin estenderse à mas, que à un honesto mirar; y aun esto tan de quando en quando, que osarè jurar con verdad, que en doze años que hà que la quiero mas que à la lumbre de estos ojos, que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes; y aun podrá ser, que destas quatro vezes no huvièsse ella echado de ver la una, que la miràva: Tal es el recato y encerramiento con que fus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales la han criado.

Ta,

Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenzo? Ésta es, respondió Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé dezir, que tira tan bien una barra, como el mas forçudo zagal de todo el pueblo. Vive el dadòr, que es moça de Chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo à qualquier Cavallero andante, ò por andar, que la tuviere por señora. O Hideputa, que rejo que tiene, y que voz! Sé dezir, que se puso un dia encima del campanario del aldea à llamar unos zagales fuyos, que andàvan en un barvecho de su padre, y aunque estàvan de alli mas de media legua, assi la oyeròn, como si estuvièran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: Con todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Aora digo, Señor Cavallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deve vuestra merced hazer locuras por ella, fino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie avrà que lo sepa, que no diga, que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: Y querrìa yà verme en camino, solo por verla, que hà muchos dias que no la he visto, y deve de estar trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confieso à vuestra merced una verdad, Señor Don Quixote, que hasta aqui hè estado en una grande ignorancia; que pensava bien, y fielmente, que la señora Dulcinea devia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estava enamorado,

rado, ò alguna persona tal, que merecièſſe los ricos presentes, que vuestra merced le hà embiado, assi el del Vizcayno como el de los galeotes, y otros muchos que deven ser, segun deven de ser muchas las victorias, que vuestra merced hà ganado, y ganò en el tiempo, que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le hà de dar à la señora Aldonça Lorenço (digo à la Señora Dulcinea del Toboso) de que se vayan à hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced embia, y hà de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegàſſen, estuvièſſe ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corrièſſen de verla, y ella se rièſſe, y enfadàſſe del presente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas vezes, Sancho, dixo Don Quixote: que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo. Mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto foy yo, quiero que me oygas un breve cuento.

HAs de saber, que una viuda hermosa, moça, libre, y rica, y sobre todo defenfadada, se enamorò de un moço motilòn, rollizo, y de buen tomo: alcançolo à saber su mayor, y un dia dixo à la buena viuda por via de fraternal reprehension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa, y tan rica como vuestra merced, se aya enamorado de un hombre tan soèz, tan baxo, y tan idiota como fulano, aviendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos theologos, en quien vuestra merced pudièra escoger como entre peras, y dezir: Este quiero, aqueſte no quiero? Mas ella le respondiò con mucho donàyre, y de-



semboltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy à lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta Filosofia sabe, y mas que Aristoteles. Así que, Sancho, para lo que yo quiero à Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra. Si, que no todos los poetas, que celebran damas de baxo de un nombre, que ellos à su alvedrio les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tu, que las Amariles, las Files, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los Barberos, y los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran, y celebraron? No por cierto, sino que los mas se las fingen por dar sujeto à sus versos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y así bástame à mi pensar, y creer, que la buena de Aldonça Lorenço es hermosa, y honesta: Y en lo del linage importa poco, que no han de ir à hazer informacion del para darle algun habito; y yo me hago cuenta, que es la mas alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan à amar mas que otras, que son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea; porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada. Y pìntola en mi imaginacion como la desèo, así en la belleza, como en la prin-

principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara, ò Latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no serè castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondiò Sancho, y que soy un asno: Mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se hà de mentar la foga en casa del ahorcado: Pero venga la carta, y à Dios que me mudo.

SACÒ el libro de memoria Don Quixote, y apartàndose à una parte, con mucho fofiego començò à escribir la carta, y en acabàndola, llamò à Sancho, y le dixo, que se la queria leèr, porque la tomàsse de memoria si à caso se le perdièsse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondiò Sancho: escrivala vuestra merced dos ò tres vezes ay en el libro, y dèmele, que yo le llevarè bien guardado; porque pensar, que yo la he de tomar en la memoria, es disparate; que la tengo tan mala, que muchas vezes se me olvida como me llamo. Pero con todo effo dìgamela vuestra merced, que me holgarè mucho de oylla; que deve de ir como de molde. Escucha, que assi dize, dixo Don Quixote.

*Carta de Don Quixote à Dulcinea del Toboso.*

Soverana, y alta Señora,

**E**L ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me def-

L 1 2

precia:



precia: Si tu valor no es en mi pro: Si tus desdenes son en mi afincamiento (Maguer que yo sèa assaz de Sufrido) mal podrè sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te darà entera relacion, ò bella ingrata, amada enemiga mia! del modo, que por tu causa quedo. Si gustàres de acorrerme, tuyo soy; y fino, haz lo que te veniere en gusto, que con acabar mi vida, avrè satisfecho à tu crueldad, y à mi desèo.

Tuyo hasta la Muerte

*El Cavallero de la triste Figura.*

POR vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas hè oydo. Pefia à mi, y como que le dize vuestra merced ay todo quanto quiere; y que bien que encaxa en la firma: El Cavallero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo Diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondiò Don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea, pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en effotra buelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo Don Quixote, y aviendola escrito, se la leyò, que dezia assi.

MANDARÀ vuestra merced por esta primera de pollinos, sehora sobrina, dar à Sancho Pança mi escudero tres de los cinco, que dexè en casa, y estàn à cargo de vuestra merced: Los quales tres pollinos se los mando librar, y  
pagar

pagar por otros tantos aqui recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago seràn bien dados. Fecha en las entrañas de tierra morena à veynte y dos de Agosto deste presente año.

BUENA està, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, fino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma; y para tres años, y aun para trezientos fuèra bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondiò Sancho: Dèxeme, irè à enfiellar à Rozinante; y apàrejese vuestra merced à echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandezès, que vuestra merced hà de hazer; que yo dirè que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho (y porque es menester assi) quiero, digo, que me vèas en cueros, y hazer una, ò dos dozenas de locuras, que las harè en menos de media hora; porque avièndolas tu visto por tus ojos, puedas jurar à tu salvo en las demàs, que quisières añadir; y asegurote, que no diràs tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros à vuestra merced, que me darà mucha lastima, y no podrè dexar de llorar; y tengo tal la cabeça del llanto, que à noche hize por el ruzio, que no estoy para meterme en nuevos llores: Y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hàgalas vestido, breves, y las que le vinièren mas à cuento: Quanto mas, que para mi no era menester nada desfiò; y como ya tengo dicho, fuèra ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nuevas, que vuestra merced desèa, y merece. Y fino, apàrejese la señora Dulcinea, que  
fino

fino responde como es razon, voto hago solene à quien puedo, que le tengo de facar la buena respuesta del estò-mago à cozes, y à bofetones; porque donde se ha de sufrir, que un Cavallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelva loco sin que ni para que por una? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios, que despotrique, y lo eche todo à doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso: mal me conoce: Pues à se, que si me conocièsse, que me ayunàsse. A se, Sancho, dixo Don Quixote, que à lo que parece, que no estàs tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondiò Sancho, mas estoy mas colèrico.

PERO dexando esto à parte, que es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo buelvo? Hà de salir al camino como Cardenio à quitàrselo à los pastores? No te de pena esse cuydado, respondiò Don Quixote, porque aunque tuvièra, no comièra otra cosa, que las yervas, y frutos que este prado, y estos arboles me dierèn; que la fineza de mi negocio està en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho: Sabe vuestra merced que temo? Que no tengo de acertar à bolvèr à este lugar, donde aora le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procurarè no apartarme destos contornos, dixo Don Quixote; y aun tendrè cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando buèlvas: Quanto mas, que lo mas acertado serà para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retàmas de las muchas que por aqui ày, y las vayas poniendo de trecho à trecho hasta salir à lo raso, las quales te serviràn de mojones, y se-  
ñales,





J. Vanderbank inv.  
Vol. I. P. 263.

Ger. Vander Gucht Sculp.

17.

ñales, para que me halles quando buèlvas, à imitacion del hilo del laberinto de Theseo. Assi lo harè, respondiò Sancho Pança, y cortando algunas, pidiò la bendicion à su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos se despidiò del. Y subiendo sobre Rozinante, à quien Don Quixote encomendò mucho, y que miràsse por èl como por su propia persona, se pùso en camino del llano, esparciendo de trecho à trecho los ramos de la retàma, como su amo se lo avia aconsejado; y assi se fuè, aunque toda via le importunava Don Quixote, que le vièsse, si quièra, hazer dos locuras. Mas no huvò andado cien passos, quando bolviò y dixo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le hè visto hazer locuras, ferà bien que vèa, si quièra, una; aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo dezìa yo? dixo Don Quixote. Espèrate Sancho, que en un credo las harè. Y desnudàndose con toda prièssa los calçones, quedò en carnes, y en pañales; y luego sin mas ni mas diò dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça à baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, bolviò Sancho la rienda à Rozinante, y se diò por contento, y fatifsecho de que podia jurar, que su amo quedàva loco; y assi le dexarèmos ir su camino hasta la buelta, que fuè breve.



## CAPITULO XXVI.

*Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo  
Don Quixote en Sierra Morena.*

**Y** Bolviendo à contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se viò solo, dize la historia: Que assi como Don Quixote acabò de dar las tumbas, ò bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que viò que Sancho se avia ido sin querer aguardar à ver mas fandezes, se fubiò sobre una punta de una alta peña, y alli tornò à pensar lo que otras muchas vezes avia pensado, sin averse jamás refuélto en ello. Y era, que qual sería mejor, y le estaría mas à cuento, imitar à Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ò à amadis en las melancolicas? Y hablando entre si mismo, dezìa: Si Roldan fuè tan buen Cavallero, y tan valiente como todos dizen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de à blanca por la punta del pie, y el traÿa siempre los zapatos de siete fue-  
 las de hierro? Aunque no le valièron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendiò, y le ahogò entre los braços en Ronzesvalles. Pero dexando en el lo de la valentia à una parte, vengàmos à lo de perder el Juyzio, que es cierto que le perdiò, por las señales que hallò en la floresta, y por las nuevas que le diò el pastor, de que Angelica avia dormido mas de dos fiestas con Medoro, un Morillo de cabellos enriçados, y page de Agramante. Y si el entendiò que esto era verdad, y que su dama le avia  
 cometido

cometido defaguifado, no hizo mucho en bolverse loco. Pero yo como puedo imitalle en las locuras, fino le imito en la ocasion dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso, ofarè yo jurar, que no ha vistò en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es en su mismo Traje; y que se està òy como la madre que la pariò; y hariale agravio manifesto, si, imaginando otra cosa della, me bolvièsse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el Juyzio, y sin hazer locuras, alcançò tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fuè mas de que (por verse desdeñado de su sehora Oriana, que le avia mandado, que no parecièsse ante su presencia hasta que fuèsse su voluntad) se retirò à la *Peña Pobre* en compania de un Hermitaño, y alli se hartò de llorar hasta que el cielo le acorriò en medio de su mayor cuyta y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre à estos arboles, que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para que enturbiar el agua clara destos Arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana. Viva la memoria de Amadis, y seà imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudière; del qual se dirà lo que del otro se dixo: Que fino acabò cosas grandes, muriò por acometellas. Y si yo no foy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bàstame, como ya hè dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos à la obra; venid à mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar à imitaros: Pero yà sè que lo mas que el

T O M. I.

M m

hizo,



hizo, fuè rezàr, y assi lo harè yo: Y firvièronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que enfartò, de que hizo un diez. Y lo que le fatigava mucho era, no hallar por alli otro hermitaño que le confesàsse, y con quien consolarse: Y assi se entretenia paseàndose por el pradezillo, escribiendo, y gravando en las cortezas de los arboles, y en la menuda arena muchos versos, todos acomodados à su tristeza, y algunos en alabança de Dulcinea: Mas los que se pudièron hallar enteros, y que se pudièssen leèr despues que à el alli le hallàron, no fuèron mas que estos que aqui se figuen.

Arboles, yervas, y plantas,  
 Que en aqueste sitio estays,  
 Tan altos, verdes, y tantas,  
 Si de mi mal no os holgàys,  
 Escuchad mis Quexas santas.  
 Mi dolor no os alboròte,  
 Aunque mas terrible sea,  
 Pues por pagaros escòte,  
 Aqui llorò Don Quixote  
 Ausencias de Dulcinea  
 Del Toboso.

Es aqui el lugar, à donde  
 El amador mas leal  
 De su señora se esconde,  
 Y hà venido à tanto mal  
 Sin saber como, ò por donde.  
 Traèle amor al estricote,

Que

Que es de muy mala ralea,  
 Y assi hasta henchir un pipòte,  
 Aqui llorò Don Quixote  
 Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

Buscando las aventuras  
 Por entre las duras peñas,  
 Maldiziendo entrañas duras,  
 Que entre riscos, y entre breñas  
 Halla el triste desventuras,  
 Hiriòle amor con su açòte,  
 No con su blanda correa,  
 Y en tocándole el cogòte,  
 Aqui llorò Don Quixote  
 Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

No causò poca rifa en los que hallàron los versos referidos, el Añadidura *Del Toboso* al nombre de Dulcinea; porque imaginàron, que deviò de imaginar Don Quixote, que si en nombrando à Dulcinea, no dezia tambien *Del Toboso*, no se podria entender la copla; y assi fuè la verdad, como el despues confesò. Otros muchos escriviò, pero como se ha dicho, no se pudièron facar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar à los faunos, y silvanos de aquellos bosques, à las Ninfas de los rios, à la dolorosa, y hùmida Eco, que le respondièssen, consolàssen, y escuchàssen, se entretenia, y en buscar algunas yervas con que sustentarse en tanto que San-

M m 2

cho



cho bolvia ; que si como tardò tres dias, tardàra tres semanas, el Cavallero de la triste Figura quedàra tan desfigurado, que no lo conocièra la madre que lo pariò. Y ferà bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos por contar lo que le avino à Sancho Pança en su mandaderìa.

Y fuè, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegò à la venta donde le avìa sucedido la desgracia de la manta ; y no la huvò bien visto, quando le pareciò, que otra vez andava en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegò à hora que lo pudièra, y devièra hazer, por ser la del comer, y llevar en desseo de gustar algo caliente ; que avìa grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forçò à que llegàsse junto à la venta, toda via dudoso si entraria, ò no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocièron, y dixo el uno al otro : Dìgame, Señor Licenciado, aquel del Cavallo no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro aventurero que avìa salido con su Señor por escudero ? Si es, dixo el licenciado, y aquel es el cavallo de nuestro Don Quixote. Y conocièronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros : Los quales assi como acabaron de conocer à Sancho Pança y à Rozinante, desseos de saber de Don Quixote, se fueron à el, y el Cura le llamò por su nombre, dizièndole : amigo Sancho Pança, a donde queda vuestro amo ? Conociòlos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la fuerte, donde, y como su amo quedava ; y assi les respondiò, que su amo quedava

ocu-

ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis, donde queda; imaginarèmos, como ya imaginamos, que vos le avèys muerto, y robado, pues venis encima de su Cavallo: En verdad que nos avèys de dar el dueño del Rozin, ò sobrà esse morena. No ay para que conmigo amenazas, dixo Sancho Pança que yo no soy hombre que robo, ni mato à nadie: A cada uno mate su ventura, ò Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy à su favor. Y luego de corrida y sin parar les conto de la fuerte que quedava, las aventuras que le avian sucedido, y como llevaba la carta à la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estava enamorado hasta los hígados.

QUEDARON admirados los dos de lo que Sancho Pança les contava; y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el genero della, siempre que la oyan, se admiravan de nuevo. Pidiéronle à Sancho Pança que les enseñasse la carta que llevaba à la señora Dulcinea del Toboso. El dixo, que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hiziesse trasladar en papel en el primer lugar que llegasse. A lo qual dixo el cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metiò la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librito, pero no le hallò, ni le pudièra hallar, si le buscara hasta ahora, porque se avia quedado Don Quixote con el, y no se le avia dado, ni à el se le acordò de pedirsele. Quando  
Sancho

Sancho viò que no hallava el libro, fuèssle parando mortal el rostro; y tornàndose à tentar todo el cuerpo muy aprièssa, tornò à echar de ver, que no le hallava; y fin mas ni mas se echò entrambos puños à las barbas, y se arrañò la mitad dellas; y luego, aprièssa, y fin cesar, se diò media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las banò todas en fangre. Visto lo qual por el cura y el barbero, le dixèron, que que le avia sucedido, que tan mal se parava? Que me hà de suceder, respondiò Sancho, fino el aver perdido de una mano à otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. Como es esse? replicò el barbero. He perdido el libro de memoria, respondiò Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de mi señor, por la qual mandava, que fu sobrina me dièssè tres pollinos de quatro ò cinco que estavan en casa. Y con esto les contò la pèrdida del ruzio. Consolòle el cura, y dixole, que en hallando à su señor, El le haria revalidar la manda, y que tornàsse à hazer la librança en papel, como era uso, y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetavan, ni cumplian. Con esto se consolò Sancho, y dixo, que como aquello fuèssè assi, que no le dava pena le pèrdida de la carta de Dulcinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podia trasladar donde, y quando quifièssen. Dezidla pues, Sancho, dixo el barbero, que despues la trasladarèmos. Paròse Sancho Pança à rascar la cabeça para traèr à la memoria la carta; y yà se ponía sobre un pie, y yà sobre otro. Unas vezes mirava al suelo, otras al cielo, y al cabo de averse roydo la mitad de la yema de un dedo,

tenien-

teniendo suspenfos à los que esperàvan que ya la dixèsse, dixo al cabo de grandíssimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa, que de la carta se me acuerda, aunque en el principio dezia: *Alta y Sobajada Señora*. No dirà, dixo el barbaro, sobajada, fino sobrehumana, ò Soverana Señora. Assi es, dixo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, profeguià: *El llagado, y falto de Sueño, y el ferido, besa à vuestra merced las manos, Ingrata, y muy desconocida hermosa: Y no sè, que dezìa de salud, y de enfermedad, que le embiàva; y por aqui iba escurriendo hasta que acabàva en; vuestro hasta la muerte, El Cavallero de la triste Figura.*

No poco gustàron los dos de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabàronfela mucho, y le pidièron, que dixèsse la carta otras dos vezes, para que ellos assi mesmo la tomàssen de memoria para trasladalla à su tiempo. Tornòla à dezir Sancho otras tres vezes; y otras tantas tornò à dezir otros tres mil disparates. Tras esto contò assi mesmo las cosas de su amo, pero no hablò palabra acèrca del manteamiento que le avia sucedido en aquella venta, en la qual rehusava entrar. Dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxèsse buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se avia de poner en camino, à procurar como ser Emperador, ò por lo menos Monarca, que assi lo tenian concertado entre los dos; y era cosa muy facil venir à ferlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su braço; y que en siéndolo, le avia de casar à el (porque yà feria viudo; que no podia ser menos) y le avia de dar por muger à una donzella de la Emperatriz, heredera  
de

de un rico y grande estado de tierra firme, sin infulos, ni infulas, que yà no las queria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiàndose de quando en quando las narizes, y tan en su Juyzio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando, quan vehemente avia sido la locura de Don Quixote, pues avia llevado tras si el Juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse de sacarle del error en que estava, pareciéndoles, que pues no le dañava nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y à ellos les sería de mas gusto oyr sus necesidades; y assi le dixeron, que rogasse à Dios por la salud de su Señor; que cosa contingente, y muy agible era, venir con el discurso del tiempo à ser Emperador, como el dezia, ò por lo menos Arçobispo, ò otra dignidad equivalente. A lo qual respondiò Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que à mi amo le vinièsse en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora que fueren dar los Arçobispos andantes à sus escuderos? Suèlenles dar, respondiò el cura, algun Beneficio simple, ò curado, ò alguna Sacristania, que les vale mucho de renta rentada amen del pie del Altar, que se fuele estimar en otro tanto. Para esso ferà menester, replicò Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar à Missa por lo menos; y si esto es assi, desdichado de yo, que soy casado, y no sè la primera letra del A, b, c: Que ferà de mi, si à mi amo le da Antòjo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es Ufo y costumbre de los Cavalleros andantes? No tengays pena, Sancho amigo, dixo el barbero, que aqui rogarèmos à vuestro amo, y se lo aconsejarèmos, y aun se lo pondrèmos

drèmos en caso de conciencia, que sèa Emperador, y no Arçobispo, porque le ferà mas facil, à causa de que el es mas valiente, que estudiante. Assi me ha parecido à mi, respondiò Sancho, aunque sè dezir, que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hazer de mi parte, es rogar à nuestro Señor, que le eche à aquellas partes, donde el mas se sirva, y à donde à mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo harèys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer es, dar orden como facar à vuestro amo de aquella inutil penitencia, que dezis, que queda haziendo, y para pensar el modo que hemos de tener; y para comer, que ya es hora, ferà bien nos entrèmos en esta venta. Sancho dixo, que entràssen ellos, que el esperarìa alli fuera, y que despues les dirìa la causa porque no entràva, ni le convenia entrar en ella: Mas que les rogava, que le facàssen alli algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assi mismo cevada para Rozinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de alli à poco, el barbero le facò de comer.

DESPUES de aver bien pensado entre los dos el modo que tendrìan para conseguir lo que desseàvan, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fuè, que dixo al barbero, que lo que avìa pensado era, que el se vestirìa en habito de donzella andante, y que el procuràsse ponerse lo mejor que pudièsse como escudero; y que assi irian à donde Don Quixote estàva, fingiendo ser ella una donzella affigida, y menesterosa; y le pedirìa un don, el qual el no podria dexàrsele de otorgar, como valeroso Cavallero andante.



te. Y que el don que le pensava pedir era, que se vinièsse con ella donde ella le llevàsse, à desfazelle un agravio, que un mal Cavallero le tenia fecho; y que le suplicava ansimismo, que no la mandàsse quitar su antifaz, ni la demandàsse cosa de su fazienda hasta que la huvièsse fecho derecho de aquel mal Cavallero; y que creyèsse sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidièsse por este termino; y que desta manera le facarian de alli, y le llevarian à su lugar donde procurarian ver, si tenia algun remedio su esotraña locura.

## C A P I T U L O XXVII.

*De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.*

**N**O le pareció mal al Barbero la Invencion del Cura, fino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle à la ventera una saya, y unas tocas, dexándole en prendas una Sotàna nueva del cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola ruzia, ò roxa de buèy, donde el ventero tenia colgado el pèyne. Preguntòles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? Y el Cura le contò en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña, donde à la fazon estàva. Cayèron luego el ventero, y la ventera en que el loco era su huesped el del bàlsamo, y el amo del manteado escudero; y contaron al Cura todo lo que con el  
les

les avia passado, sin callar lo que tanto callava Sancho. En resolucion la ventera vistió al cura de modo, que no avia mas que ver. Pùsole una faya de paño, llena de faxas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribètes de raso blanco, que se devièron de hazer ellos, y la faya en tiempo del rey Bamba. No confintió el Cura que le tocàssen, sino pùsose en la cabeça un birretillo de lienço colchado, que llevava para dormir de noche, y ciñòse por la frente una liga de tafetàn negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubrió muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetòse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol; y cubriendose su herreruelo, subió en su mula à mugeriegas, y el barbero en la fuya, con su barba, que le llegava à la cintura, entre roxa y blanca, como aquella, que como se ha dicho, era hecha de la cola de un buèy barròso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les dièsse buen Succèsso en tan arduo, y tan Christiano negocio como era el que avian emprendido.

M A s à penas huvieron salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hazia mal en averse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un sacerdote se pusièsse assi, aunque le fuèsse mucho en ello; y dizièndoselo al Barbero, le rogò, que trocàssen Trages; pues era mas justo, que el fuèsse la donzella menesterosa, y que el haria el escudero; y que assi se profanava menos su dignidad: Y que si no lo queria hazer, determinava de no passar



adelante, aunque à Don Quixote se le llevàsse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver à los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto el barbero vino en todo aquello que el Cura quiso; y trocando la invencion, el Cura le fuè informando el modo que avia de tener, y las palabras que avia de dezir à Don Quixote, para moverle, y forçarle à que con el vinièsse, y dexàsse la querencia del lugar que avia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le dièsse licion, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuvièssen junto de donde Don Quixote estàva; y assi doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y figuièron su camino, guiàndolos Sancho Pança: el qual les fuè contando lo que les aconteciò con el loco, que hallàron en la sierra (encubriendo, empero, el hallazgo de la malèta, y de quanto en ella venia) que, maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

O T R O dia llegàron al lugar donde Sancho avia dexado puestas las Señales de las ramas para acertar el lugar donde avia dexado à su señor; y en reconocièndole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le avian dicho antes, que el ir de aquella fuerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para facar à su amo de aquella mala vida, que avia escogido: Y que le encargavan mucho, que no dixèsse à su amo quien ellos eran, ni que los conocia: Y que si le preguntàsse, como se lo avia de preguntar, si diò la carta à Dulcinea? Dixèsse que si; y que por no saber leèr, le  
avia

avia respondido de palabra, diziéndole ; que le mandava, fo pena de su desgracia, que luego al momento se vinièsse à ver con ella, que era cosa que le importava mucho : Porque con esto, y con lo que ellos pensavan dezirle, tenian por cosa cierta, reducirle à mejor vida, y hazer con el, que luego se pusièsse en camino para ir à ser Emperador, ò Monarca ; que en lo de ser Arçobispo no avia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradeciò mucho la intencion que tenian de aconsejar à su señor fuèsse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para si, que para hazer mercedes à sus escuderos, mas pødian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que feria bien, que el fuèsse delante à buscarle, y darle la respuesta de su señora, quiça feria ella bastante à facarle de aquel lugar, fin que ellos se pusièssen en tanto trabajo. Pareciòles bien lo que Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que bolvièsse con las nuevas del hallazgo de su amo. Entròse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando à los dos en una por donde corria un pequeño, y manso arroyo, à quien hazian sombra agradable, y fresca otras peñas, y algunos arboles que por alli estavan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande : La hora las tres de la tarde : Todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidàsse à que en el esperàssen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando, pues, los dos alli fofsegados, y à la sombra, llegò à sus oydos una voz, que fin acompañarla son de algun instrumento, dulce y regalada-

galadamente fonava ; de que no poco se admiraron, por parecerles, que aquel no era lugar donde pudièsse aver quien tan bien cantàsse. Porque aunque suele dezirse, que por las selvas, y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poëtas, que verdades : Y mas quando advirtièron, que lo que oyan cantar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmò esta verdad, aver sido los versos que oyeron estos.

Quien menoscaba mis bienes ?

Desdenes.

Y quien aumenta mis duelos ?

Los Zelos.

Y quien prueba mi paciencia ?

Aufencia.

Deffe modo en mi dolencia

Ningun remedio se alcança,

Pues me matan, la esperança,

Desdenes, zelos, y aufencia.

Quien me causa este dolor ?

Amor.

Y quien mi gloria repugna ?

Fortuna.

Y quien consiente mi duelo ?

El Cielo.

Deffe modo yo rezèlo

Morir deste mal estraño,

Pues se aunan en mi daño,

Amor, fortuna, y el Cielo.

Quien

Quien mejorará mi fuerte?

La Muerte.

Y el bien de amor quien le alcanza?

Mudança.

Y fus males quien los cura?

Locura.

Deffe modo no es cordura

Querer curar la passion,

Quando los remedios son,

Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantava, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuvièron quedos, esperando si otra cosa alguna oyan; pero viendo que durava algun tanto el silencio, determinaron de salir à buscar el musico, que con tan buena voz cantava. Y queriendolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviessen, la qual llegó de nuevo à sus oydos, cantando este foneto.

S O N E T O.

Santa amistad, que con ligeras alas,  
 Tu apariencia quedandose en el fuelo,  
 Entre benditas almas en el cielo  
 Subiste alegre à las Impireas salas.  
 Desde allà, quando quieres, nos señalas  
 La justa paz cubierta con un velo,  
 Por quien à vezes se trasluze el zelo  
 De buenas obras, que à la fin son malas.

Dexa



## DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Dexa el cielo, ò amistad! ò no permitas,  
 Que el engaño se vista tu librèa,  
 Con que destruye à la intencion sincera.  
 Que si tus apariencias no le quitas,  
 Presto hà de verse el mundo en la pelèa  
 De la discorde confusion primera.

El canto se acabò con un profundo suspiro, y los dos con atencion bolvièron à esperar si mas se cantava; pero viendo que la musica se avia buelto en folloços, y en lastimèros àyes, acordàron de saber, quien era el triste tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduvièron mucho, quando al bolver de una punta de una peña, vièron à un hombre del mismo talle, y figura, que Sancho Pança les avia pintado, quando les contò el cuento de Cardenio: El qual hombre, quando los viò, sin sobrefaltarse, se estuvo quedo con la cabeça inclinada sobre el pecho, à Guisa de hombre pensativo, sin alçar los ojos à mirarlos, mas de la vez primera quando de improvisò llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le avia conocido) se llegó à el, y con breves, aunque muy discretas Razones, le rogò, y persuadiò, que aquella tan miserable vida dexàsse, porque alli no la perdièsse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estàva Cardenio entonces en su entero Juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan amenudo le facàva de si mismo; y assi viendo à los dos en trage tan no ufado de los que por aquellas soledades andàvan, no dexò de admirarse algun tanto, y mas quando  
 oyò

oyò que le avian hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dixo, assi lo dièron à entender;) y assi respondiò desta manera: Bien veo yo, Señores, quien quiera que seàys, que el cielo, que tiene cuydado de socorrer à los buenos (y aun à los malos muchas vezes) sin yo merecerlo me embìa en estos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que ponièndome delante de los ojos con vivas y vârias razones, quan sin ella ando en hazer la vida que hago, han procurado facarme desta à mejor parte; pero como no saben, que sè yo, que en saliendo deste daño, hè de caer en otro mayor, quiçà me deven de tener por hombre de flacos discursos, y aun, lo que peor serìa, por de ningun Juyzio. Y no serìa maravilla, que assi fuèsse, porque à mi se me trasluze, que la fuerça de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte à estorvarlo, vengo à quedar como piedra salto de todo buen sentido, y conocimiento: y vengo à caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestran señaes de las cosas que hè hecho en tanto que aquel terrible accidente me señoerà; y no sè mas que dolerme en vano, y maldezir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas à quantos oyr la quieren; porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos; y sino me dièren remedio, alomenos no me daràn culpa, convirtiendoseles el enojo de mi defemboltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, Señores, venis con la misma intencion que otros han venido,

T O M. I.

O o

antes



antes que passèys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchèys el cuento (que no le tiene) de mis desventuras; porque quiçà despues de entendido, ahorrarèys el trabajo que tomàredes en consolar un mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseàvan otra cosa, que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofrecièndole de no hazer otra cosa de la que el quisièsse en su remedio, ò consuelo: Y con esto el triste Cavallero començò su lastimera historia, casi por las mesmas palabras y passos, que la avia contado à Don Quixote y al cabrero pocos dias atràs, quando por ocasion del Maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decòro à la Cavalleria, se quedò el cuento imperfecto, como la historia lo dexa contado. Pero aora quiso la buena fuerte, que se detuvo el accidente de locura, y le diò lugar de contarlo hasta el fin: Y assi llegando al passo del billete que avia hallado Don Fernando, entre el libro de Amadis de Gaula dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

*LUCINDA à CARDENIO.*

CADA dia descubro en vos valores, que me obligan y fuerçan à que en mas os estime; y assi si quisièredes sacarme desta deuda sin executarme en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad, cumplirà la que serà justo que vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

P O R

— P O R este billete me movi à pedir à Lucinda por esposa, como yà os he contado; y este fuè por quien quedò Lucinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo; y este billete fuè el que le puso en desseo de destruyrme antes que el mio se efectuasse. Dixe yo à Don Fernando en lo que reparava el padre de Lucinda, que era en que mi padre se la pidièsse, lo qual yo no le osava dezir, temeroso que no vendria en ello: No porque no tuvièsse bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Lucinda, y que tenia partes bastantes para enoblecere qualquier otro linage de España; sino porque yo entendia del, que deseava que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion le dixè, que no me aventurava à dezirselo à mi padre, assi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardavan, sin saber quales eran; sino que me parecia, que lo que yo deseasse, jamas avia de tener efecto. A todo esto me respondiò Don Fernando, que el se encargava de hablar à mi padre, y hazer con el, que hablasse al de Lucinda. O Mario ambicioso! O Catilina cruel! O Sila facinoroso! O Galalon embustero! O Vellido traydor! O Julian vengativo! O Judas codicioso! Traydor, Cruel, Vengativo, y embustero, que deservicios te avia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubriò los secretos, y contentos de su coracon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixè, ò que consejos te di, que no fuèssen todos encaminados à acrecentar tu honra, y tu provecho? Mas de que me quexo, desventurado de mi; pues es cosa cierta, que quando traen

O o 2

las



las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto à baxo despeñándose con furor y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni indùstria humana que prevenir las pueda? Quien pudièra imaginar, que Don Fernando, Cavallero Ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcançar lo que el desèo amoroso le pidièsse, donde quiera que le ocupasse, se avia de encònar (como fuele dezirse) en tomarme à mi una sola oveja, que aun no posseya? Pero quèdense estas consideraciones à parte como inùtiles y sin provecho, y añudèmos el roto hilo de mi desdichada historia.

DIGO, pues, que parecièndole à Don Fernando, que mi presència le era inconveniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinò de embiarme à su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seys cavallos, que de indùstria, y solo por este efecto de que me ausentàsse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofreciò hablar à mi padre, los comprò, y quiso que yo vinièsse por el dinero. Pude yo prevenir esta traycion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; antes con grandissimo gusto me ofreci à partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablè con Lucinda, y le dixè lo que con Don Fernando quedava concertado, y que tuvièsse firme esperança de que tendrìan efecto nùestros buenos, y justos desèos. Ella me dixò (tan segura como yo de la traycion de Don Fernando) que procuràsse bolver presto, porque creya, que no tardaria mas la conclusiòn de nùestras voluntades, que tardàsse mi padre de hablar al fuyo.

No

No sè que se fuè, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y un nudo se le atravesò en la garganta, que no le dexava hablar palabra de otras muchas, que me pareciò, que procuràva dezirme. Quedè admirado de este nuevo accidente hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablàvamos (las vezes que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia) con todo regozijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas làgrimas, suspiros, zelos, sospechas, ò temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por avèrmela dado el cielo por seño-  
ra. Exagerava su belleza; admiràvame de su valor y entendimiento. Bolviame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contàvamos cien mil niñerías, y acaecimientos de nuestros vezinos y conocidos; y à lo que mas se estendia mi desemboltura era, à tomarle casi por fuerça una de sus bellas y blancas manos, y llevarla à mi boca, segun dava lugar la estrechez de una baxa reja que nos dividia. Pero la noche que precediò al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspirò, y se fuè, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de aver visto tan nuevas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Lucinda. Pero por no destruyr mis esperanças, todo lo atribuyè à la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que fuele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechava, ni imaginava (claros indicios que mostràvan el triste suceso, y desventura que me estàva guardada.) Lleguè al lugar donde era em-  
biado:

biado: Di las cartas al hermano de Don Fernando: fuý bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandò aguardar (bien à mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me vièsse; porque su hermano le escrivia, que le embiàsse cierto dinero sin su sabiduria. Y todo fuè invencion del falso Don Fernando, pues no le faltavan à su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fuè este, que me pùso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Lucinda, y mas avièndola dexado con la tristeza, que os hè contado. Pero con todo esto obedecì como buen criado, aunque muy bien veya yo, que avia de ser à costa de mi salud. Pero à los quatro dias que alli lleguè, llegò un hombre en mi busca con una carta que me diò, que en el sobrescrito conocì ser de Lucinda, porque la letra dèl era fuya. Abrila temeroso y con sobrefalto, creyèdo, que cosa grande devia de ser la que la avia movido à escribirme estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntèle al hombre antes de leerla, quien se la avia dado, y el tiempo que avia tardado en el camino? Dixome, que à caso passando por una calle de la ciudad à la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamò desde una ventàna; los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha prièssa le dixo: hermano si soys Christiano, como parecèys, por amor de Dios os ruego, que encaminèys luego luego esta carta al lugar, y à la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello harèys un gran servicio à nuestro señor: Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que  
vã

và en este pañuelo, y diziendo esto me arrojò por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales, y esta fortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado; y luego sin esperar respuesta mia, se quitò de la ventana (aunque primero viò como yo tomè la carta, y el pañuelo) y por señas le dixe, que haria lo que me mandava: Y assi vièndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, que erades vos à quien se embiava (porque yo, señor, os conozco muy bien;) y obligado assi mesmo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinè de no fiarme de otra persona, fino venir yo mismo à dàrosla. Y en diez y feys horas, que hà, que se me diò, he hecho el camino, que sabeys, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me dezia, estava yo colgado de sus palabras, temblàndome las piernas de manera, que à penas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y vi que contenia estas razones.

LA palabra que Don Fernando os diò de hablar à vuestro padre para que hablàsse al mio, la ha cumplido mas en su gusto, que en vuestro provecho. Sabed, señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que el piensa que Don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aqui à dos dias se ha de hazer el desposorio, tan secreto y tan à solas, que solo han de ser testigos los Cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginadlo: Si os cumple venir, vedlo: Y si os quiero bien ò no, el suceso deste negocio os lo darà à entender. A Dios plega, que esta llegue à vuestras manos  
antes



antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

ESTAS en fuma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta, ni otros dineros; que bien claro conocí entonces, que no la compra de los cavallos, sino la de su gusto, avia movido à Don Fernando à embiarme à su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios, y desçeos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto, y hora que convenia para ir à hablar à Lucinda. Entré secreto, y dexé una mula en que venia en casa del buen hombre, que me avia llevado la carta. Y quisó la fuerte, que entonces la tuviése tan buena, que hallé à Lucinda puesta à la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Lucinda luego, y conocía yo, mas no como devia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ày en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo, pues, que assi como Lucinda me vió, me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, yà me estan aguardando en la sala Don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso con otros testigos, que antes lo feràn de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente à este sacrificio, el qual sino pudiere ser estorvado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorvar mas determinadas fuerças, dando fin à mi vida, y principio à que conozcas  
la

la voluntad que te hè tenido, y tengo. Yo le respondì turbado y aprièssa, temeroso no me faltàsse lugar para responderla. Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llevas daga para acreditarte, aqui llevo espada para defenderte con ella, ò para matarme, si la fuerte nos fuere contraria. No creo que pùdo oyr todas estas razones, porque senti que la llamavan à prièssa, porque el desposado aguardava. Cerròse con esto la noche de mi tristeza: Pùsofeme el sol de mi alegria: Quedè fin luz en los ojos, y fin discurso en el entendimiento. No acertava à entrar en su casa, ni podia moverme à parte alguna; pero considerando quanto importava mi presençia para lo que suceder pudièsse en aquel caso, me animè lo mas que pùde, y entrè en su casa. Y como yo sabìa muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andava, nadie me echò de ver. Assi que sin ser visto, tùve lugar de ponerme en el hueco, que hazìa una ventana de la mesma sala, que con las puntas, y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podìa yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazìa. Quien pudièra dezir aora los sobrefaltos que me diò el corazon mientras alli estùve? Los pensamientos que me ocurrièron? Las consideraciones que hize? Que fuèron tantas y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: Basta que sepàys, que el desposado entrò en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trayà por padrino à un primo hermano de Lucinda, y en toda la sala no avìa persona de fuera fino los criados de casa. De alli à un poco saliò de una recàmara Lucinda acompañada de



fu madre, y de dos donzellas fuyas, tan bien adereçada y compuesta como fu calidad, y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala, y bizarría cortesana. No me diò lugar mi suspension, y arrobamiento, para que miràsse, y notàsse en particular lo que traÿa vestido; solo pude advertir à las colores, que eran encarnado, y blanco, y en las vislumbres que las piedras y Joyas del tocado y de todo el vestido hazian, à todo lo qual se aventajava la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luzes de quatro hachas, que en la sala estavan, la fuya con mas resplandor à los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso! De que sirve representarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No ferà mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida?

No os cansays, señores, de oyr estas digressiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni devan contar se succintamente y de passò, pues cada circunstancia fuya me parece à mi, que es digna de un largo discurso. A esto le respondiò el Cura, que no solo no se cansavan en oyrle, sino que les dava mucho gusto las menudencias que contava, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento.

DIGO pues, prosiguiò Cardenio, que estando todos en la sala, entrò el Cura de la Parroquia, y tomando à los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al  
dezir:

dezir: Quereys, señora Lucinda al señor Don Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa Madre Yglesia? Yo saqué toda la cabeza, y cuello de entre los tapizes, y con atentísimos oídos, y alma turbada, me puse à escuchar lo que Lucinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ò la confirmacion de mi vida. O quien se atreviera à salir entonces, diciendo à voces: A Lucinda, Lucinda! mira lo que hazes, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que el dezir tu, *Si*, y el acabàrseme la vida, ha de ser todo à un punto. A traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Que quieres? Que pretendes? Considera que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Lucinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que avia de hazer lo que no hize! Aora que dexè robar mi caraprenda, maldigo al robador de quien pudiera vengarme, si tuvièra corazon para ello, como le tengo para quejarme! En fin pues fùy entonces cobarde y necio, no es mucho que muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estava el Cura esperando la respuesta de Lucinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y quando yo pensè, que sacava la daga para acreditarse, ò desatava la lengua para dezir alguna verdad, ò desengaño, que en mi provecho redundàsse, oygo que dixo con voz desmayada, y flaca: *Si quiero*. Y lo mesmo dixo Don Fernando; y dandole el anillo, quedaron en indissoluble nudo ligados. Llegò el desposado à abraçar à su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el co-



raçon, cayò desmayada en los brazos de su madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en el *Si* que avia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promessas de Lucinda, impossibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante avia perdido. Quedè falto de consejo, desamparado, à mi parecer, de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentava, negàndome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: Solo el fuego se acrecentò de manera, que todo ardia de rabia, y de Zelos. Alborotàronse todos con el desmayo de Lucinda, y defabrochàndole su madre el pecho para que le dièsse el ayre, se descubriò en èl un papel cerrado, que Don Fernando tomò luego, y se le puso à leèr à la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentò en una silla, y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir à los remedios, que à su esposa se hazian, para que del desmayo bolvièsse. Y viendo alborotada toda la gente de casa, me aventurè à salir, ora fuèsse visto, ora no, con determinacion, que si me vièssen, de hazer un desatino tal, que todo el mundo vinièra à entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi fuerte, que para mayores males (si es possible que los aya) me deve tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobràsse el entendimiento, que despues acà me ha faltado; y assi sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio, fuera fàcil tomarla) quise tomarla de mi mesmo, y executar en mi la pena, que ellos merecian: Y aun quiçà con mas rigor

rigor del que con ellos se usàra, si entonces les dièra muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin yo sali de aquella casa, y vine à la de aquel, donde avìa dexado la mula: Hize que me la enfillàsse; y sin despedirme dèl, subì en ella, y salì de la Ciudad sin osar, como otro Lot, bolver el rostro à mirarla; y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidava à quejarme, sin respeto, ò miedo de ser escuchado ni conocido; soltè la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Lucinda, y de Don Fernando, como si con ellas satisfaziera el agravio que me avian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la avìa cerrado los ojos de la voluntad para quitàrmela à mi, y entregarla à aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se avìa mostrado. Y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios la disculpava, diciendo: Que no era mucho que una donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre à obedecerlos, huvièsse querido condescender con su gusto, pues le davan por esposo à un Cavallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que à no querer recibirle, se podia pensar, ò que no tenìa Juyzio, ò que en otra parte tenìa la voluntad (cosa que redundava tan en perjuyzio de su buena opinion y fama.) Luego bolvia, diciendo; que puesto que ella dixèra, que yo era su esposo, vièran ellos, que no avìa hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan; pues antes de ofrecèrseles Don Fernando, no pudièran

dièran ellos mesmos acertar à desfèar, si con razon midièssen sus desfèos, otro mejor que yo para esposo de su hija: Y que bien pudièra ella antes de ponerse en el trance forçoso, y ultimo de dar la mano, dezir, que ya yo le avìa dado la mia: Que yo vinièra, y concedièra todo quanto ella acertàra à fingir en este caso. En fin me resolvì en que poco amor, poco Juyzio, mucha ambicion, y desfèos de Grandezas, hizieron que se olvidàsse de las palabras con que me avìa engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desfèos. Con estas voces, y con esta inquietud caminè lo que quedàva de la noche, y di al amanecer en una entrada destas fierras, por las quales caminè otros tres dias sin senda, ni camino alguno, hasta que vine à parar en unos prados, que no sè à que mano destas montañas càen; y alli preguntè à unos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas fierras? Dixèronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè à ella con intencion de acabar aqui la vida; y en entrando por estas asperezas, del Canfancio y de la hambre se cayò mi mula muerta, ò lo que yo mas creo, por desechar de si tan inutil carga, como en mi llevàva. Yo quedè à pie, rendido de la naturaleza, traspassàdo de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorrièsse. De aquella manera estuve no sè que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levantè sin hambre, y hallè junto à mi unos cabreros, que sin duda devieron ser los que mi necesidad remediaron; porque ellos me dixèron de la manera que me avian hallado, y como estàva diziendo tantos disparates, y desatinos, que dava indicios claros de aver perdido el Juyzio: Y yo he sentido en  
mi

mi despues acà, que no todas vezes le tengo cabal, fino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras, rasgàndome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: Y quando en mi buelvo, me hallo tan cansado, y molido, que à penas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros. que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, ponièndome el manjar por los caminos, y por las peñas, por donde entienden, que à caso podrè passar, y hallarlo. Y assi aunque entonces me falte el Juyzio, la necesidad natural me dà à conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desèo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos quando me encuentran con Juyzio, que yo salgo à los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, à los pastores que vienen con ello del lugar à las majadas. Desta manera passò mi miserable, y estremada vida hasta que el cielo sèa servido de conduzirla à su ultimo fin, ò de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Lucinda, y del agravio de Don Fernando: Que si esto el haze sin quitarme la vida, yo bolverè à mejor discurso mis pensamientos: Donde no, no ày fino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para facar el cuerpo desta estrechez, en que por mi gusto he querido ponerme.

E S T A



ESTA es, ò Señores, la amarga historia de mi desgracia: Dezidme, si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi avèys visto. Y no os cansays en persuadirme, ni aconsejarme lo que la razon os dixere, que puede ser bueno para mi remedio, porque hà de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso Mèdico al enfermo, que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lucinda; y pues ella gusta de ser agena, siendo, ò deviendo ser mia; guste yo de ser de la desventura, pudiendo aver sido de la buena dicha: Ella quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: Yo querrè con procurar perderme, hazer contenta su voluntad, y serà exemplo à los por venir, de que à mi solo faltò lo que à todos los desdichados sobra, à los quales fuele ser consuelo la impossibilidad de tenerle, y en mi, causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso, que no se han de acabar con la muerte.

AQUI diò fin Cardenio à su larga plàtica, y tan desdichada como amorosa Historia; y al tiempo que el cura se prevenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendiò una voz que llegò à sus oydos, que en lastimados accentos oyeron que dezia, lo que se dirà en el quarto libro desta narracion, que en este punto diò fin al tercero el sabio y atentado historiador Cide Hamète Benengeli.

*FIN del Tomo Primero.*

